Gastón García Marinozzi

VIAJE AL FIN DE LA MEMORIA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

GASTÓN GARCÍA MARINOZZI

VIAJE AL FIN DE LA MEMORIA



Índice

Martes

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X

Miércoles

Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII

Capítulo XIX
Capítulo XX

Jueves

Capítulo XXI
Capítulo XXII
Capítulo XXIII
Capítulo XXIV
Capítulo XXV
Capítulo XXVI
Capítulo XXVII
Capítulo XXVIII
Capítulo XXIX

Créditos

Para Lorenzo y Mateo,
memoria y futuro de cada día

A Luis Muñoz Oliveira

Estos viajes son, para mí,
el sucedáneo de la pistola y la bala

Herman Melville, *Moby Dick*

Y el viajero que mira para atrás
Corre el serio peligro
De que su sombra no quiera seguirlo

Nicanor Parra,
Cartas del poeta que duerme en una silla

What good's a war without killing?

Lou Reed, «*What's good-The Thesis*»,
Magic & Loss

Viajar es muy útil, hace trabajar
la imaginación

Louis-Ferdinand Céline,
Viaje al fin de la noche

Inicio del *Informe Final de los Atentados Terroristas contra Estados Unidos*, Comisión Nacional de Investigación.

«El martes 11 de septiembre amaneció templado y casi sin nubes en la parte este de Estados Unidos. Millones de hombres y mujeres se disponían a ir a trabajar. Algunos fueron a las Torres Gemelas, la estructura arquitectónica emblemática del complejo del World Trade Center en la ciudad de Nueva York. Otros se encaminaron a Arlington, Virginia, hacia el Pentágono. Al otro lado del río Potomac, el Congreso de Estados Unidos celebraba sesiones de nuevo. En el otro extremo de Pennsylvania Avenue, la gente empezaba a hacer cola para visitar la Casa Blanca. En Sarasota, Florida, el presidente George W. Bush salió para una carrera matutina. Para aquellos que se dirigían a un aeropuerto, las condiciones metereológicas no podían ser mejores para un viaje seguro y agradable. Entre los pasajeros, se encontraban Mohamed Atta y Abdul Aziz al Omari, que llegaron al aeropuerto de Portland, Maine».

Martes

I

A las 08.46.40, hora local, el Boeing 767 vuelo 11 de American Airlines se estrella contra la Torre Norte del World Trade Center de Nueva York. Todos los que viajan a bordo, junto con un número indeterminado de personas en el edificio, mueren instantáneamente.

A las 09.03.11, hora local, el Boeing 767 vuelo 175 de United Airlines embiste la Torre Sur del World Trade Center de Nueva York. Todos los que viajan a bordo, junto con un número indeterminado de personas en el edificio, mueren instantáneamente. El suceso es cubierto en directo por CNN y otras cadenas de televisión.

A las 09.37.46, hora local, el Boeing 757 vuelo 77 de American Airlines impacta contra el Pentágono, en Washington. Todas las personas que viajan a bordo, junto con un gran número de personas en el edificio, mueren instantáneamente.

A las 10.02.23, hora local, el Boeing 757 vuelo 93 de United Airlines cae en un descampado de Shanksville, Pensilvania. Al parecer, se produce una lucha entre la tripulación y los pasajeros con los secuestradores para retomar el control del aparato. Todas las personas que viajan a bordo mueren instantáneamente.

Ciudad de México, una hora menos.

Ayer, Michael Jordan le dijo a unos periodistas que estaban en su restaurante de Chicago que podría volver a jugar profesionalmente al básquet. Ésta era la noticia del día. Pero como todo el mundo sabe, dos aviones Boeing acaban de estrellarse contra las Torres Gemelas. Todo el mundo lo sabe ahora, todo el mundo lo supo en ese mismo instante, menos yo. Yo, como les digo, no me enteré en ese momento. Yo estaba pensando en lo que podría lograr Jordan con los *Wizards*. Los dedos en el teclado, la mirada en la pantalla, los oídos tapados con unos auriculares enormes, y una música y un texto. No supe lo que pasaba en Nueva York en ese momento, ni en los televisores que pueblan esta sala donde mis compañeros empezaban a reunirse.

No me llamó la atención, no era nada raro. Que mis compañeros corran a la pantalla más grande, es algo que suelen hacer, ya sea por un partido de futbol, una noticia de último momento o cuando dos personajes del programa de chimentos empiezan a insultarse o a pegarse. Por eso no me llamó la atención. Pero ahora gritan.

Gritar es algo que suelen hacer seguido, pero esta vez todo es más histérico. En un primer momento veo cómo se ríen y hacen chistes, las risas son nerviosas, sí, pero los chistes parecen naturales: un gallego tal cosa y un gallego tal otra. Se ríen. Pero dejan de reírse, y veo cómo se agarran la cabeza, se tapan los ojos, gritan. Gritan. Los veo de reojo. No quiero levantarme, y no lo haré. Un segundo avión se estrella contra la segunda torre, en vivo y en directo para mis compañeros y el mundo. ¡La guerra!, dice el de Deportes. Subo el volumen de mi discman. Luego, otros dos aviones son secuestrados y estrellados, en Washington y en Pensilvania. Nosotros acabamos el noticiero de hoy, y estamos preparando la producción de mañana. Yo escribo el reportaje que presentaré el jueves sobre los temas que tengo asignados: muertes, sangre, cuerpos. El humo cubre Nueva York, lo está mostrando CNN y el mundo está cambiando hacia otra cosa, algo desconocido hasta el momento, pero sigo sin enterarme de nada. ¡La guerra, esto es la guerra!, grita el de Deportes.

En la sala de redacción del segundo noticiero de televisión más visto de la mañana tenemos un compañero asesinado, vemos su foto cada vez que vamos al baño, tenemos compañeros con marcas de balas, rengos, que han recibido amenazas. Tenemos miedo todo el tiempo. ¡La guerra! ¿La guerra?, qué guerra que no nos hayamos enterado. Alguien grita que esto es el fin. Pienso en la frivolidad del momento, ellos gritando El fin, La guerra, mirando la tele y fumando un cigarrito y yo oyendo música, manteniendo la posición de mis manos en el teclado, la mirada en la pantalla y oídos con auriculares. Y un texto y una música y el fin y la guerra y un cigarrito. Iré a fumar al baño, veré la foto del compañero asesinado, pero antes escribo: Encuentran cabeza. Titulo: APARECE SEGUNDA CABEZA. Yo escribo, leo mis notas, manos en el teclado. Escucho la música, recuerdo ese pelo enmarañado como un engrudo hecho con mayonesa podrida. ¿Así huele una cabeza cortada? No puedo decir esto, no puedo escribir que una cabeza cortada, una cabeza recién encontrada, huela a mayonesa podrida. No tiene sentido ni gracia. Y la locutora tampoco lo va a decir.

Es como decir que todos ahora gritan porque se acaba el mundo. Es una frivolidad, otra frivolidad. El fin, la guerra, la cabeza cortada, la mayonesa, el cigarrito. Iré a fumar. A mi alrededor todos están conmovidos, gritan, se paran se sientan gritan. Corren. Gritan porque dos aviones llenos de gente acaban de estrellarse contra las Torres Gemelas. Las Torres Gemelas ya no existen. Todo el mundo lo sabe. Ahora yo también lo sé. Mi computadora hace ruido. Las computadoras hacen ruido y los tubos fluorescentes también. Los oigo cuando llego en la madrugada. Pero ahora todos gritan, todos corren. Tanto gritan que no oyen

nada, ni las torres que se caen.

Salimos al aire. *Breaking News*. Noticias de última hora. Cortamos la transmisión del programa de las ocho. Habla el presidente. Humo. Fuego.

Repiten las escenas que hace una hora veían en directo. Un avión, el segundo avión se estrella contra una de las Torres Gemelas, la segunda. Nuestra conductora está nerviosa y casi no puede hablar. Conectamos con la CNN e intentamos traducir en el momento. El presentador de la CNN dice Por Dios, Por Dios. Qué vaticinio, pienso. Dios. De fondo, sólo yo lo oigo, el ruido de los ventiladores de las computadoras viejas, y el electromagnetismo de las pantallas, los tubos de las luces, el motor del agua, y en penumbras, desde el rincón, este rincón que es mi rincón, el motor de mi discman, que gira por encima de la guitarra de *Sister Ray* de los Velvet.

Ruidos. Aviones. Torres. Una redacción llena de gente asustada y nerviosa en la que, sin embargo —y a pesar de todo—, escribo: «…cuando atraído por la hediondez siguió caminando, su pie izquierdo chocó con un bulto en el que al tomarlo entre sus manos reconoció pelo, carne y ojos. Es lo que andaba buscando…»

Ahora el jefe viene hacia mí. Bajó de la oficina y viene hacia mí. Es una sala grande, y se abre paso entre todos los que están viendo la tele. Ahí viene el Pinche. Así le dicen, y así se llama a sí mismo. Es alto, lleva siempre los zapatos bien lustrados. El pelo muy corto, peinado hacia atrás y corbata roja, del mismo color del logo de la televisora. Hasta hace un momento lo veía correr de aquí para allá, gritándole a unos y a otros. A todos. Hablaba por teléfono, llamaba a juntas, lo lógico de un noticiero para relatar el fin del mundo, la guerra. Pero ahora viene a mí, decidido y veloz. No me llamó a la junta a la que convocó a todos y que yo me quedé solo en la sala, con los ruidos y la tele. Salieron en menos de cinco minutos donde les dijo algo así como Es el fin del mundo, es la guerra mundial, denme un cigarrito. Volvió a fumar, Es que con estas cosas, dijo. Salieron todos y él, al último, que ahora se dirige a mi lugar. Va a hablarme. Después de lo que pasó, después de todo lo que pasó, va a hablarme y me dice: —Se cayeron las Torres Gemelas.

Se cayeron las Torres Gemelas como si hubiera en esa frase, en esas palabras un principio de reconciliación, un sentido de perdón. Tienen que caerse las Torres Gemelas para que este hombre vuelva a hablarme, para que camine de esta manera, ante la vista de todos que se preguntan qué hace, qué le va a decir, por qué a él. Se cayeron las Torres Gemelas, vuelve a hablarme después de mucho tiempo.

—¿Y? —le digo.

—Te vas a Nueva York. Vas a cubrir esto. Ahora mismo.

—Denle equipo, un teléfono, dinero y coche —le dice al administrador. No hay aviones a Estados Unidos.

Salgo de la redacción, llueve. Siempre llueve en esta ciudad. Estamos en esa época en la que llueve a diario y la mezcla de humedad y contaminación nos convierte a todos sus habitantes en enfermos crónicos, pero recubiertos con la

inmunidad que tienen los recolectores de basura.

Llamo a mi madre y me atiende Yoli, la señora que la cuida. Le dejo el mensaje y una serie de indicaciones. Que no podré llamarla en días, le digo. Que me voy de viaje, que no sé cuándo regreso. Que sí, que es por trabajo. Que no, que no sé cuándo regreso. Qué no va a tener dónde localizarme. Que yo las llamo. Yoli pregunta por lo de las torres. Pregunta si van a invadir México. Yo le digo que no creo. Pero que todo es posible. Que me voy ahora. Y cuelgo.

Sobre mi cabeza vuelan los aviones que a esta hora aterrizan en la ciudad de México. Pasan tan bajo que es posible distinguir qué avión está llegando al país: un Air France desde París, un Aeroméxico desde Los Ángeles, un Mexicana desde Guadalajara, un Copa desde Bogotá. Serán los últimos que aterrizan y ya no despegará ningún avión. Por unas horas se cierra, extraoficialmente, el aeropuerto del Distrito Federal. En pocos minutos ya no habrá aviones sobre el cielo. Se cierran las fronteras de los Estados Unidos.

Todo mundo habla de lo mismo. Se cayeron las Torres Gemelas. Pero no se cayeron: las tiraron.

II

Camino cinco cuadras entre el gentío, la lluvia, los aviones en el cielo. Entro al Sanborns de la esquina. Siempre me llama la atención que en un solo lugar sea posible comprar discos, libros, artesanías, una silla de rueda, una licuadora, pan, condones, y hasta una campera de cuero. Ahora no necesito nada de eso, excepto un mapa carretero. Pero siempre me detengo a mirar la cantidad de cosas que vende este restaurante. Miro los precios, la calidad de los materiales. No están del todo mal. Compro tres cajas de Advil y las guardo en el bolsillo de la gabardina —antes piloto—. Cuando meto la mano, encuentro un papel que creía perdido. Lo busqué en la mañana y estoy casi seguro que también lo busqué en estos bolsillos. Hace días escribí este número de teléfono. Llamo. Vuelvo a pensar en las cabezas. Del otro lado de la línea alguien conoce esas cabezas, las conocía cuando estaban pegadas a sus cuerpos. Llamo y no atienden.

Vuelvo a ponerme los auriculares del discman, subo el volumen y me pongo a ojear un libro de cocina: cabeza de puerco a la provenzal. Colocar en el horno caliente la cabeza bocabajo, bañarla con oliva. Una vez dorada, le agregamos el ajo picado y el perejil. Salpimentar. Dar unas vueltas e incorporar el vino. Dejar evaporar el alcohol y terminar con la manteca, servir con papas *noisette*.

Vuelvo a llamar, nadie atiende. Cierro el libro. Agarro el diario y leo que Jordan le dijo a unos periodistas que volvería a jugar en la NBA, pero que lo confirmaría en unos días. Guardo el diario, saco una cajita de Advil y pido un café. Me siento, vuelco casi todas las pastillas sobre la mesa. El hombre al que le pido el café mira con asombro cómo ordeno las pastillas una a una. Hago líneas perpendiculares, luego rectas. Rediseño otra vez, ahora haciéndolas formar una espiral que parece infinita.

Me traen el café y vuelo a desarmar mi dibujo para colocar las pastillas una con una, paralelas y en grupo. Esto se parece a las pruebas del doctor al que me llevaba

mi madre. Queriendo o no, las pastillas forman dos sólidas estructuras que para cualquiera, en un día como hoy, diría lo mismo. Dos torres de analgésicos. Hay días en el que el significante es gratis. Pido al camarero la cuchara, me trajo el café pero no la cuchara. Cuando la trae, me doy cuenta que tampoco trajo azúcar. Negra, por favor. Camina una y otra vez el salón (el restaurante es enorme) para que finalmente pueda tomarme un café que ya estará frío. Con la cuchara amenazo destruir mis figuras de las Torres Gemelas con pastillas analgésicas. Voy separando una a una. Empiezo por el extremo superior derecho de la torre de la derecha. Cada pastilla que saco, es como un departamento entero del edificio. Cada departamento que saco, me lo tomo con un sorbo de café que sí, ya está frío. No podré tomarme ni una torre, mi estómago no lo permite.

Desarmo de un golpe mis figuras y guardo las pastillas en su estuche. El restaurante está lleno, todo el mundo habla de las torres. Pusieron televisores por todos lados, cosa que sólo sucede en los Mundiales de futbol. Acabo el café y pido otro. Doy la espalda a la tele y miro la calle. Estoy en un primer piso y tengo una vista privilegiada del centro de la ciudad. De esta ciudad que sigue con desdén la caída de dos torres a miles de kilómetros. El desdén de esta ciudad, es también el de mi mirada: veo esta gente, su gente, que pasa una tras otra, incesante pero jamás apurada. Cansina, pausada en el trajinar que los lleva de un lado para otro. Si una cosa me conmueve de este pueblo, mi pueblo, ¿alguna vez lo sentiré así? Si algo me conmueve, digo, es la muchedumbre. Una muchedumbre irremediable que no da posibilidad de escapatoria. Casi un hacinamiento. Un hacinamiento. Miro sentado en el primer piso de este restaurante, esperando otro café, esta ciudad, que nunca será mi ciudad. Aunque aquí nos tocó vivir.

Una vez que estás en esta ciudad, en el centro de esta ciudad, nadie puede pensar que acá nos tocó vivir sin cagarse buenamente en Dios. Mira, sé sincero. Dan tristeza, sí, pero también dan asco. Todos ellos apretujados en una ciudad enorme, bajo la lluvia, el frío y los olores, esta tropa de secretarias, limpia botas, comerciantes, estudiantes, vendedores de tortillas o de lo que sea, sin rumbo, sin nada más que hacer que pasar el día a día, condenados a la muchedumbre y la resignación. Aquí nos tocó vivir. Me cago en dios. A ellos, no a mí. Qué condena.

No siento pesimismo. Acaban de estrellarse dos aviones gringos en dos torres gringas llenas de gringos. Es fácil suponer que el mundo no será el mismo a partir de este martes. Que algo va a cambiar para siempre y no necesariamente tiene que ser para mal. Por fin el café; y unos dulces. Llamo otra vez por teléfono y tampoco me atienden.

Saco una libreta y no escribo, leo.

Una hora después pago la cuenta y salgo a mezclarme entre las secretarias, los boleros y los vendedores. Cruzo el parque y enciendo el teléfono. Quince llamadas perdidas. Todas desde la redacción. Tres mensajes, dos del contador que me dice que

No olvides pedir factura de todo lo que gastes. Y un SMS del editor que dice: «1ero busca un mex afectado». Un mexicano afectado. De ésos sobran, imbécil. Acá, allá, tengo de a miles, millones. ¿Cuál quieres que te traiga? ¿Por dónde empiezo? ¿Por ti o por mí?

En la libreta escribo algo sobre la cabeza: «No pensé que podría parecerse tanto a una muñeca (muñeca podrida)».

Estoy llegando a casa, pero no sé a qué. Puedo empezar ahora este viaje y no hay nada que pueda servirme de lo que tengo en casa. Nada me sirve de lo que hay acá para este viaje. Para cualquier viaje. El pasaporte, la visa, los cuadernos, la ropa, todo lo tengo encima. Desde hace días llevo un pequeño bolso con unas cuantas camisetas, aunque siempre me pongo la misma, la de *Space Jam*, además de un par de calzoncillos y calcetines extras. Cada dos días los lavo en el baño de hombres de la redacción. Ya están todos más o menos acostumbrados a ver mis calcetines negros secándose en un rincón, al lado de la ventana, cerca de la foto del periodista muerto.

No entro. Bajo del coche pero no entro. Dejo el coche con las luces intermitentes, me bajo sólo hasta la puerta del edificio. Le doy mis llaves al portero. Mi madre vendrá a buscarlas, le digo. Pero si ya tenemos un juego de llaves aquí, me dice el portero sin dejar de mirar la tele (dos aviones se estrellaron en las Torres Gemelas). ¿Se va de viaje?, pregunta sin mirarme. Cuidado con los aviones. Váyase en camión, mejor. No, no me voy de viaje, respondo. Es que prefiero no verla.

¿A su madre? Pregunta el portero. Sí, a mi madre. En el pequeño monitor blanco y negro se ve cómo el segundo avión se estrella.

Mi madre es un misterio. No entiendo todavía cómo sigue viva. Una enfermedad debería haberla dejado en cama desde hace años, pero ella sigue. A veces parece que cada vez está mejor. Recuperó el habla, el cuerpo casi entero y más de la mitad de la memoria, pero sólo consigue evocar lo que le importa. Suele venir a casa cuando no estoy. Casi nunca estoy en casa. Viene con Yoli. Pide las llaves al portero, suele traerle una Coca-Cola o un pastel que hace Yoli. Siempre viene a la mañana temprano, cuando yo ya salí. Me riegan las plantas, acomodan algunas cositas y se sientan frente a la ventana a ver el Palacio de Bellas Artes. Ella dice Qué belleza. Lo único bueno de esta ciudad lo hicieron la Colonia, el Imperio o la Dictadura. El pueblo, la democracia, el populacho, sólo se ocupa de afear la ciudad, las calles. A veces yo intento callarla, pero a mi madre no la calla nadie. Menos su hijo. Ella se queda mirando el Palacio de Bellas Artes. Pide que le pongan música, porque ella no sabe utilizar ningún equipo de audio. Yoli pone un CD de música. Que le suban el volumen, pide. Más fuerte. Se aturde y seguramente aturde a los vecinos.

Ponen la música tan fuerte que tiemblan los vidrios de la casa, el vidrio de la ventana que tiene al frente y desde el que ve Bellas Artes entre la contaminación del cielo. Yoli se sienta a su lado. Así pasan una hora, a veces dos. Luego me llama a la redacción, me dice que se va a ir. Que me regó las plantas. Que me acomodó algunas

cositas. Que me dejó un pedazo de pastel, ella nunca más dijo torta.

Cuando llego a la noche, el portero no me dice nada y me dan celos. Creo que hay con mi madre un trato que yo no tengo. Porque en cuanto yo subo la música, ya tengo uno o dos reclamos.

Ahora es martes al mediodía, entrego las llaves de esta casa, y saludo al portero. Voy a partir. Soy periodista y está cambiando el mundo y eso debe importarle a la gente. Alguien tiene que contarlo, me digo. El coche viejo que me dieron en el canal está esperándome a medio metro con las luces intermitentes. Prendo un cigarrillo, subo. Veo que me lo dieron sin gasolina. Voy a llenarlo.

III

Mi madre llega a México hace casi treinta años. Ella y mi padre escapan de una persecución en Argentina. Yo tengo tres años, y llego exiliado en brazos de mi madre. Ni siquiera soy el exiliado más joven. Esos días llegaban muchas familias así, enteras o en partes. Yo llego al aeropuerto con un pintorcito beige, y debajo un suéter rojo. En la panza tengo dibujado un oso que come miel con una cuchara de plata, llevo unos zapatos marrón oscuro, con la hebilla que cruzaba por arriba de los pies. Mi madre lleva un abrigo de piel, con un gran gorro que le cubre el pelo y unas botas negras altas, con tacones. Mi padre, un saco grueso a cuadros, corbata enorme tejida en colores suaves, pantalones a tono y el paso apurado. Carga dos bolsos enormes, pesados. Hay viento. Mi pelo ondulado se ve flotar en el aire del aeropuerto de México. Detrás de nosotros hay otra gente que baja del avión, y vienen en fila hacia la entrada. El cielo del Distrito Federal es enorme, bajo y claro. Es temprano por la mañana.

Somos una familia empezando una nueva vida. Una madre que abraza a su niño, aún con una tibia vocación protectora. Un padre que carga maletas. Un avión que partió desde Bariloche, otro de Montevideo, otro avión que salió de Río de Janeiro hasta Caracas. Un cuarto avión que aterriza en México después de más de tres días de haber salido de casa, de aquella casa. Nada recuerdo de lo que estoy diciendo. Pero es que hay una foto que descubrí hace unos años, en una caja de fotos de mi madre. Una caja que tenía prohibido abrir. Desde ese día y durante mucho tiempo veía esa foto a diario, siempre a escondidas como quien observa los secretos perdidos, una foto tomada por el amigo de mi padre que nos fue a recibir, y detuvo ese momento para siempre.

Inmediatamente mis padres fueron bienvenidos con los honores que los perseguidos reciben en este país y se pusieron a trabajar. México —sobre todo en los setenta— recibe de brazos abiertos a los inmigrantes profesionales. Con títulos o con

ínfulas. Reprime a los estudiantes autóctonos, pero le fascina la progresía española y latinoamericana. Como dicen que se decía entonces: «México para los chilenos, Chile para los mexicanos».

Mi padre entró como profesor ayudante de un médico catalán, y mi madre inmediatamente obtuvo un puesto de relativa importancia en el Hospital General. No sé si por reconocimiento a su currículum, o por su apellido. Un apellido que, gracias a su padre y a su abuelo, forma parte de cualquier libro de historia de la medicina en Latinoamérica.

Los primeros años en este país fueron de verdadera pujanza. Se suponía que atrás habían quedado una dictadura y sus consecuencias. A los dos años de estar aquí, mi padre empezó a coordinar grupos de investigación —lo que le garantizaba buena entrada de dinero—, publicar libros —nada relevante— y a acostarse con dos de sus alumnas, una argentina y la otra cubana. Mi madre, para ese entonces, dejaba entrever que entre ella y un importante funcionario del gobierno había algo más que una amistad. Para 1978 mi familia en México eran tres células —a mí me sonaba hermosa esa palabra de la época— cada quién a su bola, cada quién a sus intereses: crecer en mi caso, coger en el de mi padre, y asegurarse un puesto en el Estado, mi madre.

A pesar de ser tres células independientes, la casa estaba siempre llena de gente. Vivíamos en un departamento espacioso en el sur de la ciudad, cerca de la universidad donde trabajaba mi padre, aunque él casi siempre estaba en la casa. Mi madre, en cambio, salía muy temprano y no regresaba hasta muy tarde a la noche. La casa estaba llena de gente, de estudiantes, sobre todo por la mañana. Llegaban en grupos de cinco o hasta de diez, mi padre los recibía luego del desayuno, siempre de corbata y perfumado. Leían en voz alta libros que les daba mi padre, o textos que ellos escribían. Al mediodía la mayoría de los alumnos se habían ido y sólo quedaban una o dos alumnas. Yo a esa hora regresaba de la escuela, y comía con ellos. Luego, me encerraba en mi cuarto, jugando o leyendo algún libro o sobre todo leyendo una revista que me habían traído de Argentina. Era una sola revista. Siempre la misma. La leía una y otra vez mientras mi padre le leía a sus alumnos algún cuento de Borges para, según decía, hacer la digestión. Luego mi padre salía con sus alumnas, y no regresaba hasta la noche.

Los fines de semana nos íbamos a la casa del jefe de mi padre, en las afueras de la ciudad. Allí seguía siendo el único niño en un mundo de adultos. Todos eran mexicanos, comían chiles toreados, pero hablaban en argentino, chileno, español o catalán. Yo jugaba horas con uno de los perros de la casa, uno que se llama *Azdrubal*, y con un balón de fútbol, de futbol. Las palabras iban cambiando de acentuación, o directamente se convertían en otras. Como nosotros. Por las noches cada quien dormía en cualquier habitación, y yo lo hacía a veces con mi padre o con mi madre, y más de una vez entró alguien en la madrugada, alguien que no era de la familia,

para dormir con nosotros. Yo, me hacía el dormido. El domingo mi padre hacía un asado, y después de la comida, tocaba la guitarra, y mi madre cantaba canciones del folclore argentino.

Por la tarde nos regresábamos a casa. A esta casa donde yo tenía una revista de Argentina, una sola revista que leía y leía hasta aprendérmela de memoria. Tenía cuentos, historietas y monumentos para dibujar. Yo había hecho el Obelisco. Cuando llegábamos a la casa, uno de los dos siempre se iba a no sé dónde, y no regresaba hasta la noche muy tarde. Esa casa los expulsaba, no podían estar allí, había algo imposible en esa convivencia. Siempre uno de los dos tenía que salir para que el otro pudiera entrar. Yo era el único dueño de ese pequeño territorio, un reino con una sola revista, donde veía entrar y salir a mis padres de la puerta giratoria de la convivencia.

Así pasaron tres años.

A los pocos días de cumplir siete años, mi padre desapareció —otra palabra de la época— pero mi madre no sufrió alarma alguna. Habíamos celebrado mi cumpleaños en Cuernavaca con una fiesta llena de mexicanos. Mi padre desapareció, pero no fueron ni falcons verdes ni grupos militares entrando a la casa, ni un secuestro a plena luz del día. Simplemente desapareció, se fue, se perdió. Y mi madre con su calma, su frialdad de siempre, me dijo que mi padre se había ido detrás de una cubana y que probablemente no regresaría jamas. ¿Con una cubana de Cuba? ¿Se fue a Cuba? Le pregunté sin saber dónde era eso, ni exactamente qué era una cubana. No hijo, se fue a la mierda, respondió mi madre. Y me regaló un perro.

Así pasaba cada día. Mi madre me despertaba muy temprano, y mientras Rosa me daba el desayuno, ella salía a trabajar. Rosa me preparaba huevos, frijoles, a veces *hot cakes*. Rosa me llevaba a la escuela caminando, estaba a unos pocas cuadras de allí. Me buscaba a la una, y regresábamos a la casa donde comíamos cualquier cosa, siempre con frijoles. Ya no estaba el perfume de mi padre, ni el desorden de sus libros y papeles, ni las risas de sus alumnas. Fui olvidando esas fiestas cotidianas, sin drama alguno, como se olvidan las estaciones del año. Tenía un perro, un balón, de vez en cuando bajaba a jugar con otros niños. Muy de vez en cuando porque Rosa era una mujer celosa y desconfiada, y temía que me pasara algo. En ese lugar, un día se habían robado un niño, uno de los niños extranjeros: estaba jugando en la fuente, solo, llegó un señor apurado, le agarró la mano y se lo llevó. Mito o verdad, era una cuota del país fantasma que todavía vivíamos con miedo. Un niño robado, secuestrado, desaparecido. Algunos decían que se lo había llevado su padre, Rosa decía que sus padres habían hecho algo malo y que por eso les pasaban cosas malas.

La cuestión es que Rosa no me dejaba bajar, y cuando lo hacía, lo hacíamos sólo por media hora. Yo pateaba el balón, ella era portera. Yo pateaba, ella se dejaba hacer el gol. Rosa era gorda y no se movía. Era el juego más aburrido del mundo. El perro, *Tom*, estaba atado a un árbol. Ladraba toda la media hora, entusiasmado con

mis goles. Subíamos a la casa, me bañaba y veíamos un poco de televisión. Rosa también era celosa de la televisión, nada bueno puede salir de ahí, decía. Cenábamos y a dormir. Yo le leía un cuento de la revista argentina y al acabar ella me daba un beso en la frente, me decía Dios lo bendiga mijito, y apagaba la luz. En su cuarto ponía un disco de boleros. Yo me dormía oyendo esas guitarras y no recuerdo si soñaba. A veces extrañaba al abuelo, o a mi padre. Pero no era triste. Nada era triste ni nada era alegre.

A la mañana siguiente mi madre me despertaría, me daría un beso mientras yo desayunaba, Rosa me llevaría a la escuela, y por la tarde, si acaso fuera un gran día y estaba de suerte, bajaríamos y jugaría un rato al fútbol, futbol, y le metería muchos goles a Rosa la portera gorda, que casi ni se movía. El perro, *Tom*, ladraría entusiasmado media hora. Luego subiríamos, la cena, la revista, los boleros. Nada era triste. Ni alegre.

IV

A los cuatro meses mi padre reapareció como si nada, sin cubana ni nada, pero con una sonrisa que no pretendía disimular. Le dice a Rosa que me prepare un velís no muy grande —él ya no dice valija, dice como dicen los mexicanos: un velís, prepárele un velís no muy grande, como para una semanita, pero de invierno, Rosita por favor—, que nos vamos a Argentina. Que nos vamos al Mundial. Mi madre debería haber puesto el grito en el cielo, impedir por simple lógica que su hijo regresara a un país que para ella, para el niño, para muchos, era una cárcel. Pero no lo hizo.

En la mañana que volaba con mi padre, mi madre me dio un beso en la frente como me besaba cada vez que se iba y que yo acababa los frijoles, el huevo, y Rosa me llevaba a la escuela a dos cuadras de ahí.

Mi padre llegó en un coche enorme y fuimos al aeropuerto. Subimos pronto al avión.

Llegamos a Buenos Aires un jueves a la madrugada, aún de noche, hace mucho frío. Y el golpe de la humedad casi me enferma. Esa humedad es nueva, dura, helada. Un golpe al esternón, a los pulmones. Te quita el aire y te aprieta, se te mete dentro y te cala los huesos: BIENVENIDOS A BUENOS AIRES. Así dice el cartel del aeropuerto. Y agrega esta frase que me encanta pero no entiendo: DERECHOS Y HUMANOS. Hay fotos de Videla, Vilela le decía yo, Vilela decía el niño de cuatro cinco años, una palabra que en México, en casa, o en las casas de los fines de semana estaba prohibida y acá su foto, junto a la cruz de Cristo y la Virgen del Luján, dan la bienvenida a los que llegaban al país.

Desde que salimos de México, yo tenía la secreta ilusión de ver a mis primos. En realidad no era tan secreta. Quiero decir que no lo habíamos hablado ni con mi papá ni con mi mamá, pero sí con Rosa, a la que le pedí que guardara en mi bolso algunos de mis juguetes para mis primos. Llevaba un autito de madera, un avión

también de madera y unos dulces picantes.

Llegamos a un hotel en el centro, un hotel enorme, de varios pisos. Ni me hubiera imaginado que existiera algo así en Argentina. Nos hospedamos en el piso quince, y desde la ventana de la habitación podía ver el Obelisco de Buenos Aires, el mismo que yo tenía dibujado y colgado en mi habitación, enorme, real, gigante como el hotel, como una torre, como el cielo, rodeado por edificios enormes, llenos de banderas, y bordeado por una fila de autos de colores y pequeños como de juguete, como el de madera que yo le traía a mi primo. Quisimos dormir esa mañana que llegamos pero sé que ninguno de los dos podía hacerlo. Yo estaba emocionado por ver a mis primos, y también porque iba a ir al Monumental a ver a Kempes. En mi habitación de México también tenía una foto de Kempes colgada de la pared. No tenía muchas cosas, algunos dibujos míos —entre ellos el del Obelisco, otro del lago — y unas fotos de Kempes, de los *Globetrotters* y poco más.

En el hotel, mi papá ni siquiera se desvistió, se tumbó sobre su cama mirando el techo, y la ventana, por la que iba entrando cada vez más la luz brillante del invierno porteño.

A las ocho nos miramos por primera vez desde que habíamos llegado. Nos miramos a los ojos, quiero decir. Yo estaba acostado de lado, tapado hasta la cabeza, con mi pijama y mis medias gruesas, las más gruesas que tengo y que nunca puedo usar en México, porque allá no hace tanto frío. Mi mamá me las compró un día que nos íbamos a ir a la nieve, porque aunque parezca increíble en México hay nieve, pero al final no fuimos y estuvieron guardadas hasta ahora, que mi mamá le dijo a Rosa Póngale los calcetines gruesos, los de lana, que allá hace mucho frío. Y humedad, agregó Rosa. Sí, y humedad, mucha humedad dijo mi mamá. Ahora en Buenos Aires con frío y humedad y en el hotel, para mí el más grande del mundo, estaba yo con mi papá, yo debajo de una frazada, sin frío y emocionado, y mi papá tirado en la cama de al lado, mirando el techo, mirando el reloj, mirándose los pies sin zapatos aflojándose y acomodándose la corbata y en eso me mira, yo lo miro desde mi posición acurrucada, pensando cuándo íbamos a ver a los primos, si íbamos a ir al lago, o a ver a Kempes, qué íbamos a hacer, qué iba a pasar en esta ciudad donde todo parecía una fiesta, a pesar del frío y la humedad, pero llena de banderas y papelitos y gente corriendo de un lado al otro.

Mi padre me miró, yo sé que él estaba un poco nervioso también, emocionado como yo de ver a Kempes, de ir al estadio como dicen en México, a la cancha como dicen acá, a la cancha, al Monumental de River Plate. Mi papá me miró, por primera vez me miró desde que habíamos llegado a Argentina, desde que habíamos vuelto, regresado a Argentina, de este país del que nos fuimos corriendo una noche y llegamos a México que a mí me dio miedo al principio, pero allí nos quedamos a vivir a estudiar a trabajar a hacer amigos a tener un perro y una planta, eso decía mi mamá que no cuidaba ni del perro ni de la planta, pero menos mal que estaba Rosa

que nos cuidaba a la planta al perro y a mí.

Pero ahora mi mamá no estaba, Rosa tampoco y el que me iba a cuidar era mi papá que desde que llegamos al aeropuerto donde está la foto del presidente y el cartel de Bienvenidos, derechos, humanos, etcétera y luego llegamos al hotel y desde que llegamos a la ciudad casi no habló conmigo pero sí con uno con otro y otro más por teléfono desde la habitación del hotel donde cenamos unos carlitos y una Coca-Cola, y mi papá hablaba y hablaba siempre serio, siempre dando órdenes, andá para allá andá para acá, y mientras a mí me sonreía y me daba un pedazo del carlitos que no acabó y sacaba la aceituna del mío y se la comía. Y ahora estamos despiertos, no nos dormimos ninguno de los dos, y mi papá que ni me habló ni me miró casi desde que llegamos, estaba muy ocupado, me mira y me dice Estamos en Buenos Aires, hijito, yo sé lo que querés: vamos a desayunar que hay medialunas.

Bajamos al lobby del hotel y me sorprendió la calidez con la que saludaban a mi padre, y también a mí. Le daban la mano, lo llamaban por su nombre igual que en el avión y a mí me tocaban el pelo, le preguntaban cómo me llamaba, me despeinaban y me decían Pero vos sos argentino, ¿no cierto? Mientras me comía mi segunda medialuna —una delicia que en México jamás encontraría— me preguntaba quiénes eran estos hombres de traje y corbata que venían y saludaban a mi padre como a un hermano. No eran mis tíos. Yo quería ver a mis primos, pero no me atreví en ese momento decírselo a mi papá. Sabía que a mi papá no era necesario decirle nada, que él sabía qué es lo que quería su hijo y lo obvio era que este niño quisiera ver a sus primos después de varios años, que quería viajar a Bariloche, y si hiciera calor, no este frío de Buenos Aires, meterme al lago.

Todo eso quería el hijo cuando su padre pidió más café para los dos —con leche para el pibe— y dijo Estos días vamos a hacer todo lo que vos querés, yo sé lo que vos querés, así que no te preocupés. Bien, mi papá sabe lo que quiero. Vamos a ir a ver todos los partidos que quieras, me dijo. Yo no dije nada, quería ver a Kempes, quería ver a la selección argentina, ir a la cancha. Los hombres ya se habían ido, estábamos mi papá y yo, los dos solos en Buenos Aires, en una mesa del hotel más grande del mundo. Y por la ventana se ve el Obelisco. Salimos del hotel más grande del mundo y caminamos por Corrientes, la avenida más grande del mundo. Me dijeron que acá todo es lo más grande del mundo y a mí me encanta que así sea. Las calles de Buenos Aires son muy diferentes a las de México. En México vivimos en un condominio con varios edificios de departamentos con tres o cuatro plazas, de las que nunca salgo. Casi siempre estoy encerrado y a veces bajo con Rosa y allí juego y también me aburro porque Rosa es gorda y no quiere correr o corre un rato y luego se cansa y se sienta en el banco y yo le tiro la pelota y Rosa me la pasa sentada desde el banco y eso es lo más aburrido del mundo.

Cuando regresan mis papás, siempre a la noche, tarde, y a veces ni regresan, nos quedamos en el departamento y ni salimos. Rosa nos sirve la cena, juego un rato



con el perro, y así transcurre toda mi vida. Hasta ahora.

V

En Buenos Aires todo está abierto y mi papá me va a llevar de un lado al otro, y además es muy diferente a México. No tiene los colores que tienen algunas casas de México que vi una vez que fuimos a la casa de un amigo de mi mamá a otro barrio, porque el mío no tiene colores ni banderas ni nada. Buenos Aires tiene muchas banderas, mucha gente feliz por las calles, caminando, charlando, aunque van rápido casi corriendo van charlando y llevan gorros y guantes, hace mucho frío. Papá compra el diario y una *Anteojito*, la revista que mi prima me leía en casa de la abuela y que yo tenía en la casa de México, la prima siempre la leía sentada en el sillón del abuelo, y leía en voz alta los cuentos que traía la *Anteojito* y yo me sentaba en la alfombra y me gustaba escucharla, me gustaba mi prima con o sin *Anteojito*, leyera o no leyera, pero ella me trataba como a un bebé.

Mi papá va con el diario enrollado bajo el brazo y me lleva de la mano. Vamos por Buenos Aires, por las calles de Buenos Aires con gorro con frío con gente con la *Anteojito* y entramos a un edificio más grande que los de México y más que el hotel, que yo pensaba que era lo más grande del mundo. Entramos y nos saludaban a mi papá y a mí, caminamos un pasillo muy largo y nos metimos al ascensor y subimos muchos pisos, más de veinte. Llegamos a una sala enorme casi vacía con un policía y unos sofás al medio de la sala, y al medio de los sofás en una mesa con un teléfono y una hoja, una secretaria. Yo me quedé sentado al lado de la secretaria mientras mi papá se reunía, eso me dijo, Tengo una reunión, no me voy a demorar y yo me senté con la *Anteojito* a leer como leía mi prima, cada uno de los cuentos, dando vuelta las páginas con cuidado, mojándome el dedo para pasar las hojas y ver los dibujos y leer. Acabé la revista y mi papá seguía reunido.

No había ventanas ni cuadros ni banderas ni nada de Buenos Aires en esta sala, sólo la secretaria que esperaba que sonara el teléfono que nunca sonaba y una hoja en la que no escribía ni leía cuentos como los del *Anteojito*. Volví a leer la revista y me

dormí.

Cuando papá salió, olía a cigarrillo y whisky, como olía la casa cuando mamá no estaba y él se juntaba con sus alumnos mexicanos y su alumna cubana. Papá sonreía y el otro señor también. Y me vino a abrazar. Quiso levantarme, pero yo ya estaba lo suficientemente pesado como para que este tipo tan gordo pudiera alzarme. No era tan gordo como Rosa, pero estaba claro que no tenía fuerzas ni para alzar una pluma. Me despeinó con los dedos. Qué grande tenés el pibe, le dijo a mi papá y a mí me preguntó Pero vos sos argentino, ¿no cierto? Le dijo a la secretaria que estaba de pie desde que este hombre y mi papá salieron del otro cuarto que trajera un regalo para el pibe, y ella sacó de una caja que tenía al lado de la mesa una bandera y se la dio corriendo al señor y el señor me la dio, y me dijo Tomá para vos que vas a ser un gran argentino, y yo agarré fuerte esta banderita de plástico que decía VAMOS ARGENTINA CAMPEÓN y salimos con mi papá a tomar el taxi que nos esperaba abajo. Fuimos a la cancha de River, al Monumental. Mi papá camina el pasillo rengueando un poco. A mí, de pronto, me parece un viejo. Con esta humedad tengo la rodilla hecha un desastre, dice.

Mucho antes de llegar a la cancha ya se veían las colas y colas de gente con sus banderas, sus vinchas, todos de celeste y blanco. Hacía mucho frío, pero estaban felices. Después de muchas escaleras que parecían un laberinto, salíamos al lado de la cancha y la cantidad de gente y las banderas y los bombos, y la alegría. Iba a salir la selección, iba a ver a Kempes, iba a cantar, a gritar yo también. Era algo simple: yo quería ser argentino. Yo quería gritar Vamo vamo sargentina, pero no pude decir nada, me quedé en silencio sólo en blanco mudo vacío. Y me desmayé.

Me desperté tirado en una camilla del estadio de River Plate. Inmediatamente me repuse y mi papá me dio una palmadita y que Dale, nene, que va a empezar el partido. Me dieron agua, no sé qué más, y regresamos y canté y fui argentino y feliz y Vamo vamo sargentina y le ganamos dos a uno a Hungría.

Pasamos cinco días en Buenos Aires. Vimos varios partidos en la tele, mientras papá habla por teléfono, vimos otro de Argentina que ganó, uno de Italia y otro de Polonia que le ganó a México. Desayunábamos medialunas cada mañana (dos veces con dulce de leche) y cada mañana fuimos a una reunión. Cada mañana yo me sentaba al lado de una secretaria, me ponía a leer la *Anteojito*, la *Condorito* o algunas de otras revistas que tanto me gustaban.

El jueves papá me dijo que me iba a regresar a México. Solo. Yo solo, sin él. Que él me iba a llevar a Ezeiza y que mamá me iba a esperar en el D.F. Vos querés regresarte porque extrañás a tu mamá, me dijo. Y ella te extraña a vos. Yo quería ir a Bariloche, a ver a los primos, darles los juguetes, contarles que fui al Monumental, que vi a Kempes. Pero mi papá sabía lo que quería, que para eso es un papá, por eso no dije nada. ¿Ven? Ya se los dije, mi papá sabe lo que quiero. De todas maneras estaba nervioso, viajar solo en el avión podía ser emocionante, pero me daba miedo

que ni mamá ni Rosa estuvieran en el aeropuerto de México cuando llegara y que me perdiera, porque no sabría cómo ir a casa. Papá, que sabía lo que pensaba, dijo que íbamos a llamar a mamá, para que ella me dijera que me quedara tranquilo que me iba a ir a buscar. En el teléfono le conté atropellado todos los partidos que había visto, que fui a River, que ganó Argentina, que Argentina iba a salir campeón. Mamá me dijo que me iba a esperar al aeropuerto.

En el avión me atendieron como a un rey. Me hicieron pasar a la cabina, me dieron de comer todo lo que quise, me regalaron un avioncito de Aerolíneas Argentinas y una caja llena de postales con las Cataratas del Iguazú, el obelisco que veía todas las mañanas y todas las noches durante la semana que pasé en ese hotel, el glaciar Perito Moreno y el río de Cosquín, con mucho sol y mucha gente en las playas, y el lago en Bariloche.

Pensé en mis primos, tenía ganas de verlos. Pero me dije que podría volver en cualquier momento.

Llegué al aeropuerto de México, nuevo, lustroso, lleno de gente como el de Buenos Aires, pero triste y sin la alegría del Mundial. No había banderas más que mexicanas y todo me parecía gris y frío, a pesar del calor. A pesar del calor, yo llegué con mi gorrita de Vamos Argentina y una campera —ahora chamarra— forrada con piel de corderito. Una de las azafatas, la más rubia la más bonita, me acompañó ante los militares que ni revisaron mis bolsos —ahora traía dos velices: uno que me había preparado Rosa y otro que había comprado en Buenos Aires y que llené de revistas, alfajores, banderitas y papel picado que caía de los edificios del centro.

Mi mamá demoró unos cuantos minutos en aparecer y la abracé llorando. Subimos al auto de un señor de bigotes que era su amigo y que ahora me dijo que es su novio. Él es mi novio, Mario. Vamos a ser muy felices los tres juntos. Nos vamos a mudar a una nueva casa. ¿Y Rosa?, pregunté. Rosa vendrá con nosotros, no te preocupes. Íbamos los tres sentados en la parte de atrás. Ellos se tomaban de la mano, detrás de mí, y mi madre me daba palmaditas en la pierna. Se la veía contenta. Hablaba y hablaba de los planes que tenía para nosotros. Lo feliz que íbamos a ser todos juntos. Yo no pude contarle nada de mi viaje, le quería contar de Kempes, del Monumental, del hotel más grande del mundo, pero me interrumpía todo el tiempo.

El chofer nos llevó a la casa de siempre, donde nos esperaba Rosa, *Tom*, la planta. Al poco tiempo, el señor de bigotes desapareció de la casa, el Mundial desapareció de la tele, mis primos desaparecieron del teléfono, y mi padre, en otro de sus extraños movimientos de prestidigitador, desapareció de mi vida.

Mi vida se parecía a un mal truco de circo: todo a mi alrededor desaparecía bajo la batuta de un mago, de un dictador, y para siempre.

No supe nada de mi padre por mucho tiempo. Y no quise saber nada de Argentina por el resto de mi vida.

VI

Cuando subo al coche, cigarrillo en mano, el portero se levanta y me hace seña para que lo espere, que quiere decirme algo. Se levanta con dificultad de frente al televisor y se acerca con paso lento hasta el coche. Se apoya en la ventana del acompañante, se quita el cigarro de la boca y me dice: Lo vinieron a buscar gente rara. Una señora, estaba nerviosa. Preguntó por el periodista, me preguntó si acá vivía. Yo no le respondí nada, me quedé en silencio, viendo la tele. Es que esto de los gringos no se puede dejar de ver. Qué tal si ahora nos atacan a nosotros. La señora me dijo que buscaba al periodista, que sabía que vivía acá. En uno de los pisos altos. Yo no le dije nada porque me dio miedo, mire usted. Usted es el único periodista que vive acá, que yo sepa. Pero hoy es un día raro. Y esa mujer era más rara todavía. Yo me hice el sordo. Quería que se fuera por si llegaba su madre, imagínese el disgusto de ella y de Yolita. Justo de casualidad bendito dios pasó una patrulla, y la vieja salió corriendo. Tenga cuidado, mijito.

Subo el vidrio y despido con un ademán al portero. Marco otra vez el celular, pero salta de inmediato un contestador. Acomodo el dinero que me dieron. Es mucho dinero, varios sueldos a la vez, con el que podría tomar cualquier avión a cualquier lado, pero hoy no es un buen día para tomarme ningún avión, lo que tengo que hacer con este dinero es intentar llegar a Nueva York, llegar por tierra a Nueva York, donde acaba de empezar la guerra. Otra Guerra.

Salgo hacia avenida Reforma, y un grupo de indígenas detiene el tráfico. Llevan pancartas y plumas y están completamente desnudos. Son cincuenta, sesenta personas alrededor de otro tanto de coches, mostrando sus reclamos y sus sexos flácidos, oscuros. Saltan a nuestro alrededor y se acercan hasta recostarse en los autos. Reclaman tierras o comida, o tierra y comida, ya no entendí. Se trepan a los coches. Los vidrios se empañan y son cuatro cuerpos pegados a los cuatro cristales del Dodge, impidiéndome ver más allá de sus pieles humedecidas por el sudor. Toco el

claxon —antes bocina— pero da igual. Me quedo quieto, mirando hacia adelante. ¿Y si prendo el limpiaparabrisas? Mejor no hago nada. Espero. Siempre hay que saber esperar, me digo. Espero.

Tomo tres analgésicos con la Coca-Cola caliente que llevo en el auto, y subo el volumen del estéreo. Desde el periódico mal doblado me mira Jordan. Y Lou Reed canta esa de *I don't know just where I'm going*, no sé dónde a voy, heroína, y los indígenas intercambian de lugares y de autos y el mío ahora se vuelve a oscurecer cubierto de otros cuerpos, de otros cuerpos que van y vienen y se divierten dejando en los vidrios la marca de los pliegues de sus panzas como piel de bombo, de sus ombligos espirales, sus tetas de cardos muertos. Y dicen que la guerra empezó en el gabacho.

Tras diez minutos de esta performance política anatómica, entre el ruido de las bocinas —ahora claxons—, los gritos de los conductores y la amenaza de los manifestantes para impedir que nadie baje de su coche (uno lo hizo para sacar a una niña que había trepado hasta el vidrio delantero de su camioneta y casi lo matan), llega la policía en caballos, motos y patrullas con sus palos sus pistolas y sin sus credenciales. Empiezan los golpes sin más trámites y se puede ver como caen hombres mujeres niños todos desnudos todos sangrando, todos olvidados de sus reclamos. Los que pueden, corren a través del camellón. Algunos corren de su propia guerra, se levantan y salen hacia cualquier dirección, resbalando sobre el pavimento mojado por la lluvia. Son palos, el show de los indios desnudos bailando reclamando comida o tierras o comidas y tierras jugando ensuciando ahora son palos, de esto hablamos: de palos dando en el cuerpo desnudo de un hombre de una mujer de un niño de un reclamo que nadie sabe qué es para qué es tierra o comida pero no debe ser difícil imaginar. Palos por convertir una manifestación en un carnaval por ensuciar los autos, palos para hacer la guerra, palos por apoyar sus vergas sus coños en los vidrios en mis vidrios que ahora están despejados liberados, pero salpicados con un poco de sangre. Desaparecen y ahora sí prendo el limpiaparabrisas.

Ya sin la manifestación, la calle Reforma vuelve a su ritmo normal, es decir, a otro cansino embotellamiento de coches. Autos y autos sin indígenas ni vendedores de globos ni de nada que la recorrían lento, con la parsimonia de los atascos y el riegue del agua porque está empezando a llover otra vez, a llover como llueve en el Distrito Federal en temporada de lluvia, de pronto, imprevisto. Así a diario, todo mundo sabe que lloverá a diario, pero a todo mundo nos sorprende que se largue el chaparrón, que se caiga el cielo. Alrededor, todos observan con seriedad derecha e izquierda y al cielo, las amenazas del día: una manifestación de viejos en pelotas, un par de aviones estrellándose contra aquellos edificios. Europa, Rusia, Japón y Canadá blindan sus fronteras, sus aduanas, y hasta las calles. Nosotros no sólo no las cerramos, las abriríamos para que todos pudiéramos escapar, o recuperar Texas.

Da igual, es lo mismo. Las fuerzas de seguridad de todo el mundo están

alertas, la guerra, la Tercera Guerra había empezado. Atacan a los Estados Unidos. Tragedia mundial, dicen los noticieros. Pero acá sería un día más o menos normal, incluso con la manifestación de los encuerados. En la media hora que llevamos atascados en Reforma, ahora sí se llenó de policías y militares y todos vestidos y desnudos, a pie, en caballos o en autos, nos convertimos en pilotos suicidas.

Prendo la radio, la lluvia se larga más fuerte. Un anuncio en la radio dice: «Si el papá o los niños no tienen apetito, o les pica ahí atracito…. ¡Lombrix!».

Vuelven los locutores. Quiero oír la radio pero es imposible. En todas las estaciones, la interpretación de los contertulios es lo esperable: fin del mundo, castigo divino, que la Virgencita de Guadalupe nos proteja y salve. Prefiero a Lou Reed. Tengo este TDK que escucho mil veces. Grabé varios de la Velvet y de la etapa solista. Tengo los casets originales en casa, acá traigo los grabados. Los escucho hasta que se gastan y los vuelvo a grabar. Esta vez, del centro a Satélite, más la manifestación de los indígenas sin ropas, escuché *Andy Warhol* de la Velvet dos veces.

El teléfono que suena y que no atiendo. Mensajes en el contestador, mensajes de texto con las mismas indicaciones: facturas, gastos, mexicanos afectados, etcétera. No te olvides de buscar un mexicano afectado. ¿Y si salimos mañana desde Houston? Llamo a la redacción y digo que ok, que ya recibí todos los mandados que los llamaré en cuanto pare ya en la carretera, que ahora me voy que hasta luego. Que hasta siempre.

Marco el número que llevo en la gabardina y me atiende una mujer: ¿Bueno? Quedo en silencio, debería preguntarle si ella es la señora. Pero no me atrevo.

Estaba por apagar el teléfono, olvidarme por un rato de él, del tráfico, de Lou Reed, cuando me llama Merisi. Merisi me dice que se enteró que me iba a Nueva York, que él quería ir, que si podía acompañarme. Dudé en decirle que sí porque ya tenía un camarógrafo, el Beto, a quien tengo que pasar a buscar por Reynosa, y además, Merisi no sé en qué época de su vida estaría. Y encerrarme con él en un auto un par de días, o los días que fueran necesarios para llegar a Nueva York, no sé qué tan buena idea podría ser.

—¿A qué quieres ir a Nueva York?

—A lo mismo que tú, me dijo.

—¿A hacer cinco notas para el noticiero?

—No, a lo que vas.

Decidí que no lo llevaría, que mi viaje era mi viaje y sólo aceptaba un compañero como Beto, silencioso y discreto. Dale, me dijo Merisi. Tienes ganas de que te acompañe, me dijo. Yo sé lo que quieres, me dijo. Yo no tenía ninguna gana de que venga. Pero finalmente le dije que sí.

Ya no puedo, ya estoy saliendo de la ciudad, voy demasiado atrasado, me agarró una manifestación en Reforma, no puedo parar, mañana tengo que estar en Houston le dije con la esperanza de que entendiera, Ya me estoy yendo. Pero Merisi

no entiende lo que no quiere: Perfecto, respondió. Estoy en casa de Nora, en Satélite. Pasa por acá, te espero en el Vips de la esquina, así no perdemos tiempo. Ahí te espero afuera, ¿te compro un café? ¿Unas Cocas, qué quieres? Pasa por acá, y luego tomamos Periférico.

VII

Merisi es un italiano que llegó a México hace unos años. Conocí a Merisi una noche, en una cantina del centro. Fuimos buenos amigos mientras Merisi podía ser amigo de alguien. Merisi era uno de los más grandes fotógrafos y artistas que había conocido en mi vida. Cuando lo conocí, había dejado atrás una estupenda reputación como corresponsal de guerra, y otra reputación como artista de galerías gracias a sus premiados trabajos sobre los yonquis de Madrid. Mantuvo siempre su encantadora reputación de *enfant terrible*. Estos yonquis de Madrid por lo general eran sus compañeros de piso, los amigos de éstos y su *dealer*. La obra de Merisi, unas gigantografías de fuertes colores, habían tenido hasta hace poco una considerable reputación en los ambientes artísticos. Exponía con frecuencia en varios países.

En un momento tuvo una graciosa idea que cuajaba sobre todo en el ambiente literario de los inmigrantes latinoamericanos: antes de los yonquis, sus modelos solían ser principalmente escritores, incluso escritores yonquis. Solía convocar a escritores de distintas calañas para fotografiarlos en escenografías que armaba en su propia casa y simulaban fondos de Caravaggio. Merisi, que compartía con Caravaggio apellido y lugar de nacimiento, a veces decía descender del gran pintor.

La mayoría de sus modelos aún no estaban consagrados como escritores y muchos de ellos nunca lo estarían. Ambos, retratistas y modelos pensaban que estaban haciendo una inversión a futuro. Casi todos accedían fácilmente a Merisi. Era muy simpático y seductor y vivía y se movía como verdadero artista, cosa que los escritores envidian particularmente.

Llegaban a él por ser amigos de amigos, en la mayoría latinoamericanos que llegaban a Madrid como se llegaba en los sesenta a París o a la luna y en su estancia de pocos días hacían lo posible para conocer al italiano, sobre todo sabiendo que Merisi ilustraba y colaboraba con cierta frecuencia en los medios. A su vez, estos escritores escribían alguna nota en los suplementos culturales donde colaboran y así

iba creciendo el mito de este estupendo artista.

Un día Merisi cerró su etapa de escritores. Como con tantas cosas de su vida, podía dar carpetazo y pasar a otro asunto, sin ningún remordimiento. La última modelo fue una joven peruana que un día se presentó en su casa como escritora. Quería interpretar a la Magdalena penitente. Nunca hizo la foto y se enamoraron. Una relación horrible de autodestrucción mutua, que acabó con la extraña muerte de la escritora. Perdido en la locura, Merisi se pasó a la etapa de jeringas, tatuajes, drogas, los yonquis de Madrid. Mordió la manzana. Duró unos pocos meses y se perdió. Una vez más se perdió. Nadie sabía nada de él. Y en esa época, en ese estado, llegó a México.

Primero llegó a Chiapas, donde pasó mucho tiempo, y luego recaló en el D.F. Merisi vivía de prestado en una casa porfiriana con cuadros bien firmados en las paredes. Pero se la pasaba en la calle. No tenía dinero ni nada. Parecía una canción triste de Lou Reed. Yo no sabía quién era. Cargaba un pequeño bolso con dos muda de ropa, una campera, la cámara, unos libros y un par de discos de Lennon. Llevaba un bonsái. Todo lo que le quedaba, entraba en una mochila. Nada había de un pasado que muchos consideraban memorable.

Nos contamos un poco de la vida. Él no podía parar de hablar. Cuando el bar cerró, nos mudamos a otro y a otro más.

Me contó de sus momentos gloriosos, pero jamás vi en él melancolía. Los ennumeraba uno a uno, mezclando el trabajo con ciudades, con mujeres, con imágenes. Yo estaba encandilado con su relato. Una semana suya valía lo que un año de cualquiera de los que estábamos en la cantina.

Merisi llegó a Madrid desde Italia, donde había dejado su trabajo de fotoperiodista. Porque ahora quería ser artista. Había estado en Kosovo, realizando la última cobertura de su vida. Ya le habían aconsejado que no fuera, que esa misión era para otro. Él insistió, y allí fue con sus cámaras y sus manos trémulas por el miedo y el recuerdo. Había sido el mejor reportero de guerra de su país. Desde la invasión norteamericana a Panamá, las cubrió a casi todas, guerras civiles, conflictos de distintos tipo. Ese trabajo era su vida. No la entendía de otra forma. El horror, la muerte, el dolor, la sangre, eran la materia prima con la que moldeaba su obra. Decía De qué sirve mi vida sin guerras.

Cada vez que quiso desengancharse, el mono lo sofocaba.

Para mitigar la presión de este costado sangriento de la profesión, una vez lo mandaron como corresponsal a Atlanta durante los Juegos Olímpicos y a cubrir la visita del papa a Cuba. Pura mierda. No podía ni dormir. Noches y noches en vela, con la peor sensación. Acá no pasa nada, el mundo gira sobre los cadáveres de la guerra, maldito sea, pero es así. Y yo tengo que verlo, estar ahí para mostrarlo. Lo mío es docencia. Ya entré, estoy jugado, déjenme mostrarles lo que hacen con estos niños en Ruanda, miren qué asco da el ser humano, déjenme tirarles en la cara su

propia mierda. Qué me importa quién es el nuevo recordman de atletismo, soy periodista de malas noticias. Soy Merisi, de Caravaggio. No sé dar otras, no las conozco. No hay otras.

Merisi era uno de los más populares de La Tribu, como se conoce al grupo de corresponsales de guerra que viajan alrededor del mundo y los cadáveres. Su bautismo de fuego fue una ráfaga de metralla contra la pared del hotel Marriott de Panamá. Estuvo más de una vez entre las balas de los rebeldes del Frente Unido Revolucionario al sur de Sierra Leona; y entre las del ejército en Freetown. De allí las fotos de los niños que se publicaron en todo el mundo y lo hicieron tan famoso.

Estuvo en las tierras calientes de Nigeria, Colombia, Libia, Irán, Israel. Sin embargo, nunca en el sur de Italia tomado por la mafia, y no le gustaba dar explicaciones de ello. Con neumonía y fiebre, transmitió desde Sarajevo. Corrió en Grozni de los helicópteros y de los MIG que bombardeaban Chechenia y dejaban a familias enteras entre las llamas. Los gritos de los niños, las toses de los tuberculosos, los llantos, las plegarias y las bombas, no se apaciguan ni ante las botellas de whisky.

Su reputación venía del matadero del Cáucaso, de allí proviene su mejor trabajo, sus mejores imágenes. Sus peores pesadillas. Allí quedó tronchada la vida de Vincent, su compañero de ruta, su mejor amigo, su hermano de sangre, de sangre en guerra. A Vincent lo atrapó una ráfaga de balas y Merisi no pudo siquiera socorrerlo: sólo siguió filmando. Filmó la muerte de Vincent, mientras marchaba a toda velocidad a su encuentro. Las imágenes movidas y fuera de foco, a los saltos; su grito desgarrado, sus sollozos, conmovieron a la teleplatea que desde los sillones de casa seguían esta tragedia humana. Yo recuerdo haber visto esas imágenes en la tele.

Merisi lleva un tatuaje en su brazo izquierdo: «Maldita memoria, sálvame».

Tiempo después, en una cena en Medjugorje, en el cuartel de las tropas españolas en Bosnia, Merisi confesó su deseo de desistir, de dejar este trabajo. De hacer otra vida. Nunca se hablaba de estas cosas, estaban inhibidas, censuradas. Las tertulias nocturnas giraban en torno a cómo llegar más o menos ileso a tal o cual zona, dónde conseguir tabaco, alcohol, chicas y un poco de silencio. No se deseaba mucho más en una misión como éstas. Pero él se confesó, y estas cosas nunca se hacen porque se corre el riesgo de que el virus contagie al resto. Cambiaron rápidamente de tema, divagaron un buen rato en discutir si *Milestones* o *Miles Smiles* era el mejor disco de Miles Davis. Merisi hacía tu turu turu tutu tu con la boca, imitando graciosamente una trompeta. La única trompeta posible, la única canción probable que amordazara el eco de las bombas.

Nunca le perdonaron la osadía de la sinceridad. Estamos entre sangre, no queremos más dolor. No hay manera alguna de volver a casa. Merisi consideró que esa intrepidez le afectaba a él más que a nadie, lo convertía en primera víctima, así que se olvidó del asunto. Ya llegará cuando me tenga que bajar. De esto no se habla, de esto se baja de una vez y listo. De esto se baja muerto. De esta guerra sólo se sale

muerto.

La entrada de las tropas de la OTAN en el 99, cuando cae Milosevic, impuso el alto al fuego en ese Kosovo que era su reflejo, denostado como sus nervios, sus manos, sus sueños. Fue su última filmación, entregó su cámara, los *tapes*, los documentos, los carnets de prensa, el chaleco de pescador de truchas. En la redacción no podían creer lo que estaban viendo: Merisi, uno de los corresponsales de guerra más prestigiosos de fin de siglo, entraba en ese indeseable limbo de los periodistas jubilados, el de los guerreros en descanso.

Los viejos camaradas aún en lucha no lo olvidan, hablan de él como si estuviera muerto. Nadie que se sale de La Tribu sigue vivo para los demás. Sólo los que mueren en combate siguen vivos. La muerte es la única jubilación.

Cuando entregó sus cosas salió hacia la estación a tomar cualquier tren. Ya no hay ni habrá un clan esperando en ningún hotel asediando a una botella o a una mujercita, no hay relámpagos asesinos en el cielo. No hay casa, no hay familia. No hay rumbo.

Se fue a Madrid. Y se volvió un artista. Es decir, un muerto.

VIII

—Nunca pensé que veríamos esto, Mario.

—Si tú lo dices, que has visto de todo.

—Nora celebraba ante la tele. Le dije que eso no se hace. Atacar a los Estados Unidos es como escupir al cielo. Más temprano que tarde te cae encima.

—¿Cómo anda Nora? Hace mucho que no la veo.

—Más o menos. Después de la operación las cosas no fueron fáciles para ella.

—¿Qué tiene?

—No fue fácil para nadie. Menos para mí.

Un Merisi en crisis de pareja, justo lo que necesito para este viaje, pensé.

—¿Ya comiste?

—Si quieres paramos como en una hora, que ya vamos muy tarde.

Nos detenemos en la carretera, en el local de una señora que tenía la fama de hacer las mejores quesadillas de la ruta. Comimos un par cada uno, un taquito y a seguir. Fumamos un par de cigarrillos antes de subir al auto. Frente a nosotros pasaban camiones, coches, una ambulancia. La carretera caliente y las montañas de siempre, al fondo.

En ese momento, viendo los coches pasar, pensé en lo que se había convertido mi vida. Treinta años intentando estar al margen de todo, incluso de mí mismo. Acotar al mínimo el radio de acción. Buscar la plataforma desde la que moverme sin hacer ruido. No era ésta una reflexión de cuentas. No pensé en ese momento dónde había nacido, quiénes eran mis padres, dónde había crecido, cuál es mi país. No pensé en las mujeres que tuve, los libros que leí, las películas que me gustaban. Si me preguntan ahora mismo cuál es mi película favorita respondería que ninguna. La película que más veces vi en mi vida fue *Space Jam*, pero eso no quiere decir que sea mi favorita. Tampoco tengo un libro favorito. No he leído mucho más allá de lo que me obligaban en la escuela. Pero ni siquiera de esos me acuerdo. ¿Mujer favorita?

Sólo tuve dos.

Pensaba en cómo los hechos se van sucediendo como se suceden los coches, los camiones, una ambulancia. Vienen, suceden y se van. A la vuelta, en la curva, desaparecen y nunca más volverás a verlos. Tampoco los ves antes, no sabes lo que vendrá. Y ahí están, de pronto. Llegan, pasan, se van. Y uno parado como espectador, no puedes subirte a ninguno. Ninguno te llevará. Ahí viene un coche rojo, otro azul, uno blanco y otro blanco más. Por eso nos gusta tanto el juego de adivinar los colores de los coches en la carretera. Nos pone en el paroxismo de la certeza. Por un segundo, por ese momento en el que vemos pasar el coche, sabemos que tenemos razón, que estamos en lo cierto. Un deseo se ha cumplido. Dijimos que pasaría un coche rojo, y pasa un coche un rojo. Cuando tienes cinco años, o treinta, saber que el destino te da la razón por un rato, un rato mínimo, es el mayor placer que puedes tener.

Claro que el resto del tiempo no pasan los coches rojos, no adivinas los colores, y mucho menos se detiene alguno por ti. No pasa nada. Tú sigues. Sigues y te buscas tu propio coche rojo como el que tengo en este momento para llegar a Nueva York y no es que eso sea gran cosa, pero al menos puedes jugar todo el tiempo a qué color es el coche en el que vas, y siempre acertar.

Merisi se mete al baño, y vuelve restregándose la nariz.

—Es la última, no tengo más —me dice.

—La frontera la cruzas caminando.

—Pensé que ya no volvía a una guerra. Pero la de casa es peor —dice Merisi.

—No se puede con tantas guerras.

—¿Y las tuyas como van, Mario? —pregunta entre risas.

—Intactas, bien cuidadas. Siempre las riego con sus muertitos.

—Pero ahora sí que empieza la guerra de verdad. Y la peor de todas.

—¿Tú crees? ¿Peor que cuál?

—No sé. Empieza la guerra. Ahora sí que empieza esto, que es como la Tercera Guerra Mundial, o algo así, ¿no? Se acabó todo lo que conocíamos de este mundo. Vamos a ver qué pasa con los que quieran pensar diferente. Imagina, Mario, a los musulmanes de Estados Unidos. Piensa en los mexicanos o en cualquiera con la piel más oscura. Vamos a entrar a un Estados Unidos totalmente nuevo, asustado y justificando todo su racismo. Esto va a ser un mundo nuevo.

—No creo que sea para tanto. Algo que no hayamos visto antes.

—Es que esto no lo vimos antes.

—Pero éstos son lo que son gracias a la diversidad.

—No seas ingenuo. Eso ya no va a existir.

—¿Y la idea de la libertad?

—Se acabó.

Prendemos la radio, y dicen que estamos esperando la orden de Bush para

invadir los países involucrados: Paquistán, Afganistán.

—Deberían invadir México de una vez. ¿Para qué queremos seguir así? Si no nos invaden, va a ser peor.

—¿Viste que Jordan vuelve a la NBA?

El día empieza a caer, lento pero sin parsimonia. El sol nos da de frente y no me deja ver muy bien. Corremos a buena velocidad y llegaremos a tiempo a Tampico. El plan es dormir allí, y salir muy temprano para cruzar la frontera al mediodía. No está mal. Buena idea la de venir a Nueva York un día como hoy. La excusa perfecta para salir de ese escritorio, ese noticiero. Y de esas cabezas. Esas niñas.

—¿Volviste a Argentina, Mario?

—No, nunca más.

—¿Por?

—No lo sé exactamente. Pero es muy lejos. Y además no tengo nada ni nadie allá.

—Nunca hablas de Argentina.

Me quedé en silencio.

—En realidad, nunca hablas de nada.

Y Merisi tenía razón. No tengo una buena opinión de mí, y no me importa los que los demás opinen. No tengo amigos, no tengo novia, tengo una madre y un trabajo a los que sufro por igual. Lo demás es algo totalmente aleatorio. Sin embargo, Merisi es una de las personas que más me conoce. Sabe bastante de mí, yo se lo haya dicho o no. Tampoco tengo secretos. Si alguien me pregunta, respondo. Pero nadie me preguntaba sobre la cuestión argentina, así que ni siquiera tenía una respuesta a eso.

—Yo nunca fui a Argentina —dice Merisi. Me encantaría conocer.

—Es bonito.

—Conocí a muchos argentinos, están en todas partes. Todos buena onda, pero todos siempre tan profundos. Castigándose unos a otros, y sobre todo a sí mismos. ¿Por qué es eso?

—Ni idea.

—Yo creo que es porque cargan con demasiados muertos. No superan la dictadura, ¿verdad?

—No sé.

—Fue una guerra sangrienta.

—No fue una guerra, fue una dictadura.

—Tienes razón, pero no importa el nombre, importan los muertos. Y acá hubo demasiados muertos. Y si hay muertos, hay guerra. Y estas cosas no se superan en una o dos generaciones. Yo creo que Argentina es un cementerio. Está llena de muertos.

—Es una guerra diaria, donde la gente no se mata con pistolas, se matan de enojo y amargura. Mueren de infartos. Así se van acabando unos a otros.

Llegamos a Tampico de noche junto a una tormenta eléctrica que iluminaba el cielo a cada rato. No traemos plan de hotel y dijimos de parar en uno de la carretera para no entrar a la ciudad. Bordeamos la ciudad y entre las últimas urbanizaciones, encontramos cuatro hoteles. Todos están ocupados, excepto éste que tiene una habitación disponible. Al menos hay lugar para quedarnos, y lo tomamos como un golpe de suerte, porque la lluvia se largó con todo. Estacionamos al lado de unas camionetas del ejército. El hotel está ocupado por militares. Siete enormes camionetas del ejército y nuestro Spirit rojo. Nos empapamos por completo al atravesar el estacionamiento. Atiende un chino que nos da un par de toallas pequeñas para secarnos. En la habitación Merisi prende la televisión y muestran unas imágenes de Afganistán donde la gente celebra en la calle.

—Mira, como Nora —le digo a Merisi.

—Nora lo único que quisiera celebrar es mi muerte.

Cenamos un guisado de pollo que es lo único que hay, arroz, tortillas y unas cervezas. El plan es dormir pronto, para en seis horas volver a estar en la ruta.

Me cuesta dormir, en cambio Merisi lo hace inmediatamente. Siempre me pasa lo mismo cuando me recuerdan que Argentina esto, que Argentina aquello. No es que haga algún esfuerzo para olvidarme de Argentina, es que simplemente no me acuerdo. Siempre ha sido así. Argentina es el coche blanco cuando querías que pasara el coche rojo. Merisi ronca. Me levanto porque el viento abrió una de las ventanas y entra el agua. Intento cerrarla pero está rota la cerradura. Finalmente la cierro con una silla. Los árboles se mueven violentamente, y de vez en cuando se oye a algún trabajador del hotel corriendo por el estacionamiento trayendo alguna cosa. Los militares y Merisi duermen tranquilos, ajenos a las inclemencias. Prendo la tele. El noticiero local de Tampico no habla de la caída de las torres. Habla de un político que inauguró esta mañana unas olimpiadas para la tercera edad, y luego se explayan en la información sobre el tiempo: lluvias, vientos y riesgo de un ciclón que anda por el golfo y que podría llegar a la costa.

IX

Recuerdo bien ese lago. Es como las líneas de la palma de mi mano. Recuerdo las riberas, recuerdo la arena gruesa, los sauces que caían al agua y se dejaban bañar. Recuerdo cómo llegaba a la casa, siempre manso y en armonía. La fiesta de los perros, la lucha de los sapos, la suerte de los caballos en verano. El frío helado del invierno.

Yo nací aquí y nunca nos movimos hasta que nos fuimos una noche de repente. Durante Semana Santa, los quince días en el invierno, y los tres meses de verano, venían amigos y la familia. Teníamos una casa grande, con un jardín lleno de juegos y una pequeña piscina. Al fondo del terreno había otra casa, mucho más pequeña, y escondida entre los árboles. En la casa pequeña todo el tiempo había gente, algunos amigos de mis padres, otros que yo no conocía, pero que iban y venían, sobre todo por las noches. El verano era una puesta maravillosa, en el invierno todo estaba cerrado.

Teníamos dos caballos y un pony, que mis primos y yo intentábamos montar y llevar a pasear por los duros caminos de las montañas. Para subir la montaña, había unos burros que nos cargaban. También teníamos una lancha a motor, con la que pasábamos algunos ratos en el lago, mientras mi papá y los tíos pescaban. Pescaban de todo un poco: pejerreyes, carpas que luego cocinaban en la casa por la noche. Los niños pescábamos mojarrillas. Luego llegábamos a casa con los pescados, y la cocinera los limpiaba en el patio. Lo primero que hacía era cortarles la cabeza de un golpe con un cuchillo gigante. Salía sangre y se expandía un fuerte olor por todos lados, y se iban acumulando en una cubeta. Me fascinaba ese espectáculo.

Yo era el único que acompañaba a la cocinera en este asunto, a los demás les daba asco o tenían algo mejor que hacer. Una vez me robé las cabezas y las llevé al fondo, cerca de la casa pequeña, y alrededor de esos árboles las clavé una a una con un palo, como un ritual mortuorio que en esos momentos desconocía. La imagen era

fascinante, veinte cabezas solas, mirando hacia ningún lado, con los ojos grises. Nadie descubría mi secreto, excepto los gatos y los amigos que se quedaban en la casa pequeña. Al otro día las cabezas desaparecieron, y yo sospechaba más de los amigos de la casa pequeña que de los gatos.

Ese mismo día descubrí a la ladrona de mis cabezas cuando la cocinera iba a realizar una sopa de pescado: Mirá Marito, primero lavamos bien las cabezas, las metemos a hervir en esta olla, le agregamos cebollas, zanahoria, apio, estas hojitas de laurel del árbol, sal, pimienta y ayudame a poner la mesa que esto va a estar enseguida.

En el verano, durante cinco días, el pueblo se llenaba de gente. Venían de toda la Patagonia, y algunos cruzaban las cordilleras desde Chile. Un par de fiestas populares convierten al centro —y algunos balnearios— en un desfile de la raza argentina, esa morocha y panzona que por toda utopía tiene el asado, pero resiste y aguanta y espera; y prende el fuego.

En el mes de enero, en el pueblo se lleva a cabo un festival de música folclórica que convoca a miles de personas de todo el país. Llegan por días, toman la zona, acampan al lado del lago, cantan chacareras, tocan la guitarra, bailan zambas. Toman litros de vinos, comen kilos de asado que inundan el lugar con el aroma de la carne y las brasas.

Pasada la tarde, comido el almuerzo, las multitudes acomodan sus cosas dentro de las carpas. No son muchas cosas, unos trajes de baño, ojotas, camisetas, vestidos livianos y grandes, una pelota, una guitarra, una hielera portátil, varias botellas y alguna campera por si refresca. Dan el penúltimo chapuzón en el lago y se peinan se cambian se visten con las mejores ropas lustrosas y suben en manada al centro. En el centro está la plaza donde ya está tocando algún grupo de folclore recién llegado de alguna provincia. Van apareciendo poco a poco, tímidos y borrachos, subidos en un escenario inmenso, ante un plaza que se va llenando con lentitud y parsimonia. Los cantores —todos vestidos de gauchos—, dos guitarras y un bombo, cantan el penoso sentir del interior de la Argentina.

La música triste del recuerdo de provincias donde un aljibe, un caballo, un patio pobre bajo el sol calcinante, arrinconan el recuerdo de una ingrata que se fue. Los grupos folclóricos van pasando, uno a uno, todos iguales: el trajecito raído de gaucho, el dolor en el culo por las horas de viaje en una camioneta enclenque, los nervios del debut, la ingrata que está abajo con los chicos, el bigotito policíaco, la gomina en el pelo grasoso y la mirada a la luna, el llanto melancólico de los versos de la tierra. Los versos de la tierra, así gustan referirse a las frases que salen de la inspiración de cuarenta grados a la sombra de la pampa. Por supuesto, casi todos desafinan. Pasan los grupos, parejas de bailarines, zapateadores, mujeres vestidas con trajes típicos, desfile militar, y el mestizo olor a empanadas, vino rancio y choripán, cubre el cielo antes que la noche.

Cuando la noche por fin cae, empieza lo mejor. Es el tiempo oficial del festival, lo anterior fue la previa, lo fuera de programa. La segunda parte, la de verdad, la que se transmite por televisión a todo el país: los consagrados llegan al escenario, los clásicos cantores, con gominas y pañuelos más caros, con trajes más brillantes y nuevos, con botas lustrosas de cuero de verdad. Ya no llegan a la ciudad en camionetas destartaladas, sino en aviones o en Mercedes Benz, paran todos en el único hotel decente del pueblo. Beben vino del bueno.

Izan las banderas, tiran fuego artificiales. Todo es celeste y blanco celeste y blanco «¡Viva Largentina, mierda!». Las autoridades que honran el espectáculo, el gobernador, acaso el presidente, el coronel, el general, el arzobispo, el cura párraco que bendice a todos y a cada uno. Ocupan los primeros asientos. «¡Viva la Gomina!» Todos el mismo peinado, el mismo bigotito. Las uñas arregladas, afiladas, la mirada salvadora de la nación.

A las diez en punto, en el cielo estallan los fuegos artificiales. Lo mejor del festival, que en casa disfrutamos en el patio, sentados en el pasto o en las reposeras, nunca en el anfiteatro. Las luces rojas verdes azules iluminaban el pueblo entero, las montañas, el Cristo de la punta. Tiñen el lago, nos pintan la cara con sus colores. Los niños, mis abuelos, mis padres, mis tíos somos de colores por esos minutos de estallido. Mis primos y yo saltamos de alegría. Un país entero puede resumirse ahora, de un lado familias queriendo celebrar algo, una fiesta, y la fiesta de estos hombres sentados en la primera fila, firmes, viendo a los otros ahí arriba, tiesos, moviendo las boleadoras, dando gritos y zapatazos, machos unos y otros que serían capaces de dar la vida, por salvar la patria, o por otra copa de vino.

La multitud enardecida grita Viva viva viva y aplaude y canta y se emociona.

El pueblo bares y peñas de los alrededores se llenaban de los que no podían pagar la entrada a la plaza. Allí van cayendo los folcloristas del primer tiempo, ocupando los horarios centrales, y otra vez se da la lógica de castas y antes que ellos cantaron los que ni siquiera fueron seleccionados para tocar en la plaza, y así pasan las horas y la fiesta parece interminable, y sube un borracho sin guitarra al escenario y recita unos versos de Yupanqui y le aplauden o le gritan, y así toda la noche, hasta que a la madrugada cierran cada uno de estos lugares, muchas veces obligados por la policía, y la gente vuelve fatigada, gastada, pero aún con algo de fuerzas para llegar al *camping* y seguir con la guitarreada, al lado de un fueguito, de un vaso de vino. Hasta que otra vez llegaba la policía.

En una de esas noches murió mi abuelo. Recuerdo muy bien el lago que llegaba hasta la casa. La abuela, una mujer fría y práctica, nos despertó a mis primos y a mí. Con el dedo índice en mi hombro hasta salir del sueño, me dice que despierte, que despierte, Despertá, que el abuelo se murió. Se murió el abuelo. Dudé si era un sueño o no, si debía llorar o no. La frialdad de la mujer me hacía dudar: yo quería llorar, pero para qué, parece que no era suficiente motivo. Ya no tendremos


que hacerle comida especial, dijo, y salió de la habitación.

X

El abuelo murió una noche del festival. Esa noche, luego de cenar algo frío en el patio, un poco de jamón, otro poco de quesos, todos nos fuimos a dormir más temprano de lo habitual. Mis primos y yo habíamos estado todo el día en el lago. Habíamos estado al cuidado de Sara, la mujer que bajaba del cerro cada verano para estar con nosotros. Sara era corta de vista, pero nadie lo sabía. Ella se quedaba mirando un punto fijo del lago, donde supuestamente estábamos nosotros.

En verano, el balneario frente a la casa estaba dispuesto para realizar diversas actividades. Los mayores podían nadar y bucear de un lado al otro del astillero. En esa parte honda que llamaban olla también se podían hacer clavados desde unos trampolines diseñados con suficiente mal gusto como para intentar disimularlos con la naturaleza. Para tomar sol, una extensa playa de arena bordeaba uno de los lados del lago. Los niños hacemos castillos efímeros en la otra orilla, al lado de unas piletas de cemento, donde el agua del lago entraba y salía, pero con unas compuertas que controlaban que la profundidad fuera siempre baja. Allí los niños, las madres y las niñeras pasamos el tiempo al sol. Recuerdo ese sol. Es extraño pero recuerdo ese sol. Recuerdo la manera en la que me va quemando la piel poco a poco, cómo me iba poniendo rojo, cómo el sombrerito se calentaba y tenía que meterlo a cada rato en el agua. Recuerdo cómo la piel se iba secando, la cabeza calentándose hasta llegar a ser un hervidero. Los ojos miopes de Sara no veían cómo nos achicharramos mis primos y yo. Nosotros no nos aburrimos. Podemos estar horas en el sol y convertirnos en iguanas bebé. Sara, Sara, qué pensará Sara, tanto tiempo callada, tanto tiempo miope.

A la hora de regresar a la casa, a la hora de bañarnos, quitarnos la arena, ponernos crema y cambiarnos, antes de subir a la casa, Sara nos pasa por la cabeza la espalda y las piernas un hielo que pedía al vendedor de helados. Estremecedor y divertido. Supongo que de esa manera quiere disimular ante nuestros abuelos la

calcinación previa. Los veinte pasos del lago a la casa nunca son acelerados. Parecemos luchadores derrotados y subimos cada escalón con ceremonia. En la casa siempre nos espera un sándwich de jamón y queso en la heladera y jugos, el abuelo escribiendo en su oficina «de verano», como la llamaba. Escribe en una libreta gorda que agarraba con una goma elástica. Dentro de la libreta, guardaba boletas pagadas o por pagar, recortes de diarios, algunas fotografías, tarjetas de visitas, tarjetas de cumpleaños y de navidad. Como la familia pasa las fiestas aquí, aquí llegan las felicitaciones. En la libreta escribe con una letra pequeña, delicada pero firme. Recuerdo sus garabateadas en unos milímetros concisos. Transcribe poemas, anota ideas para cuentos, fórmulas matemáticas, juegos de ingenio con los que nos divertimos al anochecer.

Si al regresar del lago los tres primos lo hacemos de manera lenta, al llegar a la casa corremos carrerita para ver quién saluda primero al abuelo. Le golpeamos la ventana y le gritamos. Él nos sonríe del otro lado —tenemos prohibido llegar hasta su estudio sucios— y cierra su libreta, se pone de pie y va a la cocina a servirnos el jugo. Nosotros corremos a la habitación de las cuchetas. Nos desvestimos cantando siempre la misma canción, y nos metemos a la ducha recién cuando vemos que del baño sale el vapor. Nuestro cuerpo recupera bajo el agua caliente el ardor que el hielo había calmado por un momento. Nos gusta salpicar a Sara, pero ella se enoja. Un día amenazó con irse si seguíamos haciendo eso. Sara nos cambia de a uno, y nunca alterna el orden, por lo que mi primo es el que siempre se queda tiritando.

Cuando salimos del cuarto, los abuelos nos esperan en el patio con la comida y el jugo. Allí está toda la familia posible, y casi siempre faltan mi mamá y mi papá, que no sabemos dónde andan. Cuando regresan, regresan nerviosos, mi mamá con los ojos rojos de llorar, o más histérica, y mi abuela se va con ella a encerrarse en la habitación. Así estamos todos en el patio bajo el cielo que se iba oscureciendo, con los sapos que empezaban a saltar a nuestro alrededor, con el olor de las velas, de la gramilla mojada y de las cremas antimosquitos. El abuelo nos cuenta cuentos y recita poemas de los que anotaba en la libreta. Nos hace juegos de ingenio del tipo: un hombre que vive en el décimo piso del edificio Valencia de la avenida Colón, llega cada día a las siete y media de la noche. Sube al ascensor, aprieta el botón del séptimo. Baja del ascensor, y sube los tres pisos restantes por la escalera. ¿Por qué? Nosotros teníamos que adivinar por qué este hombre tenía una conducta tan extraña.

También nos cuenta chistes, donde los personajes hablan como gauchos o como mi abuelo supone que hablan los gauchos, es decir con Z, y siempre se llamaban Zoilo o Zacarías, don Zoilo, don Zoilo esto, don Zacarías aquello.

Recuerdo ahora, ahora que estoy manejando desde México a Nueva York, cómo nos reíamos con el abuelo.

Una vez que acaba su show, comienza el nuestro. Así cada noche. Obras de

teatro (los tres primos), lecturas de cuentos (mi prima), saltos acrobáticos (mi primo), malabarismos (a nadie le salen), malabarismo chino sobre ruedas (los tres en una sola bicicleta), encestar el aro de básquet (los tres), canciones (yo). A mí me gusta cantar canciones de la televisión, me las sé todas. Para ese momento ya es de noche, y me gusta pedir que apaguen las luces para cantar con una linterna a modo de micrófono: logro estupendos efectos. Excepto el abuelo, los demás van y vienen al espectáculo del circo de los nietos, como le llamamos a este ritual nocturno. Sin darnos cuenta, han pasado un par de horas y la cena ya está servida. Esperamos para sentarnos a comer, los fuegos artificiales que puntualmente estallaban en el cielo, dando inicio al festival. Son las diez de la noche.

Luego de cenar los primos nos vamos a ver la tele, a jugar cada uno con sus cosas, mi prima me lee la *Anteojito* u otra revista, o directamente a dormir. A veces, las pocas, empieza el show de los grandes, a veces bailes, canciones, guitarra; otras veces peleas, gritos, llantos. Esta noche, mi abuelo y mi mamá bailan una zamba, los veo desde la ventana, los veo bailar, veo cómo el abuelo pasa el pañuelo por el cuello de mamá. Se miran con adoración.

Esta noche muere el abuelo. Nosotros nos vamos a dormir más temprano que de costumbre. Acaba nuestro espectáculo (esta vez hay malabarismos chinos, obra de teatro y canciones —una inventada por mí y muy celebrada), y se larga un chaparrón que nos nos deja ver los fuegos artificiales del festival. Cenamos dentro de la casa, pero con más sueño que hambre, y nos vamos a la cama. El abuelo nos va a dar un beso de buenas noches, lo recuerdo bien. Nunca lo hace. Él se queda fumando su cigarro en el alero cuando nos vamos a dormir. Esta noche que muere va a darnos un beso. Cuando ya estamos dormidos, se corta la luz, y todos los demás se van a sus habitaciones; todos, menos mi madre y mi abuelo.

Al otro día mi madre cuenta que esa noche se quedaron charlando hasta muy tarde. Y que mi abuelo le dice, así, como si nada, que sabe que esta noche se va a morir. Y que por esta razón, le prestara atención a lo que tenía que contarle. Estuvieron hablando hasta las dos de la mañana cuando empezaron los truenos. Mi abuelo dijo que le dolía el pecho. Se muere de un suave infarto.

Mi mamá intenta reanimarlo, pero fue imposible. Aunque sabe que está muerto, lo sube al auto y busca llegar a la clínica, pero las calles están cerradas por el festival. Se baja del auto y a los gritos pide auxilio. Varios hombres se acercan y entre todos agarran el cuerpo de mi abuelo que ya está muerto. A los empujones, atraviesan la muchedumbre para llegar a Urgencias donde los enfermeros toman sidra y ven el festival por la televisión. Mi madre viene rodeada de otro grupo de hombres que le van abriendo el paso.

¡Es el doctor! ¡el doctor! gritan. Mi madre llama a la casa, para decir que el abuelo se murió. Todos los grandes se levantan alborotados. Todos lloran, menos mi abuela que va con su dedo índice a despertar a los nietos, para decirnos que el abuelo



se murió, que no quiere nada de llantos, y que así es la vida y qué joder. Ninguno de los tres llora, testigos del fin del mundo.

Miércoles

XI

Ya paró de llover, y el sol amenaza con salir. Hay una luz tenue, un frescor que nos pega en todo el cuerpo, pero sobre todo en los pies. Desayunamos lo poco que tienen en el hotel para desayunar, unos panes viejos, y tomamos tres tazas de café. Compramos unos diarios, un termo lleno de café, subimos al coche. Desde aquí veo que está por empezar el noticiero, pero el empleado del hotel va y lo cambia. Aquí tampoco nos ven. Pone el noticiero de la competencia, que por supuesto empieza con sus tres corresponsales en Nueva York. No sé cuántas medicinas toma por día el Pinche precisamente por este momento, en el que miles de mexicanos cambian de canal y no ven el noticiero que hacemos. Con toda la razón, supongo. No tenemos ni un corresponsal en Nueva York. El que tenemos estos días, está desaparecido. Nadie cree que sea víctima de los atentados. Dicen que es lo usual en él, con lo poco que le paga el Pinche.

Me llaman desde la redacción, quieren hacer una salida. Les digo que les puedo contar de la inundación en Tampico, que de Nueva York no sé nada, que de Bush no sé nada, que no sé quién es Bin Laden, que no sé nada de los aviones. Que todavía estoy en Tampico, que aún ni salgo de México, y no es por ganas.

Apúrate, me dicen del otro lado. Apúrate, cabrón, dicen, y me dicen que busque a mexicanos afectados. Debe haber más de quinientos muertos mexicanos. Busca a sus familiares. Tiene que haber mucho más. Sólo con los de la limpieza, son un ejército, apúrate. ¿Cuándo llegas? Y también te estuvo buscando el poli, por lo de las niñas. Dice que lo llames cuando puedas. Pero antes llegas a Nueva York y nos llamas a nosotros, ¿sí?

Merisi tiembla de frío y prende un cigarrillo. Encendemos la calefacción por un rato y todo huele a humedad, cigarrillo, café.

—Necesitamos una mujer —dice Merisi—. Acá lo único que necesitamos, ahora y en este lugar, es una mujer. O dos. A la entrada vi un bar que decía Abierto

24 hrs. Vamos a ver qué hay.

—Se nos va a hacer tarde, Merisi. Tenemos que llegar a Reynosa, a buscar a Beto.

—Tenemos los pies mojados, Mario. No podemos seguir así. Vamos al bar.

Salimos del hotel, y volvemos a tomar la carretera, pero es muy difícil avanzar. El agua cubre la salida de la ciudad, y la policía y los bomberos están tratando de organizar el tráfico. Pasan camiones llenos de gente, camionetas municipales llenas de víveres, hombres y mujeres envueltos en frazadas, niños llorando, caminando entre el agua, el lodo rojo, lentos, resignados. La basura flota por todos lados. Manejo descalzo, esperando que se sequen en algún momento mis zapatos.

Avanzamos muy poco en diez minutos, enciendo el celular y hay tres llamadas perdidas de Yoli. Vuelve a llamar pero no la atiendo, al rato la llamaré. Apagaré el teléfono porque de la redacción siguen llamando. Quieren que salga diciendo que estoy en Nueva York. Pero estoy en Tampico. Y la que llama es Yoli, porque seguramente mi madre quiere decirme que me cuide, que dónde estoy, que no me moje los pies. Merisi insiste en regresar unos kilómetros hasta el bar. Veo unas mujeres que caminan lento al lado nuestro, y una de ellas me mira con esa mirada llena de resentimiento y odio. Así la percibo y pienso en las niñas descuartizadas, la cabeza, el descampado donde topé con esta cabeza. Pienso en el número de teléfono que tengo en el bolsillo. Saco el papel y trato de memorizarlo. Son los que saben todo sobre las niñas. Llamo y llama, pero no atiende, al menos no está apagado. Vuelvo a marcar y a esperar que atiendan. Remarco una vez más y una voz del otro lado me dice suave, pero firme: Deje de chingar, güerito. Cortan y apagan el teléfono.

Espero que me llamen.

Tome la rampa México 80 a la izquierda, dirección Ciudad Victoria, y luego gire a la derecha, dirección Matamoros- Aldama, dice el mapa.

Guerra a Estados Unidos, Ataque a los Estados Unidos, Crisis Mundial, Alerta roja, ¿Quién?, América atacada, Les dan en las Torres, dicen los periódicos. Merisi los va leyendo. Comenta las fotos: la de Bush con el libro de cuentos infantiles, el segundo avión, la gente tirándose por las ventanas. Está cambiando el mundo, amigo, qué emoción.

Merisi lee:

Momento en que el presidente Bush es informado por su jefe de gabinete de que un segundo avión había impactado en las Torres Gemelas.

Nadie se explica cómo los terroristas pudieron secuestrar cuatro aviones.

Bush amenaza con represalias a los terroristas y a quienes los amparan.

El presidente se refugió en una base aérea de Nebraska, donde coordinó las primeras acciones después de los atentados.

La Administración Federal de Aviación no ha informado en qué momento será

abierto el espacio aéreo y cuándo se normalizará el flujo de transporte comercial.

En total fueron cancelados 21 vuelos con destino a las ciudades de Dallas, Houston, Las Vegas, Nueva York, Atlanta, Chicago y San Antonio, informó el administrador del aeropuerto de Monterrey.

Resguardan consulados.

Disney cierra parques.

Que Dios nos ilumine.

También tenemos los diarios de ayer, que parecen de otro mundo, un mundo que ya no existe:

Un niño es devorado por un tiburón. Spielberg estrena película. ¿Será parte de la promoción?, pregunta Merisi.

Cae hombre en la Estatua de la Libertad con su paracaídas.

Deslumbra Britney Spears enrollada en una boa en la fiesta de entrega de los premios MTV.

Regresa de vacaciones desmejorado su santidad el papa Juan Pablo II. Vacaciones en Castelgandolfo no le hacen bien. Se lo ve muy mal, comenta Merisi.

Afirman que Michael Jordan regresaría a la NBA.

Mientras más avanzamos en la carretera, menos agua hay en los bordes. Por el momento hay pocos coches y podemos avanzar tranquilos. Aún nos queda pasar por Reynosa, subir a Beto, cruzar la frontera, llegar a Houston y dormir ahí. Merisi habla de no sé qué. Habla. Habla. Cambia las canciones, los casets. No son ni las ocho de la mañana, pero el sol ya está fuerte por fin y vamos. Vamos.

En menos de una hora ya estamos en la carretera del golfo y no hay rastros de la lluvia, ahora es puro sol y calor, y silencio. El coche va bien, responde. El viento entra por las ventanas y nos despeina y vuela las cosas, pero así podemos fumar y beber café. Merisi habla de Caravaggio. Nacieron en el mismo lugar. Llevan el mismo apellido.

El nombre real de Caravaggio era Michelangelo Merisi, dice Merisi. Le dicen Caravaggio porque su padre, Fermo Merisi, era el administrador del ducado de Caravaggio, una ciudad en Bérgamo. Por eso el sobrenombre. El padre murió cuando Caravaggio tenía cinco años. Hubo una plaga en Milán y mató a medio mundo.

—Yo creo que Caravaggio fue el primer fotógrafo.

—¿Cómo es eso, Merisi?

—A Caravaggio le tocó vivir una época como la nuestra. Una época en la que el mundo cambió para siempre. Y a él, a su manera, le tocó contarla.

—Explícate mejor. No te entiendo.

—Esta idea no es mía, me la dijo un colega en Bosnia. Decía que con Caravaggio ya no somos espectadores pasivos, sino testigos, casi cómplices.

—¿Como la fotografía de guerra, quieres decir?

—Exactamente, aunque no sólo la de guerra. Aunque para mí la fotografía de guerra es el verdadero espíritu de la fotografía. Es cuando algo sucede, el aquí y ahora. Hay que aprender a ver como Caravaggio. Hay que ver el dolor del niño cuando lo muerde la lagartija. Hay que saber ver al Cristo flagelado para entender a la gente. Oler la sangre del cuello de San Juan.

De repente, desde una de las ruta de desvío, aparece un camión de caudales a toda velocidad. Frenamos de golpe y quedamos encerrados entre una camioneta que llega intempestivamente ante el camión y lo choca. Del techo salen cinco policías que apuntan con sus armas a la camioneta. Nadie se mueva, gritan. En un segundo, llega un coche policía del que desciende una mujer con una pistola con la que apunta a la cabeza del conductor de la camioneta. La mujer es guapa. Buen culo y buenas tetas. El conductor le dice algo sobre esto. Ella le acerca aún más la pistola a la sien. Merisi prepara la cámara.

Le pide un documento, él se lo da. Ella se trepa al capó de la camioneta y apoyando su culo en el vidrio, frente a la cara del tipo, lo menea y simula leer el carnet. El show dura menos de un minuto. Los policías de arriba del camión de caudales aplauden y gritan. Cuando el chofer de la camioneta quiere empezar a aplaudir, ella le dispara directamente a la cabeza. Revienta el vidrio y todo se llena de sangre. Los policías de arriba del camión de caudales vuelven a aplaudir. Ella sube a la patrulla y se marcha.

Merisi tiene un ataque de histeria e intenta bajar, pero no puede abrir la puerta. Estamos a pocas horas de salir de México. Estoy a punto de escapar de México. Lou Reed canta.

XII

Los días anteriores habíamos estado organizando el cine-club de la parroquia. Si bien en casa nunca vi un santo, ni una Virgen ni una cruz. Sólo una foto de la Negra, la amiga de mis padres, ocupaba un pequeño espacio que podría ser de adoración. Los nietos y el abuelo íbamos muy seguido a la iglesia. Allí, una Virgen donada por mis abuelos, con velos de seda y una corona de oro con incrustaciones de piedra, protagonizaba el altar, a pesar del Cristo minimalista que la acompañaba. Recuerdo muy bien ese Cristo: no era más que unos flacos troncos de los mismos árboles que rodeaban la iglesia. Unas ramas que ya eran un Cristo en cruz, donde el ebanista no tuvo más que lijarlas un poco, darle ciertos cincelazos en la parte del pecho, tallar allí un corazón, y en la cabeza, flaca muy flaca, unos ojos, una boca y dos orificios de nariz.

El pelo de este Cristo era de hojas secas. Mucha gente, como mi abuela por ejemplo, estaba segura que esto era un insulto, una estafa. Mi abuelo, siempre más abierto a las jóvenes creaciones artísticas, lo aceptaba como él acepta los tiempos nuevos, como se digiere una moda que no nos participa ni nos participará. Al lado del Cristo, la Virgen de oro, reluciente en sus ropas celestes y doradas y plateadas, representaba el mismo mundo opulento y burgués de nuestras familias. El Cristo, el nunca mejor dicho pobre Cristo, hijo de esa opulencia despojada y disfrazado de pobre, listo para emparentarse no con los pocos obreros, campesinos e inmigrantes que iban a rezarle, sino con aquellos hijos —mis padres— que renegaban de la calidez familiar, del sentido de burguesía recién aprendido y de los pelos nuevos, largos y desprolijos como de hojas secas.

A esa parroquia íbamos los sábados y los domingos de verano o en Semana Santa cuando los abuelos bajaban al lago. Los domingos a misa, a la misa de once; los sábados a las actividades sociales, que casi siempre dirigían mis familiares. En épocas de invierno, cuando todos se iban, las clases de cocina, dibujo, tejido,

mecánica y cineclub se interrumpían hasta llenar el salón de viento y de nieve. Los sábados eran mis días preferidos. El abuelo llevaba el proyector súper-8 y películas italianas o de Disney. Veíamos allí las películas que ya habíamos visto en mi casa, sobre todo en los días de cumpleaños.

A las dos de la tarde, comenzaba la matiné para los niños y jóvenes. A las cuatro se tomaba la leche, y a las cinco comenzaban las películas para adultos, a las que por suerte también podíamos quedarnos. Eran películas italianas en su mayoría, de gente pobre en el campo o en la ciudad que cosechaban arroz o se robaban una bicicleta.

Recuerdo una peli en la que mostraban lo que para mí era una idea genial: cobrar el boleto según de qué lado de la pantalla se pongan. Cinco pesos de frente, dos pesos de atrás. El abuelo se rió de mi propuesta, pero no hizo nada.

Mi padre llegó al otro día de la muerte del abuelo. Lo vi más apurado que triste. Mi abuela, seguía diciendo que por fin podría vivir tranquila y en paz, sin tener que estar cuidando a mi abuelo. Mi padre hablaba por teléfono agitado, mandaba aquí y allá y Sara intentaba despistarnos con juegos y películas. No podíamos ir al lago porque llovía.

Llovía como no habíamos visto ese verano, ni veranos anteriores. Llegaba gente del pueblo que no conocíamos a saludar a mis padres. Mi mamá quiso abrazar a mi papá, pero éste se quitó al segundo, le tomó los cachetes, como hacía conmigo cuando quería decirme algo muy serio, los apretaba fuerte y le dijo No te pongas melodramática.

Llegaron un grupo de policías y militares, y uno de los artistas que a la noche tocaba en el festival. Era uno de esos que andaban en autos último modelo. Famoso, exitoso. Conocía a este hombre, dijo. Una vez, hace como veinte años, nos invitó a su casa luego de una tocada acá en el bar y mandó a llamar a la gringa de la esquina para que nos haga una tallarinada. Recuerdo que era la madrugada, la mujer amasaba y amasaba y su hija hacía una salsa de tomate espesa y picante. Tu abuelo, sentado en la punta de la mesa, iba cortando y rallando el queso, mientras servía vino del bueno, un vino que nosotros nunca habíamos probado, y nos pedía que le cantáramos unas zambas, que él oía con lágrimas disimuladas, y nos decía que eran para su mujer. Hacía calor, siguió contando el hombre vestido de gaucho y bigote y gomina y ya saben, y eran las tres de las mañana cuando por fin nos sentamos a comer los tallarines. Al rato, tu padre —le decía a mi padre— le dio un fajo de dinero a la gringa y a su hija, y otro a nosotros. Esa noche, fue la única vez que comimos bien en aquellos tiempos. Muchos años después supe que se retiraba del hospital, que le hacían grandes homenajes, y quisimos ir a tocarle. Nosotros le comentamos de aquella noche, pero él nos dijo que no sabía de qué le estábamos hablando. La amnesia de los generosos, oí que decía el gaucho, y daba fuerte apretón de mano a mi papá y se inclinaba ante mi madre, le besaba la mano y le decía Mi más sentido

pésame, mi más sentido pésame.

Tras él, salimos nosotros. En una caravana de autos llegamos al aeropuerto y esperábamos para tomar el primer avión a Buenos Aires, donde lo iban a enterrar. Mi abuelo viajaba en un cajón metido en la panza del avión. Desde la ventana del aeropuerto veo cómo cargaban valijas, decenas de valijas (maletas, velices) y una cajón bajo la lluvia, el cajón en el que iba mi abuelo.

Estábamos esperando abordar cuando las televisoras anunciaban que estaban llegando fuertes lluvias y vientos a las zonas, y que las crecidas de los ríos ya estaban provocando grandes desastres. De pronto las imágenes que veíamos eran de aguas marrones podridas oscuras feroces trepando por las casas, tomando la ciudad, llevando consigo autos, bicicletas, gente, pelotas de fútbol, ventanas, casas, chozas, latas. Sabíamos de las crecientes, pero esto era otra cosa. Conocíamos un río de las montañas, en el que en un momento sube y baja y se oyen pajaritos y te ves reflejado en el hilo de agua y el sol brilla con todo su esplendor y de pronto la tormenta y las nubes negras cargadas que llueve y llueve pero más llueve en un lugar que no se ve y crece el río y se convierte en un caudal enorme, que supera las costas y se lleva los árboles y los lugareños simplemente llaman la «creciente» y corres para un lado alto, asustado pero por fin llegas a lo alto y ves pasar los yuyos arrancados, la basura, cañas, restos de cosas identificables, el miedo al agua.

Todo pasa en unos minutos, cuando mucho una hora. Yo recuerdo estas crecientes, pero esto es otra cosa. Nuestra casa al lado del lago, en un alto donde supuestamente nunca llegaba el agua. Una vez llegó y entró hasta mi cuarto. Me dio miedo. El miedo al agua, decían los lugareños y la gente grande que habla con tópicos. Y lo dijo uno y lo repitieron todos, año tras año: El fuego se para con agua, pero el agua con qué se para. ¿Con qué se para la creciente? Con nada, viene y se va. Y se va. Pero esto era otra cosa, una creciente como nunca habíamos visto. Esto no era una creciente. Era un mar de barro en el que se veía de vez en cuando el brazo de algún cadáver que no puede nadar.

En ese momento no lo vimos en la televisión, pero sí cuando llegamos a Buenos Aires, y lo leíamos en los diarios al otro día: el lodo tomó el pueblo en más o menos treinta minutos. Crecieron los ríos de las montañas, creció el lago. Media hora en la que niños perros gatos bicicletas quedaron sepultados, el escenario del festival absolutamente destruido, los restos de trajes de gauchos, las platas y las espuelas, se iban estancando mientras el barro se secaba.

Con la creciente llegó el ejército. Llegó el presidente, los militares, los curas. Sobrevolaban en helicópteros la zona y se persignaban. Se organizaron misas en los pueblos vecinos. Misas que la televisión, ahora que le faltaba la programación festivalera, transmitía en vivo para toda la república.

Fueron dos tres días de luto nacional. Era el día de los Reyes que no pasaron, o será que pasaron y trajeron esta mierda.

En ese momento en el aeropuerto, antes de subir al avión con una Coca en la mano y un pebete, reconocimos nuestra casa en la televisión, con el agua entrando por las ventanas, con el agua sin poder salir a no ser que destruyeran las paredes, las resquebrajaran como se rompe un jarrón, así de fácil. Veíamos cómo el balneario era un mar que tomaba todo, y devoraba lo que hubiera a su paso. Todo lo veíamos en televisión, mientras mi abuelo esperaba en su cajón en el depósito del avión que nosotros subiéramos para irnos a Buenos Aires.

Subimos volamos llegamos y al llegar vimos en los televisores del Aeroparque que ese día no sólo se suspendió el festival. Ese día murieron miles de personas, se mojaron los asados, se desaparecieron las casas, los barrios, la ciudad. A lo largo de la semana, entre el velorio y el entierro, veía cómo de nuestra casa no quedaba nada más que lodazal y ruinas, que varios días después aún intentaban secarse al sol.

Pedí que me compraran una revista *Anteojito*, pero me dijeron que no, que dejara de joder. Mi papá miraba la tele. Nunca lo había visto así. Temblaba, pensé que él también se iba a morir en ese momento; mi mamá lloraba y se secaba las lágrimas y los mocos.

Yo quería esa revista en la que *Anteojito* paseaba en camellos con los Reyes Magos, por un desierto marrón, *Los Reyes Chíngulis*, decía la tapa, y en medio del desierto pasaba un arroyito en el que uno de los camellos —el de Anteojito, precisamente— tomaba agua. El marrón de la arena era el mismo marrón del barro que borró hace un rato el pueblo en el que vivíamos. Era el marrón de mis zapatos, de mi campera, de la de mi papá, de mi papá que quería llorar pero no sabía cómo.

Subimos al avión y a mí me dieron el trato privilegiado gracias al cúmulo de factores: cuatro años, abuelo recién muerto, pueblo recién desaparecido, padre que azafatas y pilotos saludaban por su nombre.

Llegamos a Buenos Aires y hacía mucho calor. Un señor nos esperaba en el aeropuerto y llegamos a la casa donde nos esperaba mucha más gente. Estaban tomando café o coñac y charlaban en voz baja. Mi abuelo había sido médico en el hospital Mayor y allí había forjado toda su buena fama y su prestigio. Su padre también había sido médico y el hermano de éste, el tío de mi papá, fue ministro de la nación.

Recuerdo muy bien esos días, yo tenía cuatro años y tras de mí, el mundo se caía. Tras la muerte de mi abuelo, la desaparición del pueblo —desaparición: palabra que empezábamos a utilizar con mayor frecuencia.

En Buenos Aires nos quedamos en un hotel. Mi padre volvió al pueblo unos cuantos días después, con cajas y cajas de medicinas y comida. Salió en la tele. Regresó a la casa a la semana. Esa noche, hubo sirenas, gritos y golpes en la calle. Cuando amaneció, estábamos los tres en el aeropuerto, tomando otro avión, ahora hacia la ciudad de México, con escalas en Montevideo, Río de Janeiro y Caracas.

XIII

Llegamos a Reynosa antes del mediodía. La carretera de pronto estaba sola y vacía. Una sensación de tiempo detenido y en silencio, bajo el sol de la mañana. A las guitarras de Lou Reed sólo las interrumpían el ruido de un camión de Coca-Cola. Acercándonos a Reynosa, todo empezaba a tener una imagen, pero no un sentido. La ciudad era un hormiguero de hormigas asustadas. Beto, el buen Beto, nos espera en la esquina de una iglesia evangélica de la entrada, de ahí vamos a cruzar la ciudad para cruzar la frontera. Mete sus cosas en la cajuela, sube con cierta dificultad al coche. Beto es alto y gordo, y con una pierna maldita, como él dice.

—¿Qué pasó Beto, cómo estás?

—Muy bien gracias, Marito. Qué bueno que pudieron pasar por mí. La verdad es que me encontraron de casualidad. Hoy mismo salía al D.F.

—No, Beto. Sin ti no hay ni canal, ya lo sabes. Toda una bola de inútiles y cagones que no se atreven ni a cubrir lo que les toca.

—¿Ya has visto que vuelve Michael Jordan?

—Sí, eso parece.

—La verdad que es muy raro que un periodista no quiera estar aquí en estos momentos —dice Merisi—. Estamos ante un momento histórico y cómo se lo van a perder.

—Es que ésos no son periodistas —responde Beto.

—¿Y qué son?

—Son cualquier cosa, burócratas, oficinistas. No tienen idea qué es lo que hacen ni para qué. Están cómodos sentados en sus escritorios leyendo diarios que ni escriben ni entienden. Felices, complacidos con la secretaria que les trae el café y esperan cada mañana que pase el bolero a limpiarles los zapatos.

—Por cierto, qué buena está la secretaria del de Deportes.

—Con ésa ni te metas —le digo a Merisi—. Es más peligrosa que una culebra.

Pero te decía, ése es otro. Me puedes decir qué hace en su trabajo. Director de Deportes y qué. Te crees que alguna vez ha hecho algo para saber dónde colocar una coma. No tiene ni idea. A ése le gustaba el futbol, el tenis, qué sé yo. Le gustaban los deportes, claro. Pero como a ti, bueno como a ti no, pero como a Beto o a mí. Se miraba sus jueguitos en la tele, se juntaba con los amigos, discutían por esto o aquello, sabía más o menos de soccer como puede saber cualquiera. Y trabajaba con un diputado, haciéndole las notitas de prensa. Y de pronto, llega el Pinche y como era amigo suyo, como alguna vez se habían emborrachado juntos mirando algún partidito y ya: Director de Deportes. Se trajo a una cantidad de inexpertos que se la pasan persiguiendo secretarias.

—¿Qué pasó con la secretaria?

—Ni te imaginas. Pero ésa es otra que llegó de regalo. Salía con no sé quién que era amigo del otro y ahí la tienes. ¿Pero acaso alguien trabaja en este país porque haya presentado su currículum? ¡Por favor! Mira el de Producción. En su vida, ni siquiera organizó un cumpleaños. Y ahí lo tienes. Pero para qué me hago mala sangre. Me la paso viéndolo y diciendo que dan asco. Y llega un momento como éste, se caen las Torres Gemelas, empieza la Tercera Guerra Mundial y ahí los tienes, ay pobrecitos. Que nadie puede, que uno está en España, que no hay vuelos, que no tienen visa, que la mamita está enferma, que es el cumpleaños del hijito. ¡Bendito Dios de mierda! ¡Cómo es posible! Son periodistas, ¿qué carajo creen que tienen que hacer? Y no queda ni uno, y ves al Pinche corriendo de un lado a otro. Que dónde está Rodríguez, que dónde se metió Palmero. Nadie. Una mañana buscando un periodista que quiera cubrir la Tercera Guerra Mundial y en esa redacción no hay ni uno. Ni un fotógrafo. Por eso tuvimos que hacer seis horas para encontrar uno. Al menos al mejor de todos. ¿Verdad, Betito?

—Bendito sea Dios aquí estamos, hijito.

—¿En qué andabas Beto?

—En lo de siempre, hijito. Aniversarios, bodas, quinces. El trabajo nunca falta por acá, bendito sea Dios.

—Pero el Pinche dijo que estabas en apuros…

—Ah, no. Nada. Nada importante.

—Bendito sea Dios.

—Eso, bendito sea.

—¿Sabes qué es lo peor? Lo peor es que estamos en la misma. A mí tampoco me importa la Tercera Guerra. Yo sólo quería irme, y acá estoy. Pero el Pinche me hizo sufrir un buen rato. Dejó bien claro que era su última opción, no importa. Acá estoy. Yo estaba sentado en mi rincón, que lo bueno que tiene de estar en el fondo es que estoy lejos de todos. Ahí estaba yo, dándole a una nota que me está costando. ¿Viste el tipo ése que descuartizó a las dos hijas? Bueno, me metí mucho en el tema, pero ahora parece que hay algo más, hay alguien con poder, lo de siempre. Y ya no sé

hasta dónde ir. Vieras esas niñas, todas destrozaditas. Cómo puede haber bestias así, por Dios. Qué horror. Bueno, estaba yo con eso y lo veía ir y venir al Pinche, llamando por teléfono a todo el mundo, y puteando a todos. Manga de inútiles, bazofias, mierdas.

—Le encanta decir bazofia, ¿verdad?

—Sí. La cuestión es que en ningún momento me miró. Vino la Marta y me dice ¿Y tú, Marito, por qué no vas a Nueva York a ver la guerra? Que me lo pida el Pinche. Que me saque él de donde me puso, ¿no? Le respondí.

—¿Que te puso dónde?

—Ahí en Sucesos, dónde va a ser. Le digo a la Marta que me lo pida. Y en eso veo que se me acerca, casi como corriendo. Viene y me dice ¿Podemos hablar, Marito? ¡Marito!, me dice, hijo de la chingada.

—¿Marta es la tetona?

—Sí, Merisi. ¿Cómo estás, eh? Bueno, el viejo viene, me dice que quiere hablar y que vayamos a su despacho. Me levanto sin responder. Apago la radio, y empiezo a caminar a tres pasos de él. Todos me miran y yo los miro a todos, uno por uno. Miro sus caras de resentidos, de risas escondidas.

—Viste cómo es la gente.

—Sí, Beto. Ahí los tenía, viéndolos desfilar, aunque el que caminaba era yo. Entró el Pinche, y por detrás yo, lento. Caminando muy lento. Estaba la secretaria que me ofrece un café, té o agua. Que qué quiero. Una chelita, nomás, gracias. ¿A esta hora? Sí, gracias. Y ahí, con las luces a medias, con todas las teles encendidas y a alto volumen, con el avión dándole a la torre una y otra vez, el Pinche me dice, sin vueltas, sin más nada: estás de nuevo adentro, Mario. Te necesito en Nueva York.

Merisi rió pero Beto no dijo nada, aunque estaba asombrado.

—No se crean que me dio gusto o placer. No. No soy rencoroso. Y la verdad, que el Pinche dijera que me necesitaba no tenía ninguna importancia.

Miré a Beto por el retrovisor y hasta parecía conmovido.

—No, Beto. No te pongas así. Lo digo en serio. ¿Te imaginas el Pinche arrodillado, humillado, pidiéndome un favor a mí? O un favor a alguien. Ahí tenías, al tipo que me había mandado al rincón como si esto fuera una escuela, y yo un escuincle.

—Un pendejo.

—Eso, un pendejo —dijo Merisi.

—Quiero que entiendas, Merisi, desde dónde hablo. Soy mexicano, somos mexicanos, y estamos en México.

—De eso ya me di cuenta.

—Sí, pero lo que no sé si te diste cuenta qué nos mueve como país: la envidia, el rencor, el odio. Nos pasamos la vida esperando que vengan a pedirnos el favorcito. Sí, nadie te ofrece nada, pero es la única reivindicación posible ante aquellos que nos

arruinan la vida. El favorcito. Sí, aunque sea uno mínimo, pequeñito, que no tenga ninguna importancia. Sólo para decirles sí, y cagarlas.

—Eso no lo entiendo.

—Es que ahora tengo el poder. Cuando le dije al Pinche que sí, que me venía a Nueva York, fue para retomar el poder.

—¿De qué poder hablas?

—El poder, Merisi, el poder.

—El poder tener a ese cabrón bajo mi deseo, Merisi —dijo Beto.

—Por eso decimos que sí, es como el último escalón de indignidad que podemos tener. De ahí, pensamos los mexicanos, sólo nos queda subir y recuperarnos. Estamos esperando que los españoles vengan y nos pidan un favor. Nos reventaron, nos masacraron, dejaron lo peor de sí, y ahora vendrán, un favorcito, mexicanos. Sí, ahorita, gachupín, ahora te lo hacemos. Y ahí nos vengamos. Y con los gringos, lo mismo. Ahí sí que vamos de a poco, metiéndonos hasta el fondo, de a poco, de a cien, de a mil muertos de hambre que se matan por cruzar la frontera. Y la cruzamos, ya te digo en silencio, y nos instalamos en Los Angeles, en Nueva York, hasta en Wyoming, vamos recuperando tierra a tierra, con el trabajo y el olor a tortilla y la música de mierda que hemos podido hacer en este país. Y los gringuitos asustados, que no tienen suficientes puestos de sirvientes para estos indios y no saben qué hacer y uno, en cualquier momento, que va a llegar a gobernador o presidente.

Beto ríe con esa cara de buena gente que tiene, saca los cigarros y convida. Fumamos tranquilos, no pasa nada, nunca pasa nada.

—Prepárense amigos —dice Beto.

—¿Por qué?, ¿qué pasa?

—Vamos a entrar a un país donde la búsqueda de la felicidad está garantizada por la constitución.

—¿La felicidad?

—La felicidad, no. La búsqueda.

XIV

Acabamos de pasar una parte de la carretera que sube una pequeña y breve loma, desde la que podemos ver el río Bravo: el otro lado. Pero ahora estamos inmóviles frente al Hidalgo Bridge, el único que está abierto. En la radio dicen que en estos momentos son 320 los camiones detenidos y 416 coches, uno detrás de otro, esperando que se abra la frontera y pasar a McAllen. En los carriles que van en la dirección contraria, hacia México, hay muy pocos coches. Nadie quiere salir de los Estados Unidos, a pesar de todo. Nadie se quiere ir. Amenazados o en guerra, se está mejor que en cualquier lado. En esos carriles, los que van en dirección al sur del río Bravo, ves muy pocos coches, contamos catorce en una hora. Nadie se va.

Nosotros estamos a nada de salir de México, y sólo nos consuela ver el cielo. Los choferes bajan, se saludan, comparten algo para beber, se esconden para mear.

La aduana parece que está cerrada. Cada media hora, con suerte, pasa un camión, un autobús, o un coche. Hay un extenso interrogatorio para poder pasar, hay que presentar más papeles de lo habitual. Los pasaportes desaparecen por un buen rato. Los coches son inspeccionados con alta tecnología. Meten radares por debajo, por adentro. Abren cada uno de los bolsos o paquetes. Abren cada cosa que se pueda abrir para ver qué hay. Una cosa no permitida, sólo una cosa no permitida, como puede ser, por ejemplo, un cuchillo, supone la no autorización y un sello maldito en el pasaporte.

—Mal día para ir de picnic al otro lado —dice Merisi.

Se ve un cartel que señala el límite de los Estados Unidos Mexicanos y el de los Estados Unidos de América. Está todo pintado de grafitis. Más allá, no tan lejos, se ve una cruz, blanca. En la madera vertical dice MIGRANTES, en la horizontal dice MEMORIA.

Merisi baja y saca fotos. Viene un policía y le pregunta qué hace, quién es, qué quiere. Le pide los documentos. Saca su pasaporte italiano, dice que trabaja para la

tele, para el noticiero y me señala, dice que soy el jefe, otro policía se me acerca, me mira, lo miro. No dice nada y se va.

Beto duerme, o se hace el que duerme.

Pasa una hora, bajo del coche y estiro las piernas. Tomo un par de Advil. Hago un poco de ejercicio. Sutiles flexiones. No quiero llegar nunca a Nueva York, no quiero regresar jamás al D.F. Este embotellamiento, este momento del mundo detenido puede ser mi paraíso. No hay autonautas, qué mierdas son esas. Los tipos bajan, suben de los camiones. Hay muchas mujeres, muchos niños. Mucho sol. Dentro de los enormes tráilers está la materia prima con la que México alimenta a los Estados Unidos: pepinos, sandías, aguacate, frijoles, cervezas, ensamblados, marihuana y trabajadores escondidos entre las cajas.

Merisi habla con todos, los fotografía. Al poco rato ya están riendo, haciendo chistes.

Me pregunto si tendremos que regresar unos kilómetros para buscar otra alternativa, otro camino. Voy inerte ante la pasión. Tengo un papel en el bolsillo, y el olor de las cabezas.

Alrededor de la caseta fronteriza hay casas, hay casas pintadas de colores, con carteles de SE RENTA y persianas blancas cerradas. Casas abandonadas de arquitectura básica que como único paisaje tienen una reja de la frontera, muchos camiones, gente caminando, vendedores de cualquier cosa.

Venden cigarros, dulces, agua, Coca-Cola, limpian los vidrios. México en su máxima expresión en pocos metros cuadrados. Y hay mucha policía. Se amontonan los peseros blancos, llenos de gente.

—En este lugar hay en el aire cierta tristeza, pero no es por lo de los gringos, yo creo que es desde siempre —dice Merisi.

—Hay menos gente de lo normal —dice Beto—. En otros cruces siempre está peor.

En realidad hay miles de personas caminando como fantasmas de este lado de la frontera. Van al supermercado, salen con una Coca, vuelven a entrar al cabo de un rato. Salen con una torta. Tienen un pequeño bolso con las tres cosas de la vida, una imagen de la Virgen, quieren cruzar más allá, pero más allá está cerrado hoy, no cerrado completamente, pero más difícil que cada día, que eso ya es mucho decir. Para ellos sí está cerrado.

Me bajo del coche y camino un poco. Despierto a Beto, y le dejo las llaves. Te quedas a cargo, Beto. ¿Quieres algo? Nada, gracias. Merisi no sé dónde está. Me llama la atención la cantidad de carteles que ofrecen servicios de fiestas, cumpleaños y bodas. De eso vive Beto. En cada cuadra, hay por lo menos cinco carteles que ofrecen servicios de fiestas, comida, globos, renta de trajes y de vestidos, grupos musicales y limusinas. Luego me cuenta Beto que se hacen muchas fiestas en la frontera. Los parientes se acercan, uno en cada país y se abrazan, se intercambian

regalos, se miran un rato. Ahorran para este momento durante mucho tiempo. Los de un lado en dólares, los de este lado en pesos. Juntan algo, no mucho, pero lo suficiente para esto: verse las caras unos minutos, un par de horas, verse las caras, saberse vivos, que ya es mucho.

Pasan el rato así. La niña vestida de quince años, la abuela con comida, algunos primos y tíos, de un lado. Del otro lado, el padre, casi nunca la madre, se acerca llorando, besa a la niña vestida de quince, con la faldota de colores lilas brillantes, peinada y maquillada, sonriente. El padre come algo de la comida que trae la abuela, un poco de comida casera, saluda a los sobrinos. Llora y les da unos dólares para pagar la fiesta y los boletos de regreso. Se agarran se tienen un rato de la mano de la cara se besan lloran. Ninguno puede cruzar la frontera que los separa. El padre hace promesas. Promesas falsas. La niña le cree. Le cree y espera irse con él en un año a más tardar. En un año a más tardar, dice el padre. El licenciado nos está arreglando todo, mijita. Un año más cuando mucho. La niña sonríe, y le cree, claro que le cree, es su padre.

La abuela la abraza, pero más atrás está el novio, el novio que también vino a la fiesta, por supuesto no nos iba a faltar el chambelán. Pero en menos de un año, lo que va a pasar es que el chambelán y la niña van a estar esperando un hijo, y el hijo va a nacer, y el chambelán se va a ir, va a intentar a cruzar por su cuenta, un día por la mañana, de madrugada, va a tomar sus cosas, dos o tres cositas de la vida, una imagen de la Virgen, ni siquiera una foto del hijo ni de la niña que es su mujer y se va a ir.

Y el padre no va a llamar más, y va a pasar un año, más de un año, y la niña va a estar con su hijo con su abuela, viendo las fotos de sus quince, el día que vio por última vez a su papá, que estaba del otro lado, que estaba en el otro país, que estaba rodeado de policías, que se lo llevaron, que quisieron golpearlo, que le dijo Cuídese mijita, madrecita cuídemela mucho, cuídese usted viejita, que les dio unos cuántos dólares, muchos dólares juntos que ella no había visto nunca, que con eso pagaron la fiesta de quince, el fotógrafo, los boletos de regreso en el camión. Y al llegar al pueblo, una estufa para la abuela, y una cama nueva en la que dormían las dos.

En cada esquina hay un sitio de taxi, todos ofrecen «Buen trato y taxímetro». Los taxis están enfilados, los choferes comen en la esquina.

Los locales de cambio están vacíos, no hay gente ni vendiendo ni comprando dólares. Los vendedores ofrecen dólares, cambio cambio cambio chance chance. Nadie compra, nadie vende. A esta altura, cuando están a punto de salir, ya fue vendido todo y no queda nada. Decir a punto de salir, en cualquier otra circunstancia puede ser un ratito. Acá el ratito es de varios minutos, a veces horas. La mayoría de las veces, días y meses.

Hay muchos policías. También está el ejército. Pasean en las camionetas, armados. Más de cinco militares en la parte de atrás, apuntando a todo mundo,

vigilando y adivinando al estúpido que caerá en pocos minutos, que lleva tiempo fuera de su casa, que se va gastando los dólares de este lado, que todavía no puede cruzar, porque siempre falla alguien, porque siempre falta algo.

La gente camina de un lado a otro. Parecen perdidos en el tiempo. Sin pasado ni futuro. Veo en la televisión de una peluquería que también es taquería y de noche salón de fiestas, veo en esta tele que ponen en la ventana para que los que no tienen nada que hacer, los que no tenemos nada que hacer, paremos y veamos un rato, gratis, los espectáculos del mundo. Veo en la tele cómo en Nueva York, ciudad en la que debo estar en unas pocas horas, la gente también camina o corre o salta de edificios como fantasmas, cubiertos de polvo y de miedo. Todo el país es un fantasma congelado, y todo lo que lo rodea, como nosotros, también.

En la tele los veo caminar, perdidos. Tienen miedo. Si miro alrededor también los veo así. Pero si los ves bien, a los de acá, por no tener, no tienen nada, no tienen ni miedo.

XV

Gracias a nuestras credenciales de prensa nos permiten adelantarnos. Y cruzamos. ¿Qué canción ponemos para cruzar?, pregunta Merisi.

Suena *Looking for Love*, pero no tiene nada que ver. Acá no vamos a buscar nada, mucho menos amor.

…*Look look looking for love*, canta Merisi.

Chau México. El silencio se apodera del coche. Apago el estéreo, callamos también a Lou Reed. Vemos el drástico cambio de la arquitectura y el urbanismo. La naturaleza debería ser la misma, pero no lo es. El hombre de este lado tiene otro tratamiento de la naturaleza. O son sus manos, o son nuestros ojos, pero esto es diferente.

El ruido del motor es bueno, sabe acompañar el paso de las nubes y nuestros pensamientos. Somos un coche rojo en medio de una carretera casi vacía, somos un Dodge Spirit modelo 1995, coche gringo ensamblado en los Estados Unidos Mexicanos por trabajadores que sueñan con irse. Somos tres hombres perdidos dentro de un coche, con olor a tabaco y humedad, con la boca cerrada pensando en el horizonte que se ve muy lejos, tres hombres que han cruzado la frontera para dejarla atrás. Cruzamos la frontera para olvidar.

Merisi rompe el silencio. Merisi es una persona amable y nos pregunta cómo nos sentimos.

—¿Cómo se sienten? ¿Se sienten mejor en el gabacho?

Beto ríe, y dice que se siente igual que del otro lado.

—Gracias por el viaje, Mario —dice Beto.

—Fue lo único bueno que dijo el Pinche: «Pasa a buscar al Beto por Reynosa».

—Ya salimos de México, ya abandonamos México y no sabemos qué vamos a hacer mañana, si en unos días vamos a regresar o no —dice Merisi—. ¿Pero saben qué pasa con México? Que no te lo sacas nunca más de encima. Hay cosas, como el

sabor del chile, que te persiguen. Estás en la otra parte del mundo, y se te antoja ese chilito para cualquier comida. La luz de la mañana, los colores de la tarde. Eso lo llevas para siempre. Todo esto te acondiciona el ojo como el chile te altera las papilas gustativas. Pero lo peor, si quieren saber mi opinión, lo peor son las otras imágenes, esas que te alteran la mente como ninguna otra. Yo tengo cincuenta años, y estuve en varias guerras, estuve en varios lugares, yo que vi tantos muertos, balas, fuego, todavía me impresiono con las cabezas mexicanas, rodando solas por ahí. Es una guerra lenta, poco a poco. En Srebrenica veías cómo entraban las fuerzas y mataban a todos, de una vez. Esas guerras duran meses, años, pero tienen un principio y un final. Un día empiezan y otro día terminan. Acá no, acá duran para siempre. Son permanentes. Hay sangre desde siempre, nadie podría decir cuál fue la primera cabeza que rodó. Y ninguno de nosotros, ni los hijos de los hijos de nuestros hijos, verán la última.

—Esto es terrible —dice Beto.

—Y lo peor es que es natural. Vivimos con eso desde el primer momento. Los extranjeros estamos muy sacados de onda al principio, pero pronto se convierte en algo normal y natural. ¿Sabían que el Ángel de la Independencia está lleno de cabezas?

Merisi estaba obsesionado con esto, nos cuenta que está haciendo un documental con Nora, su pareja en crisis, en el Museo de Antropología, un documental sobre las cabezas olmecas. Está obsesionado con ellas desde hace varios años, cuando llegó por primera vez a México. En esa época estuvo en Chiapas, ayudando a levantar casas en medio de la selva, cuando el levantamiento zapatista. Estuvo casi un año, y de allí empezó a hacer un recorrido por el país, con dos estudiantes francesas. Llegaron a la zona de los olmecas, en Tabasco, y vio por primera vez la enorme cabeza plantada en el suelo.

—Los Olmecas son la primera civilización de México. Su principal referencia estética es una cabeza, una cabeza sola. México me vuelve loco. Por eso me quiero ir. Pero nunca me puedo ir.

La carretera estaba oscura, y los coches pasaban en silencio. En unas horas estaremos en Houston. Y todavía nos faltará un día para llegar a Nueva York. Llegaremos mañana a la noche, si es que llegamos. Cada dos o tres autos, pasa una patrulla de policía, luego bomberos con las sirenas apagadas, como si regresaran vencidos de un incendio. En esta etapa del recorrido era difícil encontrar un bar dónde parar. Las gasolineras parecían sitiadas, estaban vacías y con las luces al mínimo. Quisimos pararnos en una, pero el encargado que descolgaba unas viejas guirnaldas nos dijo que no se podía entrar, que estaba cerrado, que estaba prohibido detenerse, que ni siquiera podíamos ir al baño. Dos camiones militares controlaban el lugar y apuraban a los viajantes a reanudar el viaje.

Merisi les levantó el dedo y gritó «¡Viva México, cabrones!», «¡Ahí la tienen!».

El hombre que descolgaba los papeles de colores miró desconcertado a Merisi y se metió rápido en la tienda. Inmediatamente vinieron los policías y nos frenaron. Pidieron los papeles, revisaron el coche, hicieron llamadas por diez minutos y decidieron que todo estaba bien. Le preguntaron a Merisi por qué gritó lo que gritó y éste respondió que en ese bar tienen un cuadro de la Virgen de Guadalupe y que cada vez que pasaba por ese lugar, él tenía por costumbre celebrar a su país.

—Pero usted no es mexicano, es italiano —dijo el soldado.

—Por eso, soy muy católico.

Dijo que él era muy devoto de la Virgen, de Dios y que amaba a México más que a su país, que nunca hay razones para dejar de vivar por la patria, que era lo más hermoso que le había dado Dios, después de su familia. Innecesariamente y casi enceguecido por la linterna, siguió diciendo que si algo admira de los Estados Unidos, es la devoción que tienen por su Dios, por su tierra, por el trabajo y la familia. Y que si no fuera ofenderlos porque un extranjero venga a darles lecciones, ellos mismos también deberían estar gritando Vivan los Estados Unidos de Norteamérica, *God save America*. Les pidió disculpas por su arrogancia, pero volvió a decirles que no era más que amor por la patria. Los policías entendieron o yo creo que se cansaron de Merisi y decidieron dejarnos ir. Iban a devolvernos los pasaportes, cuando vieron a Beto temblando en el asiento de atrás.

—Un momento —dijo el policía negro.

—*What's up*, poli? —dijo Merisi.

Hicieron bajar a Beto, que bajó con dificultad. Lo cachearon apoyado contra el auto. En los diez años que habían pasado desde que Alberto se hizo la foto del pasaporte y esta noche en medio de una carretera camino a Nueva York, su cara había envejecido tanto que lo hacía irreconocible. El bigote canoso y la calvicie no pertenecían a aquel Alberto de la foto del pasaporte. Volvieron a hacer llamadas y averiguaciones, pero esta vez con mayor sigilo. Desde el coche, Merisi y yo no podíamos saber qué pasaba. Un policía nos alumbraba y nos obligaba a mirar hacia delante. Me cago en tu puta madre, Merisi. En tu puta madre, le decía. Merisi no respondía, y comenzaba a sudar.

Abrieron el maletero, y revisaron cada cosa, sobre todo las cajas de Beto. Ropa sucia y cámaras. Su inglés seguía siendo malo y no entendía todo lo que los policías le preguntaban o decían entre sí. Pero no tenía miedo, sí ganas de correr.

Diez minutos después, le devolvieron el pasaporte. Subió y por fin nos dejaron ir. Merisi y yo estábamos ciegos, y tuve que salir lento para recuperar la visión en medio de la oscuridad. No le preguntamos nada a Alberto, ni él hizo ningún comentario. Merisi puso otro caset de Lou Reed. Estábamos en guerra.

Yo pensaba en que hoy no hubo noticias de Jordan. Ya es miércoles. Hoy podría haber anunciado cuándo vuelve a la NBA, y confirmar que sería con los *Wizards*. Pero no hay noticias.

—¿Has visto cómo tratan los gringos a los mexicanos? —dice Merisi.

—Eres un pendejo, Merisi.

—¿Sólo a los mexicanos? —pregunta Beto.

—No, a todo mundo. Pero más a los mexicanos. En este momento les encantaría que Bin Laden fuera mexicano.

—Acá no hay nadie que tenga unos huevos así.

—Puede ser. Los gringos odian el olor a tortilla, la música estridente, la manera en que gritan, caminan. Pero te voy a decir una cosa, no te creas que los mexicanos tratan mejor a los inmigrantes. Se dice que México es un país hospitalario —dice Merisi.

—Y lo es.

—Sí, claro. Mira la historia. En el siglo xx, recibió a miles de españoles, armenios, árabes y hasta japoneses. Después, en los setenta, se llenó de argentinos, chilenos, brasileños. Y hasta uruguayos. Los recibimos con los brazos abiertos, les dimos trabajo, casas, nuestras universidades. Esa gente probablemente mejoró, a su manera, el país.

—Al menos lo hizo más universal.

—Tienes razón, pero ahora intenta llegar y poner un negocio o simplemente trabajar o lo que sea. Y eso que ni hablamos de guatemaltecos, hondureños, salvadoreños… Imposible. Las leyes son severísmas. Migración no los deja estar más que un tiempo. ¿Y cómo se explica eso? Muy fácil: el mexicano es hospitalario con aquél que sea exiliado, con alguien víctima de algo. El mexicano se entiende par con una víctima, porque él es víctima de todo. De los españoles, de la Iglesia, de los gringos, de los chinos, de lo que sea. Entonces, si colocas al mexicano en la posición de dadivoso, le estás dando el papel de su vida. Ahora, si se va a sentir amenazado por un pinche güey que viene a robarle el trabajo, o peor, a convertirse en su jefe, está cagado. Pero bueno, todo mundo tiene algo de qué escapar.

Y por fin nos reímos un rato. Un día y medio encerrados en este auto, y por fin nos sentíamos algo más relajados.

XVI

Llevamos horas de viaje, ya estamos del otro lado. No sabemos si del lado bueno o del lado malo, dice Merisi. Pero eso nadie lo sabe. Estaremos en el lado salvaje de la vida, dice Beto cuando reconoce la música. Hasta el cielo parece otro cielo, parece un cielo de mentira. Las carreteras están llenas de policía, no hay retenes, ningún coche detenido. Paramos en una gasolinera porque Beto tiene que hacer una llamada. Llama a su hija, una niña de ocho años que vive en Guadalajara con unos tíos. Beto se ilumina por única vez. No oímos lo que dice, pero lo vemos sonreír, lo vemos decir que sí con la cabeza, seguramente haciendo alguna promesa, y de vez en cuando se seca las lágrimas con la manga de la camisa. Cuando termina de hablar, se mete en el baño.

Yo aprovecho para llamar a México. Llamo a Laura. Me pregunta dónde estoy, y se enoja cuando le digo que en Estados Unidos. Tienes que venir ya, esto se está poniendo peor de lo que pensábamos. Ahora desapareció la madre de las niñas. La morgue no entrega los cuerpos, falta una de las cabezas. La policía sabe que sabes más cosas de las que dijiste el lunes en la tele y quieren verte. Nada oficial por el momento, tranquilo. Pero tú me metiste en esto. ¿No me vas a sacar?

—¿Tú estás tranquila?

—Por supuesto que no. Pero no me dejes sola.

—Te llamo en la noche.

—No cortes.

Corto y me meto a comprar unos chicles. Merisi está estirado en el coche, con la música fuerte y siguiendo tranquilo el ritmo, hasta que se acerca uno de seguridad y le hace bajar el volumen. Beto sigue en el baño, y lo esperamos un rato más, hasta que Merisi va a golpearle la puerta.

—¿Todo bien, Beto? Necesito el baño.

Beto sale, estuvo llorando y fumando. Beto es un hombre fuerte, alto, gordo,

es imposible imaginarlo frágil como está en este momento. Entra al bar, y pide una cerveza y la toma casi de un trago. Y otra. Cuatro cervezas más, y regresa al coche otra vez fuerte, alto, gordo. Callado, pero con la dureza de una roca.

En un par de horas Beto no ha vuelto a hablar. Lee unas revistas que estaban en el auto, revistas viejas, de ésas que muestran un descuartizado en la tapa, al lado del culo de una hincha de futbol.

Cuerpos, fragmentos de cuerpos, cuerpecitos, cuerpitos, piel curtida, pedazos de piel en las portadas de las revistas que lee Beto, que lee y calla. Beto ve las fotos, sabe lo que ve porque lo sabe de memoria. Ha dedicado toda su vida a enfocar con el lente a estos cuerpos, cuerpos decapitados, cuerpos sin cabezas, cabezas sin nada más, y culos de mujeres en pose de hincha de futbol, chicas sin ropa con la sonrisa llena de gracia, con la boca tirando besos, fotos que luego editan juntas, que publican una al lado de la otra, una cabeza sola, una teta, un culo, un cuerpo, sangre, sonrisas, sexo y ese algo de lujuria.

Beto era el fotógrafo de la crónica roja del D.F. Era el maestro de todos los que alguna vez quisimos hacer periodismo de verdad en esta ciudad. También era el especialista en modelos de poca monta y mala suerte. Cuerpos y más cuerpos. Beto era famoso. Era de los que dormía con la radio de la policía al lado de la cama, y tenía la moto siempre lista para ir de una punta a la otra de la ciudad a cualquier hora, en cualquier momento. Beto era uno de los hombres del Pinche, cuando el Pinche tenía el diario. Cuando el Pinche cerró el diario y se quedó sólo con la televisión, echó a todo el mundo, pero al Beto le siguió dando trabajo, pagado más que bien, como quien salda viejas cuentas. El Beto le hacía un trabajo que nadie veía, pero que el Pinche sabía usar muy bien.

Beto tenía a sus pies al Pinche, a la policía, y a las mujeres que querían ser modelos en el periódico deportivo. Chicas que buscaban a Beto por los bares para pedirle que les diera una oportunidad, le decían que sabían modelar. Beto las llevaba a cualquier hotel barato. Las fotografiaba y se las cogía. Y cuando estaban en la cama, fumando un cigarrito, casi siempre lo levantaba una llamada de la radio, que le avisaba que había una riña, un asesinato, un cuerpo tirado en la calle. A veces, también le encargaban seguir a gente.

Beto regresaba a casa cuando empezaba a salir el sol, y se encerraba a revelar el material del día. Chicas y muertos. Días y años con lo mismo. Dormía unas pocas horas y al mediodía estaba repartiendo los sobres al periódico, al Pinche o a la policía. Al que pagara mejor.

Era el especialista en esos cuerpos tomados con mala luz. Beto tenía buen pulso para que no salieran movidas esas fotos, hasta que un día tuvo que tener mejor pulso que nunca. Se trataba de un cuerpo que no se debía fotografiar, el obturador no se debía apretar, la película no se debía revelar, no se podía mostrar. El cuerpo de la chica de buen culo, de buenas tetas, era el cuerpo decapitado. La misma chica,

ahora con la sonrisa por un lado, con el pelo húmedo y revuelto y por el otro, el resto del cuerpo, el cuerpo lindo, el cuerpo sexy, el cuerpo caliente todavía lleno de semen y sangre y barro y las tetas cortajeadas, el culo herido, y las manos quemadas, el resto de este cuerpo que ya no es un cuerpo, por otro lado.

En el jardín de esa casa, al lado de la piscina hay botellas y vasos rotos, y el cuerpo, los pedazos de un cuerpo (tres pedazos, para ser un poco más precisos: la cabeza, la mano izquierda, el resto del cuerpo), que aún conservan las huellas de alguien que no quiere que Beto fotografíe esto, que Beto revele esto, que Beto muestre esto. Pero Beto está aquí metiéndose por la casa, fotografiando cada cosa, cada pieza rota, cada vidrio estallado, sacando fotos que dará tal vez a la policía o a quien mejor le pague, a los jefes de estos policías que aún no llegan a la casa. Piensa mientras camina arrastrando su pierna maldita que con lo que le paguen estará comprando tiempo y dinero para poder arreglar su propia casa, incompleta y rota como un vaso roto.

Pero Beto no debe estar aquí. Aún no llega la policía, y todavía se siente el olor y el calor de los dos cuerpos, el mutilado y el mutilador, esos corazones que laten fuerte, uno por desaparecer, el otro por no morir. El corazón de Beto late tranquilo, porque el corazón de Beto nunca se altera, y ahora no llega ni a setenta pulsaciones por minuto, respira tranquilo, se mueve como un cazador impasible. Los otros corazones, no. Laten fuerte y respiran entrecortado, aún en el éxtasis largo del coito asesino.

Beto camina y busca, mira, enfoca y dispara. Cambia el rollo cada tanto. Sale por fin de la casa. Menos de veinte minutos para quedarse con todo en unos cuantos rollos de foto. Llega la policía, se saludan y se marcha en la moto. No le piden nada a Beto. Acordonan el lugar y cierran la calle. Dos cuerpos tirados en una casa, uno muerto, que yace en tres pedazos, mano, cabeza, resto del cuerpo, y el otro que intenta respirar y no puede, que quiere gritar y tampoco puede. Que debe desaparecer.

Llegan ambulancias, curiosos, más periodistas, la radio, la televisión. Beto ya está revelando las fotos en su casa y piensa que con estas fotos podrá terminar la casa, y la radio dice que hay dos muertos en la casa pero no es así, Beto sabe que sólo hay una muerta, el otro no está muerto y ahora sabe quién es porque ve su cara aparecer entre el líquido revelador y hubiera querido no ver esa cara, o que esa cara fuera de otro, porque esa cara lo ve con odio y sabe ahora que ya no podrá terminar la casa, que debería dejar de revelar, y salir corriendo, pero aún soportando su propia frialdad las revelará una a una, aumentando en algún caso el detalle, haciendo zoom con la lente hasta intentar encontrar algo que no debería estar viendo.

Las revela, las copia una y otra vez. Hace tres paquetes de fotos.

Lleva dos paquetes al correo. Regresa a la casa que no ha terminado ni terminará de construir y prepara las maletas. Agarra el dinero que guarda en una lata

de café, y sale a la estación de camiones. Se va al norte. Quisiera cruzar la frontera, pero sabe que a su hija no le darán la visa y no quiere perderla del todo.

En la ciudad del norte alquila una casa. Se compra una camioneta y una cámara de video, unas luces y pone un aviso en el diario: VIDEOS, BAUTIZOS, CUMPLEAÑOS, CASAMIENTOS. Se deja un bigote.

XVII

En 1980 yo tenía nueve años. Mi papá había desaparecido de nuestras vidas, mi mamá ya era una más entre las funcionarias públicas en México. Yo iba creciendo, más o menos normal, como cualquier argenmex. Pero un día mi madre me dijo que basta, que ya había sido suficiente. Que a partir de ese momento éramos mexicanos, sólo mexicanos. Que me olvidara de todo lo argentino. Y yo le hice caso. Estábamos en el mercado. Me compró un jugo de naranja, me lo tomé en su bolsa, y nunca más, nunca más, volvimos a hablar del tema.

XVIII

Dos cabezas de niñas. Todo lo que teníamos eran estas dos cabezas. Todo lo que tuvimos fueron estas dos cabezas. Era la noche profunda en un bosque abandonado en las afueras de la ciudad de México cuando las linternas temblaban e iluminaban estas cabezas, dos cabezas infantiles con los ojos abiertos. Tenían la piel seca, los labios morados, con un gesto de paz inusual, las perlitas en las orejas. Dos cabezas, cuatro perlas iguales, cuatro pequeñas perlas falsas en dos cabezas. Una de ellas tenía un golpe en la frente, y la sangre seca. Ésta parecía que aún iba a gritar. La otra, más pequeña, estaba en absoluta paz, como el bosque, con el pelo enmarañado. Éramos tres personas las que estábamos ahí. Sudábamos a pesar del frío y la humedad, y respirábamos entrecortadamente. Era imposible respirar. El bosque olía a humedad densa, a romero, a resina, al humo de algún fuego cercano. A lo que huele un bosque. Pero si intentabas llenar tus pulmones de aire se te metía también el hedor de las cabezas.

Parecen muñecas podridas. Bellas y podridas.

Alguien había llamado al noticiero porque quería darme una información secreta y confidencial. Me pasaron el teléfono y sólo dijeron que me esperaban esa tarde en el café La Habana. A las cinco.

A las cinco estaba yo con mi cerveza cuando llegó esta mujer. Abrió la puerta y gritó ¿Cuál es el periodista? Cinco personas levantamos la mano. Ese café está siempre lleno de periodistas. El de la tele, aclaró la mujer. Ahí sólo dos levantamos la mano. El del noticiero. Se aclaró que la cita era conmigo y vino a la mesa. Pidió una Coca-Cola y fue directo al grano: Acá no puedo decirle nada, están mirándonos. Lo veo a las diez en el metro, en el tercer vagón.

Llegué al metro, la vi y nos subimos al tercer vagón. Me dijo que me bajara con ella cuando ella se bajara, que estuviera tranquilo. Nos bajamos varias estaciones después, y ahí por fin hablamos. Me dijo que habían desaparecido dos niñas, y que

alguien había encontrado sus cuerpos. No quería llamar a la policía sin antes hacer que la televisión grabara todo, porque no confiaba en nadie. Sería una exclusiva para ustedes. Esta misma noche vamos y les muestro.

Llegó una camioneta y pidió que me subiera, pero le dije que ya no me iba a mover sin cámara. Llamé a Laura, quien al rato llegó asustada y con la cámara pequeña. A la medianoche nos subimos en la camioneta y estuvimos como una hora alejándonos del lugar. Llegamos al bosque. La mujer no vino, solo el tipo que manejaba. Antes de irse, me dejó su número de teléfono anotado en un papelito. Usted sabe quién me dio su contacto, me dijo. El hombre nos llevó caminando un buen trecho. El lugar estaba sucio. Le dijo a Laura que no era necesario que filmara, que por acá no había nada, que él nos iba a decir cuándo.

Las linternas iluminaban el camino y alguno que otro animal que corría. Después de un buen rato de caminar, el hombre se detuvo. Aquí es. Entre esos árboles. Filma. Iluminó la zona, y ahí cuando volví a respirar profundo, olí la mierda y vi las cabezas.

¿Qué hacemos aquí, por qué no llaman a la policía?, gritó Laura. Tranquila señorita. Primero necesitamos que esto salga en la tele. Laura grabó unos segundos y empezó a marcharse.

—Espera, Laura, ¿a dónde vas a ir sola?

—A llamar a la policía.

El hombre la agarró fuerte del brazo, le dijo Tranquila tranquila. Usted está protegida y el joven también.

—¿Qué estamos haciendo acá, Mario?

—Tranquila —insistió el hombre—. ¿Usted quiere que venga la policía? Pues ¿qué cree? Yo soy la policía.

Nos acompañó hasta la camioneta, me dio las llaves y me dijo Llévesela. Déjela en el metro. Pónganse estos guantes. No toquen nada.

El camino de regreso no era difícil, pero era largo. No tenía bifurcaciones y por media hora no había manera de perderse. Llegamos al metro y dejamos la camioneta. El metro acababa de abrir, nos tomamos el primer convoy y fuimos a casa. Laura iba tranquila hasta que llegamos. Allí se largó a llorar y empezó a golpearme. Abrimos un whisky cuando empezaba a amanecer. A esa hora yo tenía que salir al canal, pero nos quedamos tirados en el sillón, haciendo el amor por primera vez en muchos años. Hicimos el amor hasta dormirnos.

Nos despertó el calor del mediodía y el sonido del teléfono. Eran del canal. Les dije que estaba todo bien, sólo un poco enfermo, con fiebre, que acaba de despertar, que mañana los veía. Me regañaron y volví con Laura.

Laura lloraba otra vez, y pregunta que qué íbamos a hacer, que era terrible lo que habíamos visto y peor lo que habíamos hecho. Intenté tranquilizarla, tomamos café, y volvimos a hacer el amor. Ella lo hizo sin ganas. Cuando bajamos para buscar

comida, todo el mundo nos parecía sospechoso. Teníamos un lógico ataque de paranoia.

Al otro día en el noticiero, media hora antes de salir al aire, recibí la llamada de la mujer y me dijo que teníamos que sacar las imágenes, ahora mismo teníamos que sacar esas imágenes en el noticiero, porque hoy iban a destapar todo. Le pedí al Pinche que me recibiera, y se negó porque estaban por maquillarlo. Hacía tiempo que ni me hablaba. Intenté explicarle lo importante del asunto, y finalmente me interrumpió con desgano para pedirle a la maquilladora que nos dejara solos. Allí le conté todo. Eres un pendejo. Un reverendo pendejo. Por algo estás donde estás. Eres lo más pendejo que he visto en mi puta vida, dijo el Pinche. Mira, ahora mismo puedo llamar a la policía y que te encierren por siempre. Lo que has hecho no tiene nombre. Vete a la chingada, no quiero volver a verte.

Salí de su oficina y me senté en mi escritorio. Yo no podía ni pensar. Tomaba algo para el dolor de cabeza. Comenzó el noticiero. A la media hora, volvió a llamar la mujer y me preguntó que por qué estaban los periodistas en el barrio. En ese momento, pusieron al aire a un periodista que estaba en el barrio, rodeado de mujeres y niños, que decían que había dos niñas desaparecidas, que no se las veía desde hacía varios días.

Las mujeres gritaban y se interrumpían entre sí. Decían que estaban asustadas, que esas niñas eran nuevas en el barrio, que así no se puede vivir.

Cuando salí de la oficina, el Pinche mandó a llamar al productor y decidieron enviar un móvil al barrio. Cuando terminó el programa, el Pinche me llamó de nuevo a la oficina y estaba con el productor y Martita que toma nota de todo. Me dijo que iba a seguir con el caso, que me iban a cuidar, que lo hiciera bien, y que era un terrible pendejo. ¡Pensar que el pinche Beto te recomendaba!

Cuando salí, Laura me esperaba para ir a comer. Comimos rápido entre el gentío del viernes, y nos fuimos a la casa a escribir la nota. Estuvimos todo el sábado diseñando la estrategia y esperando que nos llamara la mujer.

Conocí a Laura en la universidad, salimos un buen tiempo durante el primer año, pero luego yo dejé las clases y ese ambiente, y no volví a verla. Pasábamos las tardes explorando y conociendo el sexo, el amor, la amistad. Luego, con el paso de los años, llegué a pensar que todo eso era demasiado para mí. Volví a verla hace poco, cuando entró a trabajar en la producción del noticiero. Este fin de semana fueron nuestros días de reconciliación, de volver a besar a alguien con cierto cariño.

La mujer llamó el lunes por la mañana, cuando estábamos por empezar el programa. Ven, baja ahora. Solo. Estaba en un puesto de jugos a media cuadra del canal. Me dio un número de teléfono escrito en un papel. Llámame esta noche.

Regresé al estudio en el momento que estaban haciendo un corte informativo porque la policía había encontrado los cuerpos de las niñas sin cabeza. Al aire salía el jefe de la policía y estaba dando los detalles.

—Los cuerpos de dos menores de sexo femenino fueron hallados esta madrugada entre la basura del parque Cárdenas de la ciudad de México. Las difuntas se encontraban en descomposición, por lo que se cree que llevaban varios días en este estado. Los cadáveres aún están sin identificar, pero se sospecha que pueden pertenecer a las niñas Romero, desaparecidas de su domicilio de la misma colonia hace tres días. Los cuerpos fueron enviados de inmediato a las autoridades de patología forense, para los fines correspondientes y poder establecer sus identidades. Las por el momento desconocidas, ambas de entre siete y doce años, fueron encontradas vestidas con ropas iguales, sin rastros de violación sexual ni agresión física, excepto que estaban sin cabeza.

—¿Dónde están las cabezas, oficial?

—Eso nadie lo sabe.

El productor pidió al móvil que se acercara al barrio. La calle estaba cortada, la gente estaba gritando pidiendo justicia y amenazaban con palos y machetes a los policías y periodistas que iban llegando. Un autobús que intentó pasar acabó incendiado. Lo que hasta entonces era mi secreto ahora era noticia nacional.

XIX

Llegamos a Houston a la medianoche. La carretera estuvo buena y tranquila. Me gustaron estos paisajes de Texas en una ruta segura y la palabra seguridad en estos días en este lugar tiene más sentido, un sentido más contundente, y a la vez, es más amenazante que nunca. Dormiremos muy poco. A las cuatro de la mañana saldremos hasta cerca de Nueva Orleans, luego nos queda el largo camino de la 78 y la 81 entre las montañas, para llegar a Nueva York a la noche.

Paramos en un hotel al lado de la carretera, luego de cargar gasolina. De un dólar y medio el galón, lo están cobrando a cinco dólares. Y además, nos ven raro. Tres tipos que vienen de México en coche y que van a ver cómo quedaron las Torres Gemelas después de que dos aviones las derribaran y declararan la guerra. Tres tipos, dos mexicanos y un italiano en busca de vaya a saber qué. En la recepción nos atienden el jefe gringo y el empleado mexicano poco amable. El mexicano reporta a la policía. Dice que es su obligación. La policía llegó en pocos minutos. Las mismas preguntas, las mismas respuestas, los mismos documentos. Sospechosos o no, nos dejaron hospedar. *Sure? Sure?*, insistía el mexicano a los policías.

—Pinche pendejo, tenía que ser mexicano —dijo fuerte Beto para que todos lo oyéramos.

Merisi fue directamente al bar y Beto a dejar sus cosas a su habitación.

—¿Bajas a tomarte algo, Beto?

—Sí, Merisi, ahí voy.

Si bien ya era muy tarde, llamo a México.

—¿Laura? Estoy en Houston. Te llamo para saber cómo iba todo —dejo grabado en el contestador.

Yo había estado en Houston hace muchos años, con mi madre. Yo tenía 12 años. Vinimos por una semana, una semana entera en la que falté a la escuela. La salida también fue de improviso, un domingo a la noche mamá recibió una llamada

por teléfono e inmediatamente preparó nuestras maletas y el lunes a primera hora estábamos en el aeropuerto del D.F. Llegamos a Houston en una mañana fría y lluviosa. No se veía nada cuando aterrizábamos y luego en el taxi el chofer iba a 30 kilómetros por hora a causa de la neblina. Llegamos a un hotel en el centro, y nos dieron una enorme habitación en el piso 15 desde la que se veía toda la ciudad que se me hizo increíble. Al frente del hotel estaba un parque, con juegos para los niños y dos canchas de básquet. El primer día mamá estuvo conmigo y fuimos al centro comercial a comprar una chamarra más gruesa, gorro, guantes, comida, y zapatillas y pelota de básquet. Se hizo de noche rápido y yo me dormí leyendo una revista de la NBA.

Al otro día, cuando me desperté, vi que mamá platicaba con una chica, a la que me presentó como mi nana de Houston. Yo no sabía porqué necesitaba una nana, ni que mi mamá se iba a ir, ni siquiera qué hacíamos en Houston. La cuestión es que todas las mañanas, después del desayuno, cada día *hot cakes*, mamá y yo bajábamos a jugar al parque. Hacía mucho frío, pero me gustaba mucho. En esos días mejoré mis tiros. No había otros niños, ni tenía a nadie con quién jugar. Pasábamos dos o tres horas en el parque, y luego subíamos a la habitación. Antes de las 12 llegaba mi nana de Houston, y nos quedábamos encerrados viendo la tele, leyendo algún libro o mejor una revista. Mamá se iba y no regresaba hasta la noche, cuando yo ya estaba dormido.

La nana de Houston. Se llamaba Caroline, pero mi mamá le decía la nana de Houston, como si tuviera una nana en cualquier otra ciudad. La nana de México, la nana de Cuernavaca, la nana de Nueva York. Pero no era así, yo no tenía más nana que la nana de siempre, que en realidad no era mi nana, sino la señora que hacía todo en la casa y me llevaba a todos lados. Lo que sí recuerdo de la nana de Houston es que era un chica bonita y graciosa y que durante cada una de las noches yo me masturbaba pensando en ella. Fueron mis primeras veces, por así decirlo. La nana me contaba de la universidad, donde estudiaba literatura, y que estaba enamorada de un profesor, un profesor argentino que le estaba enseñando a leer a Julio Cortázar en español. Me preguntó si sabía quién era Cortázar, pero yo le respondí preguntándole si se había besado con el profesor. Ella rió sin responder.

El segundo día trajo un libro de Cortázar y quiso leerme un par de páginas en su español horroroso. Leía tan mal en español que no le entendía nada. Pero insistía en leerle a su mexicanito de Houston ese libro que la tenía fascinada. No hablaba de otra cosa. Cuando acababa de leer, yo lo único que le preguntaba era si ya había besado al profesor. Cada día se lo preguntaba y cada día sonreía para no contestar. Guardaba el libro en su mochila, y subía el volumen de la tele. Pedíamos unos batidos a la habitación, con galletas o sándwiches. Cenábamos los dos en la cama, tirados uno al lado del otro mirando la televisión. Yo miraba el techo e intentaba algún movimiento de mi mano o de la pierna para tocarla. Ella no se incomodaba y

me dejaba hacerlo. Yo le acariciaba el brazo.

Así pasábamos la tarde, veíamos como anochecía sobre el parque y la ciudad. Para las nueve de la noche yo tenía que estar dormido. Era la hora en la que llegaba mi mamá y Caroline se iba. Le pagaba, le preguntaba qué tal había estado el día, Caroline le decía que todo bien. Todo bien, y se iba. Mamá se bañaba y se acostaba en su cama. Yo me hacía el dormido.

El viernes poco antes de las nueve, Caroline me dijo que sí, que sí lo había besado. ¿Cómo lo besaste?, le pregunté. Así, me dijo. Así, y me dio un largo beso en la boca. Yo me podría haber muerto ese día, en ese momento y que me enterraran en Houston.

Pero el que estaba muerto en ese momento, el que acababa de morir en ese momento, era Abelardo, el novio de mi mamá. En el hospital que estaba del otro lado del parque, Abelardo estaba internado por un problema en la cabeza, un tumor o algo así. Había viajado de México hacía como quince días. Nosotros vinimos esta semana porque se puso mal, y mamá quería estar con él. Murió ese viernes por la tarde, cuando Caroline me besó.

Un asistente de Abelardo vino al hotel, para que Caroline pudiera irse. Su horario acababa a las nueve. Quedamos en vernos al día siguiente, pero el asistente me dijo que mañana volaba al D.F. Yo no le creí. Mamá llegó a la medianoche, y me abrazó llorando. Nos quedamos abrazados en mi cama. Todo fue muy incómodo. No hablamos ni dormimos. Mamá lloraba por su novio, y yo no podía evitar las erecciones pensando en mi nana de Houston. A la mañana me dijo que me iba a México, que iba a volar solo y que Rosa me iba a esperar en el aeropuerto. Que no me preocupara, que el viaje era corto y que estaba todo bien. Todo está bien. Me dijo que ella se tenía que quedar porque quería regresar con el cuerpo de Abelardo, y eso llevaba unos trámites que iban a demorar más.

Yo me largué a llorar, desesperado. No por la muerte de Abelardo, un tipo que no me caía ni bien ni mal, ni por tener que irme a México solo, ni siquiera lloraba por la tristeza de mi mamá. Lloraba porque quería volver a ver a Caroline, y eso ya era imposible.

Llegué a México y Rosa estaba esperándome. Las azafatas me acompañaron hasta la puerta y le hicieron firmar varios papeles a Rosa. Ella llevaba muchos documentos por si nos paraba la policía. No nos paró nadie y llegamos a casa, donde todavía estaba *Tom*. Mamá llamó para saber si había llegado bien y para decirnos que no iba a regresar pronto a casa. Que se iba a quedar unos días en Estados Unidos y que después tenía que llevar las cenizas a otro lado.

En la tele, daban noticias de Argentina. Hacía años que en casa no se mencionaba ni siquiera la palabra Argentina. Decían que había vuelto la democracia. La gente en la calle lloraba, celebraba y tiraba papelitos, como en el Mundial. El lunes me levanté temprano, Rosa me hizo el desayuno y me llevó a la escuela. Yo

llevaba las zapatillas nuevas de básquet que me había comprado en Houston. Mamá no regresó en dos semanas. Luego llegó la Navidad.

Ahora estoy en Houston otra vez, escapando de una guerra, camino a otra. Pienso en Caroline en el bar de este hotel, en las afueras de la ciudad, al lado de la carretera. Merisi pide otro whisky y hace chistes con la camarera, que también es bonita. Como Caroline.

Vuelvo a llamar a México, desde la cabina del hotel. Laura no responde, y le dejo otro mensaje. Llamo al canal, y los de guardia me dicen que estuvieron todo el día buscándome. Que dónde estaba, que cuándo llego, que el Pinche está furioso, que lo llamara a primera hora del jueves. Y que llamara a casa de mi madre, que hay una emergencia.



Después de la muerte de su novio, mamá demoró dos semanas en regresar a casa. Abelardo murió en Houston, y allí mismo lo cremaron. Dividieron las cenizas en dos, una para la familia de Abelardo, que tenía una esposa y dos hijos, y la otra parte para mi madre. Las dos mujeres se las repartieron en dos cajas de zapatos y cada una voló con las cenizas de incógnito. Mi madre voló directamente a Acapulco, donde iba a esparcirlas en la bahía en la que se conocieron hacía cinco años.

En el aeropuerto esperó que salieran sus maletas pero nunca salieron, las cenizas volaron en algún avión equivocado. Los empleados de la compañía le decían que no se preocupara, que en el próximo vuelo llegarían las maletas, que le recomendaban irse a su hotel. Y que si a las 48 horas no llegaban, le darían un cheque para comprarse ropa y zapatos. Mamá se hospedó en el mismo hotel de la vez que conoció a Abelardo, y pidió la misma habitación. Esa habitación estaba ocupada pero a la mañana siguiente podría mudarse. No dejaba de llamar por teléfono para preguntar si habían aparecido sus maletas. Cuando se cambió a la habitación donde se enamoró de su novio, no salió más que al balcón. Desde ahí, mamá pensaba tirar las cenizas a la bahía.

Si me hubiera consultado, le habría aconsejado que tomara un barquito y lo hiciera en medio del mar, pero ella nunca me ha consultado nada y además, hubiera insistido en que las cenizas las tenía que tirar desde el balcón de esta habitación en el décimo piso frente a la bahía porque así son las cosas.

Las maletas y las cenizas no aparecieron. Nunca llegaron a Acapulco y mamá no volvió a ver a Abelardo, ni pudo cumplir su deseo. Le dieron un cheque. De todas maneras se quedó varios días esperando alguna noticia en su habitación frente al mar. Esperó días y noches, sin sentido. En esos días, creo yo, mi madre perdió la cabeza para siempre. En esos días de luto y despedida por su psiquiatra y novio y único amigo, mamá dejó de ser la que conocíamos. Y digo esto sin saber si es algo bueno o

malo.

En todo ese tiempo, nunca llamó a la casa para saber cómo estábamos *Tom*, Rosa y yo. Nosotros seguíamos nuestra vida. Escuela por la mañana, un rato en los juegos en el patio por las tardes. Televisión, revistas, esas cosas. Pero mi única obsesión era Caroline, el recuerdo de su beso y el pensar en ella cada noche. Había descubierto el maravilloso placer de la masturbación compulsiva. En esos días llegó al edificio una familia nueva. Uno de los niños jugaba al básquet en un club cercano y un día me invitó ir con ellos. Rosa no se animaba a dejarme, pero la madre del niño más o menos la convenció. Rosa vino con nosotros y con un rosario en la mano, rezando para que no nos pasara nada, rezando para que aparezca mi madre pero rezando sobre todo para que no aparezca en este momento en el que habíamos salido de la casa sin su autorización.

Ese día jugué al básquet por primera vez en una cancha de verdad y con un equipo entrenado. Yo, la verdad, no era tan malo. Fuimos dos veces. Al tercer día Rosa se negó a que fuera, porque decía que en cualquier momento podría llamar o llegar mi mamá.

Una mañana, la señora de la limpieza del hotel encontró a mi madre tirada inconsciente en el baño de su habitación. Una ambulancia la llevó a emergencias y estuvo tres días en el hospital, donde le cosieron la cabeza, le lavaron el estómago y la estabilizaron.

El asistente de Abelardo fue a buscarla y la trajo a casa. Yo ya había terminado las clases, y faltaban dos días para Navidad. Cuando llegó le conté lo del básquet y ella me dijo que se ponía contenta. Y que claro que sí, que podía ir al club las veces que quiera, siempre y cuando me acompañara Rosa.

Rosa prendió una vela en la cocina, se persignó varias veces y le sirvió un plato de sopa. Luego mi madre se fue a la cama y no se levantó hasta que llegó la fiesta de la Candelaria, más de un mes después. Rosa y yo pasamos Navidad y Año Nuevo y Reyes solos y yo no recibí ningún regalo. El teléfono no sonaba, el club estaba cerrado y mis amigos se habían ido de vacaciones. Volvieron, volvieron las clases, reabrieron el club y mi madre seguía en la cama. Para la fiesta de la Candelaria Rosa hizo tamales e invitamos a mis amigos nuevos. Estábamos comiendo cuando mi mamá salió de su cuarto, recién bañada, peinada y maquillada. Era lo más hermoso que yo había visto en mi vida. Me dio un beso, saludó a los niños, abrazó a Rosa que se persignaba emocionada, y prendió un cigarrillo.

Esa tarde fuimos al cine y a pasear por el centro comercial que estaba cerca. El asistente de Abelardo nos llevaba y nos traía en ese coche enorme.

Mamá, aparentemente, por así decirlo, había vuelto a ser quien era, pero yo sabía que no era así. Un día que volví de la escuela, me dijo que nos mudaríamos a una nueva casa. Abelardo había dejado a mi madre suficiente dinero para no volver a trabajar y dos casas y un departamento en el centro, que es en el que yo vivo, o en el

que vivía hasta que salí hacia Nueva York.

Abelardo fue la relación más larga de mi madre, y sin dudas la más importante de su vida. Trabajaba en el mismo hospital que ella, y si bien él nunca dejó a su familia, convivía la mayor parte del tiempo con mi madre. Gracias a Abelardo ella tuvo una buena época de estabilidad emocional. Durante ese tiempo, dejé de tener que cruzarme con cualquier desconocido a la hora del desayuno, o que mi madre se fuera cada fin de semana. Abelardo no dormía en casa, pero pasábamos muchos sábados y domingos juntos. Nunca tuvimos una gran relación, pero sí había entre nosotros respeto y consideración, el respeto y la consideración que se puede tener entre un niño de diez años y un adulto. Al principio trató de llenarme de regalos, pero al ver que eso no funcionaba conmigo descartó cualquier otra estrategia.

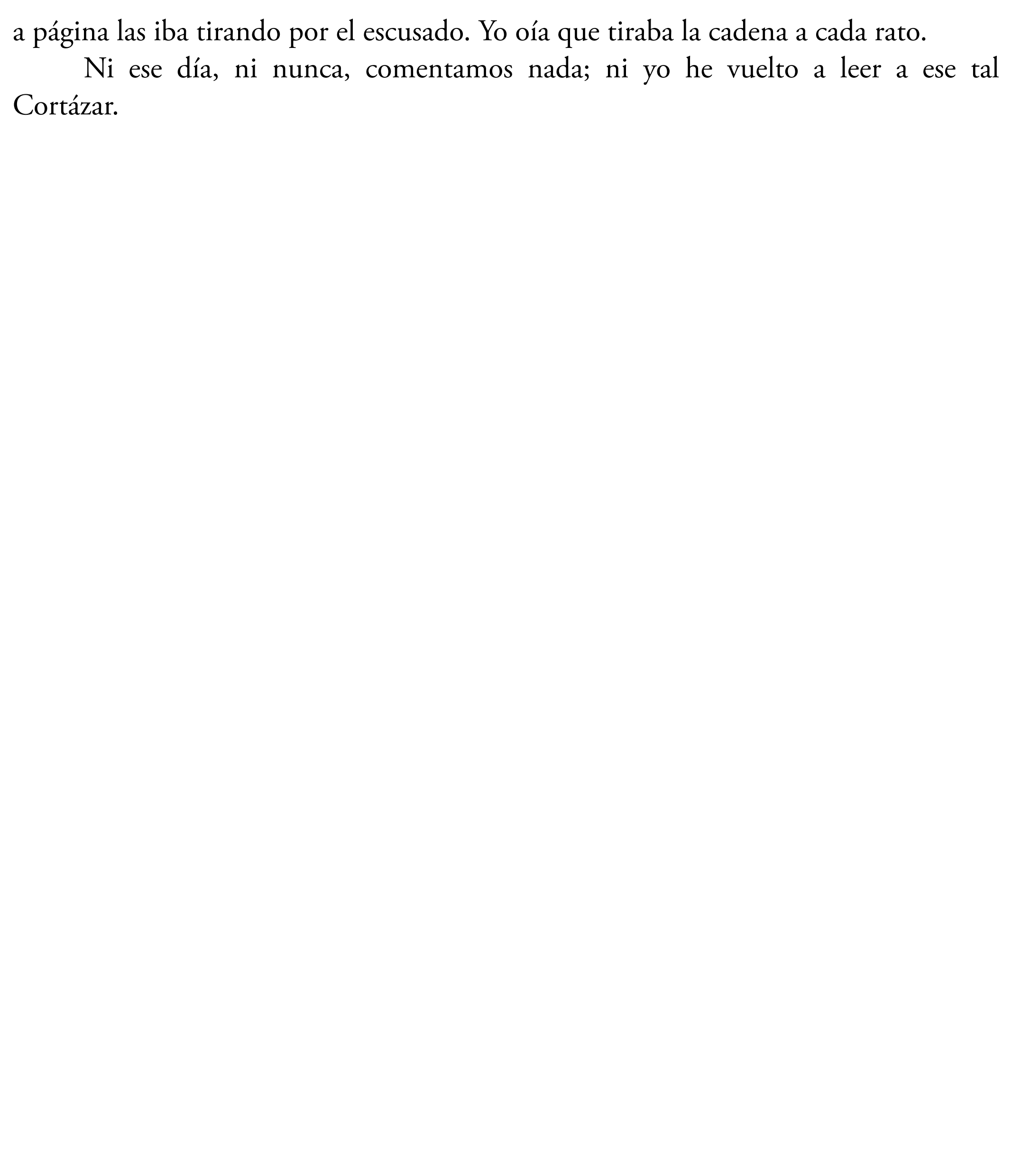
Yo no supe que tenía hijos y familia hasta ahora que murió. Tampoco sabía que estaba enfermo y que nuestro viaje a Houston era por eso. Mi mamá no me contaba nada, y yo no preguntaba. Era Rosa la que cada día tenía una historia de éstas para contarme.

Mi cumpleaños número trece lo celebramos en la casa nueva. Éramos sólo mi mamá, Rosa y yo. Y el asistente de Abelardo. El perro *Tom* ya no estaba. Se había perdido en el nuevo vecindario. Lo estuvimos buscando dos o tres días. Rosa y yo pegamos carteles en los árboles, el asistente de Abelardo nos llevó por todo el barrio y hasta llamó a la estación de radio, pero nunca lo encontramos. Mamá me dijo que me compraría un perro nuevo, pero yo le dije que no, que ya no quería tener mascotas. Una lástima porque ahora teníamos un jardín enorme para que corrieran.

Para mi cumpleaños mamá me regaló un equipo nuevo de básquet, ropa, zapatillas y la pelota, y un libro de Cortázar. Rosa me regaló una crucecita de plata y el asistente de Abelardo un par de medias. Mamá me dijo que ese libro era importante para ella, para la Negra y para mi papá. De la Negra, su amiga, hablaba de vez en cuando. Pero fue la primera vez en cinco años que mencionaba a mi papá. Lo leíamos cuando nos conocimos, en Argentina estaba muy de moda, me dijo. Lo leíamos los tres en la casa. Volvió a decir Argentina. Parecía que mamá recuperaba poco a poco algo de su lenguaje histórico.

Las palabras papá y Argentina estaban proscritas, nadie las nombraba en casa. Lo que no se puede decir tampoco se puede pensar. Yo tampoco recordaba a mi papá ni a la Argentina. En mi cuarto había tenido un póster del Mundial 78 pero una noche mamá en una ataque de histeria lo arrancó y lo rompió. No había nada en mi cuarto, ni en mi día a día que me recordara a mi padre ni a Argentina. Yo no hacía ningún esfuerzo para olvidarlos. Mi cuarto estaba lleno de pósters de básquet.

Cuando vi el libro de Cortázar sólo pude pensar en Caroline. Quise leer el libro pero me aburrió inmediatamente. Lo dejé. A la noche siguiente, mamá entró a mi cuarto y se lo llevó. Desde mi cama oía cómo, sentada en un sillón, arrancaba cada página. Por la mañana, me encontré algunas partes del libro en el baño. Página



a página las iba tirando por el escusado. Yo oía que tiraba la cadena a cada rato.

Ni ese día, ni nunca, comentamos nada; ni yo he vuelto a leer a ese tal Cortázar.

Jueves

XXI

Cuatro de la mañana en Houston, Texas. Me baño rápido con agua muy caliente. Tiro la camiseta de *Space Jam* que traigo puesto desde México, desde hace dos días. La dejo en la basura en un acto de despojo de las cosas importantes de la vida. Una camiseta de *Space Jam*, una camiseta de una película que vi varias veces en el cine sin razón alguna, sin disfrute ni satisfacción, como todo en mi vida. Una película que veía sólo con un deber de fan. Michael Jordan y Bugs Bunny juntos. Me pongo una camiseta limpia, una chamarra abrigada y bajo. Cargo mi bolso casi vacío.

Llamo a México pero nadie responde. Allá también son las cuatro de la mañana. Ni en el canal, ni Laura responden a mi llamada. Dejo mensajes y coordenadas. Recuerdo que Laura me dijo que llamara a casa de mi madre, que Yoli me andaba buscando. Pero no es buena hora. Lo voy a hacer en Slidell cuando lleguemos. En el lobby del hotel nos encontramos los tres, nos saludamos con pocas palabras y subimos al coche. El motor está frío, y esperamos un rato que la calefacción haga lo suyo. Merisi no durmió en toda la noche, se quedó en el bar y Beto y yo descansamos lo poco que se pudo en las pocas horas que teníamos. Traemos café, cigarros. Merisi aún trae una cerveza.

—¿Quieren cerveza? —pregunta Merisi.

Agarramos la 10 hacia el este. La ruta está en absoluto silencio y cubierta de niebla. Las luces indican el camino. Música de Lou Reed. Nadie habla. Merisi fuma. Al poco tiempo, a lo lejos, vemos la bahía y el agua detenida. En silencio.

Me voy. Nos vamos no sé a dónde ni para qué. Si pudiera escribir una canción, sería una canción ni triste ni melancólica, pero sí con una guitarra chirriante de fondo. Si pudiera escribir una canción, diría cosas como hasta siempre, Marie Joe, hasta siempre, doctor Queen. No sé ni quienes son Marie Joe ni el doctor Queen, pero me parece que cuando se va de algún lugar, sobre todo en las canciones, está

bien saludar a la gente que nos acompaña en la despedida. La canción no tendría estribillo y la cantaríamos al atardecer, mientras este auto sigue la ruta fría.

Ya me acordé: me voy porque soy periodista y acaban de estrellarse dos aviones contra las Torres Gemelas en Nueva York, y yo, que estaba tranquilamente en México escribiendo sobre un tipo, que nadie sabe quién es pero todo el mundo sospecha, un tipo que ha decapitado a dos niñas en las últimas semanas. Soy periodista y acaban de estrellarse las Torres Gemelas y estaba en México escribiendo sobre dos cabezas perdidas y no había nadie en toda la redacción que estuviera dispuesto y disponible. El corresponsal en Nueva York está desaparecido. Quienes podrían estar en estos momentos en Nueva York, están demasiado deprimidos para moverse. Quienes quisieran estar en estos momentos en Nueva York, o no tienen la visa, o no tienen los huevos para plantarse en el aeropuerto durante horas a ver si abren las fronteras o agarrar este auto, este auto rojo, este maravilloso Dodge, manejarlo a lo largo de tres días para llegar y contar lo que todo el mundo sabe: que dos aviones acaban de estrellarse en las Torres Gemelas de Nueva York. Que ha empezado la guerra. Que la fatua es para todos. Que querían religión, que acá tienen religión.

Esto es lo que dios Alá tiene reservado para nosotros. Instrucciones de uso de la existencia: aniquila al enemigo. Cuando le claves la daga, cuando le cortes la cabeza, cuando revientes el avión contra un edificio lleno de gente no olvides de gritar *Allahu Akbar*, Alá es grande. Grande muy grande como tenernos a todos en guerra, perdidos, asustados. Alá es tan grande, que hace que este coche ruede por una carretera oscura de los Estados Unidos sólo para que sus tres ocupantes escapen así de tristes y sin miedo. Alá.

Así que yo, dios Alá, que aquí me tienes, yo que soy periodista y estaba escribiendo sobre dos cabezas; yo, que ni debo ni quiero viajar ahora a Nueva York, estoy ahora atravesando una carretera, manejando un auto con un italiano y un viejo fotógrafo que no habla.

Ahora sigo, acelero, fumo un cigarro. Aún no amanece, pero se ve un paisaje más bonito que el de Texas. De un lado, algunas montañas, lagos cercanos, el verde de la vegetación por algún río que traza su paso por aquí. Del otro lado la esperanza del mar. Salimos de noche, demasiado temprano para el amanecer de septiembre. El italiano por fin duerme. Beto también. Yo no sé dónde estoy, sólo sé que estoy en una carretera de los Estados Unidos, una carretera negra, oscura, de la que sólo se ve algún WalMart de vez en cuando. Estados Unidos atacado, asustado, pero Alá nos guía, Dios nos dice qué hacer. Y el temor de Dios era esto. La gente va despertando poco a poco en sus casas. Miran a todos con miedo, sospechan del desayuno, saldrán a trabajar sin saber si Alá o Diosito quieren que regresen por la noche.

Todos somos un avión a punto de estallar. Y yo soy un avión que atraviesa el Misisipi. Y me emociono en el momento mismo que empieza a amanecer. Veo el

Misisipi y pienso que esto debe ser la gloria, que el viaje a lo mejor era para esto, para cruzar el Misisipi en el momento del amanecer.

Sigo, no puedo detenerme, ¿para qué? No hay sentido, me pregunto en silencio si todavía tendría algún sentido regresar. ¿Para qué? No encuentro respuestas. De frenar en este mismo momento, de dar la vuelta y agarrar la ruta al sur, de volver a cruzar el Misisipi, dirección Lafayette, de volver a la frontera, de cruzarla con o sin problemas, de atravesar esos pueblos malditos, llegar a la ciudad, qué, ¿para qué? para llegar a un escritorio en el rincón oscuro, unas notas cuatro discos, y un papel: dos cabezas encontradas. Y reflexionar si el pelo de una daba asco, si su piel aún era suave, aunque estuviera seca. Si Laura quisiera volver conmigo.

Son las ocho de la mañana. Desde la carretera se ve el enorme lago, y algunas pequeñas lanchas con pescadores. Me detengo en la estación de servicio cercana a Slidell. Merisi se despierta y dice vamos a Nueva Orleans, que no conozco. Vamos a Nueva York, Merisi. Ya no podemos parar.

Tenemos media hora para desayunar, les digo. Merisi está con los ojos abiertos, pero parece que no está despierto. Miro a Beto por el espejo: creo que nunca se durmió. Nos miramos todos de una manera lenta. Nos observamos sin confianza pero con ternura. Hay kilos de angustia en este auto. El mundo es esta gasolinera, con sus luces de neón como un grito de esperanza.

—¿Cómo estás, Beto?

—No muy bien, Marito. Pero ya se me va a pasar. Seguro es cansancio.

—Seguro, vamos a desayunar rico y te vas a sentir mejor.

Pedimos unos huevos Sardou por recomendación del camarero, que insiste en que desayunemos platos de acá.

—Sólo le pido que no se demore —le digo.

Llegan pronto y es la primera comida verdaderamente rica que comemos en todo el viaje. Como rápido y me levanto para ir a llamar por teléfono. La cabina está ocupada por una mujer alta, de botas de piel de cocodrilo y un pesado abrigo. La mujer grita dentro de la cabina y le pide al que está del otro lado que venga inmediatamente a buscarla. Ven inmediatamente a buscarme, maldito. En su camioneta un perro ladra. Ella corta y vuelve a marcar otro número, y otra vez los mismos gritos y los mismos pedidos. Ven inmediatamente a buscarme, maldito. Corta y se queda refunfuñando en la cabina. Cuando sale, su perro se calma. La mujer no me mira y sube a la camioneta. Veo que en el asiento del acompañante lleva un rifle. Sale a toda velocidad. Ven inmediatamente a buscarme, que tengo un rifle apuntando tu cabeza, maldito.

Tengo que llamar al canal, a Laura y a casa de mi madre, pero una vez adentro de la cabina me quedo quieto ante los botones de los números y no puedo marcar. No recuerdo ningún número. Intento marcar, pero es en vano. Marco un número y otro, pero ambos son equivocados. Pongo más monedas, pero no puedo marcar, no

me sé el del canal, ni el de Laura, ni el de mi madre. Los olvidé.

Viene Beto y golpea el cristal de la cabina y me pregunta si estoy bien.

—¿Estás bien, hijo?

Yo no respondo, sigo obnubilado frente a los números del aparato telefónico y en mi mente bailan todos los números en todas las combinaciones posibles. Sólo tengo un número al que puedo llamar, que es el que tengo anotado en un papel, pero ahora no sé de quién es este número.

Salgo y veo a Merisi y Beto que me agarran y me preguntan que qué me pasa, que llevo cinco minutos viendo fijo el teclado.

—¿Estás bien, Marito? —preguntó Beto.

—¿Qué pasa, Mario? —dice Merisi—. Si quieres manejo yo, no te preocupes. Mira que todavía faltan como veinte horas. Mejor duerme en el coche.

—Sí, ya te toca descansar, Marito.

Camino al baño. Vomito el desayuno y hago otro esfuerzo para recordar. Y ya no recuerdo nada. Ni quién soy, ni qué mierda hago aquí. Me lavo la cara, me mojo el pelo y salgo del baño. Cuando salgo, el vendedor me apunta con un arma. Se enciende un cartel de Coca-Cola. Me asusta. Entro de nuevo al baño. El hedor me asfixia. No puedo respirar. Quisiera llorar. Pero me río.

XXII

Tengo hambre, dice Merisi. Siempre tienes hambre, dice Beto. Yo voy en el asiento de atrás. Recostado ojeando los diarios viejos que se quedaron desde que salimos del D.F. Ya ni intento recordar los números.

—¿Sabes cuánto falta para el parque Washington? —me pregunta Merisi. Busco el mapa y calculo que un par de horas. Digo por decir Un par de horas, pero no tengo ni idea. Veo el mapa rayado desde McAllen. Me divierte ver esos rayones amarillos trazando la ruta. Descubro que faltan las páginas de Nueva York. El mapa llega en detalle hasta Pensilvania y de ahí se salta a otros estados y ciudades. Justamente faltan varias hojas, el detalle para llegar a nuestro destino. Pero a estas alturas, olvidándome de todo o casi todo, para qué necesito mapas. En el suelo quedó tirado el rutero mexicano. Distrito Federal, Tampico, Reynosa. Buen camino. Tenemos bolsitas con basura, latas de Coca-Cola, cajas de cigarrillos, papeles, y este Nokia que ya ni prende. En la próxima parada tenemos que limpiar un poco esta mierda.

En los periódicos del martes hay muchas noticias que podrían ser precuelas de todo esto, pero nadie lo vio así. Hoy hay demasiada información que costará asimilar durante un tiempo. Habrá que entender todo lo que acaba de ocurrir, y eso llevará tiempo. Lo más fácil será resumir esto como una guerra entre malos y buenos, cada quién pone sus buenos y sus malos. Los muertos son de todos. Pero ahora que tenemos los diarios del martes, con las noticias del lunes, es decir del mundo anterior al martes 11 de septiembre, y los vemos tan viejos, tan sinsentido, además la noticia de Michael Jordan que le dice a unos periodistas que están en su restaurante de carnes asadas que vuelve a jugar en la NBA y que pronto dará más detalles. Y más noticias de guerras y muertos.

Dice Merisi que si tuviera que escribir la historia de la caída de las Torres Gemelas no empezaría por el momento en el que un fundamentalista islámico

secuestra el avión, ni cuando un ejecutivo gringo se levanta el martes para tomar el metro y llegar a Manhattan y subir hasta su oficina, ni mucho menos cuando el mexicano llega a las mismas oficinas unas horas antes a limpiarlas y a dejarlas listas para ese ejecutivo, sino en las noticias de ayer, donde en Afganistán decapitaron a un francés. Estos diarios viejos se pueden leer como un libro de Historia, y a la Historia se la puede leer como la sucesión de cabezas cortadas, que caen al piso, ruedan y recorren el mundo.

Informa el diario que el lunes 10 de septiembre murieron 165 personas en Nigeria, y otras 928 resultaron heridas. Fue en la ciudad de Jos, en el centro del país. Una batalla entre cristianos y musulmanes. Todo empezó una semana antes, con un decapitado.

El mismo día, el terrorista turco Ugur Bulbul se suicida en la plaza Taksim de Estambul en un atentando explosivo en el que mueren dos personas y deja 21 heridos, tres de ellos muy graves.

Un día antes, el domingo, dos talibanes se disfrazan de periodistas y con una cámara bomba atentan contra Ajmad Shaj Masud, jefe de la resistencia antitalibán. Según las noticias, el «León de Panchir» muere en la explosión, aunque hay versiones que dicen que sobrevivió. El atentado fue ordenado por su enemigo Osama Bin Laden. Sí, Osama Bin Laden ya estaba en las noticias desde el lunes.

En la víspera de otro aniversario del golpe militar, la viuda y los hijos del general chileno René Schneider presentaron el lunes una demanda en tribunales de Washington contra el ex secretario de estado Henry Kissinger y el ex director de la CIA Richard Helms, por su presunta participación en la organización del secuestro y asesinato del general.

A principio de mes, el escritor francés Michel Houellebecq publicó *Plateform* y en esta semana empiezan las repercusiones. Los medios dicen que el escritor «desata la ira de la comunidad musulmana». El lunes, un periódico se pregunta: «¿Un posible nuevo caso Rushdie en Francia?», «¿Hay que condenar a Houellebecq?».

Antes de ayer, tres suicidas árabes matan a siete personas en Israel y dejan 80 heridos en varios atentados simultáneos. En represalia, el gobierno de Sharon bombardeó Ramallah y Nablús. Los periódicos no informan de las víctimas palestinas.

—¿Sabían que Caravaggio sólo firmó un cuadro? —dice Merisi, mientras maneja con una sola mano en el volante y la otra bailando en el aire. Doblo los diarios. Los tiro al suelo.

—No sabía —le respondo.

—Sí, es el cuadro de la decapitación de San Juan Bautista.

—Nunca vi un cuadro de Caravaggio en persona.

—Justamente ésa es considerada su obra maestra. Tendrías que verla.

—Otra decapitación más. No podemos hablar de otra cosa, parece que

estamos en un círculo vicioso.

—Cabezas por aquí, cabezas por allá… cabezas cabezas —canta Merisi.

—Nunca me contaste de la nota de las cabezas que estabas haciendo —me dice.

—¿Cuál nota? —dice Beto—. ¿La de las niñas, que salió en el noticiero? ¿Es tuya?

—Sí, ésa. Pero no tengo mucho qué contar. Estaba en eso justo cuando el Pinche me mandó para acá.

—Dos cabezas de dos niñas. Qué horror, tan mexicano todo.

—Bueno, no sé si mexicano o no. Caravaggio no era mexicano.

—No, por suerte.

—Es el único cuadro firmado de Caravaggio. Puso «f michela…», f de *fecit*, hecha por. El resto no se entiende. ¿Y sabes dónde está la firma? En la propia sangre de San Juan. Imagina ese acto de desesperación. La firma de Caravaggio en el charco de sangre. Había perdido todas las guerras, estaba en las últimas.

La historia del degollamiento de San Juan es muy buena, lo cuenta la Biblia. Herodes lo mandó matar por una mujer. Su mujer, Herodías, que también era la esposa del hermano de Herodes, odiaba a Juan, justamente porque rechazaba esta relación. Como ella no podía matarlo, le pidió que lo hiciera. La cuestión es que en una fiesta de cumpleaños del rey, apareció la hija de Herodías, Salomé. Pídeme lo que quieras, le dijo Herodes a Salomé. Y ésta, aconsejada por su madre, le dice: Quiero la cabeza de Juan el Bautista en bandeja. Herodes mandó a un soldado a la prisión donde tenía encerrado al hombre e hizo lo suyo. Al rato llegó con la cabeza en una bandeja. Luego, cuando apareció Jesús, Herodes creyó que era Juan resucitado. Pero si yo le corté la cabeza, gritaba. En Galilea se entendió esto como un aviso a Jesús. Esto mismo le iban a hacer a Jesús. El origen del mundo, parece.

—Caravaggio pintó ocho veces a San Juan, un par de veces a Salomé con la cabeza en la bandeja y esta decapitación. Los modelos eran putas y delincuentes.

—¡Como los mío! —dice Beto. Reímos.

—En uno de los cuadros, se usa a sí mismo como modelo para la cabeza. El tema es uno de los más pintados, pero nadie, absolutamente nadie lo hizo como Caravaggio.

—«Pídeme lo que quieras, y te lo daré», así dijo Herodes a Salomé.

—Se parece a un bolero.

—Y sí, siempre que alguien dice algo así, se pierde alguna cabeza.

—El cuadro es un cuadro maravilloso. Una vez fui a Malta a verlo. No lo podía creer. Estábamos todos ahí: la vieja, la chica, un noble, el hijo de puta.

—¿Tú con cuál te identificas?

—Con el hijo de puta, por supuesto.

Merisi sigue contándonos historias de la biblia, de Caravaggio, de Bosnia, de

los olmecas, de Nora. Mezcla y relaciona con cierto sentido. Me divierte. Beto no habla, no dice nada. Sólo responde cuando le preguntas. Beto se parece a mí. Es mi reverso, en cierta medida. Si viniéramos los dos solos, esto sería una tumba de silencio. Lo veo por el espejo, veo su bigote, sus canas sus arrugas, y pienso que así podría ser mi padre en estos años. Beto es un hombre triste que se está despidiendo también de todo. De su hija que está en Guadalajara, a la que llenó de promesas alguna vez. De su trabajo en las fiestas mexicanas, de esos quince y bodas; y también de su memoria.

—Beto, ¿a qué huele una cabeza cortada?

—Nunca me fijé en eso, Merisi.

—¿Y en qué te fijabas?

—En el color. Siempre me llamó la atención eso. El color. Antes de estar morada y fría, tiene un rosado que no hay en ningún otro lado. Sólo en una cabeza humana recién cortada existe ese color rosado. Las vacas o los cerdos tienen otro color. En las primeras horas, la piel se torna suave, se estira y disuelve las arrugas. La nariz se ablanda, los ojos, si están abiertos, toman un brillo como de mármol, pero eso dura un segundo. Siempre hay que cerrarles los ojos a los muertos. La boca se seca pero no se entumece. Está blanda y se vuelve oscura antes que el resto de la cabeza. Los pelos sí dan impresión, parece que aún tienen vida, pero se tornan sucios y secos, como pajas de algún lugar desértico. Pero todo esto que digo hay que verlo en los primeros momentos, a los pocos minutos ya se vuelve sólo un pedazo de carne con hueso, de color putrefacto. Como de cualquier animal.

—Todo eso, ¿y no sabes a qué huele?

Beto ríe y dice que no es tan detallista.

XXIII

—¿Qué pasa weicito? ¿por qué tan callado? —le pregunta Beto a Merisi.

—Nada —responde Merisi.

—¿Nada? Te pegó la cruda.

—Nada, estoy concentrado manejando. ¿Ya viste qué hermosos paisajes?

—¿Trajiste alguna otra música? Mario sólo tiene tres casets iguales.

—No, no traje nada de música. Pon el radio.

Ahora yo voy atrás, dormí un buen rato. Merisi no es un buen conductor, pero está concentrado y con absoluta disposición. Beto busca sintonizar una estación de radio que no estén hablando y no hay ninguna que ponga sólo música. El país fue atacado, el país está en guerra y la gente en la radio cree que todos estamos deseosos de oír sus pensamientos en voz alta, y por eso no dejan de hablar.

En la radio hay un periodista musulmán que dice que no todos los musulmanes son malos. Que esto es obra de un grupo terrorista y no hay por qué perseguir a todos los musulmanes que viven y trabajan en los Estados Unidos. Los demás lo interrumpen y dicen que su religión es una religión de odio, que buscan matar a todo el mundo.

En otra sintonía se oye más o menos lo mismo:

—Se calcula que hubo entre tres y seis musulmanes en cada avión.

—Usted se refiere a terroristas. No es correcto decir musulmanes.

—Sí, musulmanes terroristas.

En otras, gente rezando, gente gritando. Pienso que esta guerra en cualquier momento se vuelve una guerra civil.

La radio dice que Estados Unidos hoy es uno de los países más raros del mundo: no tiene aviones, no tiene beisbol, no funciona el correo, los teléfonos están colapsados en gran parte del país, sobre todo cuanto más nos acercamos a Nueva York. Las escuelas y universidades están cerradas. En cualquier estación de radio no

paran de hablar, y casi no hay comerciales. Hablan y hablan y por única vez no están patrocinándose. Esto sí los hace raros. Un país sin aviones puede ser, pero un país como los Estados Unidos sin beisbol y sin anuncios. ¿Dónde se ha visto?

Dicen en otra estación que aún no se sabe cuándo se abrirá el espacio aéreo. Y que recomiendan a la gente no moverse de sus lugares. Tengamos paciencia. Así nos los pide la patria en estos momentos, dicen. Todos somos víctimas y héroes. Los trenes están colapsados y la ruta Washington-Nueva York-Boston está circulando con mucho retraso y con muchas restricciones. Les recomendamos no tomar el tren. Tampoco en autobús, porque es demasiado complicado: Greyhound ha reabierto con muy pocos viajes pero mantiene cerradas todas las estaciones que estuvieran a menos de una milla de algún edificio federal.

El alcalde de Nueva York está en casi todas las radios. Habla de los heroicos ciudadanos de su ciudad. De los bomberos. Por momentos se emociona. Dice que después del rescate de cadáveres y algún sobreviviente, su preocupación es el abastecimiento. La túneles y puentes de la isla están cerrados y esperan que barcos puedan traer víveres a través del río Hudson.

—Esto no lo hemos visto ni el cine —dice Beto.

Miren lo que han logrado los seguidores de Alá, dice un senador en el radio: nuestros hijos sin escuelas, nuestros monumentos y nuestros centros comerciales cerrados. Nuestras refinerías, nuestras centrales nucleares y nuestros oleoductos en riesgo. Pero América es grande y el mundo no nos verá jamás de rodillas. Y esperamos que el presidente Bush ataque hoy mismo los países islámicos que nos han hecho esto.

Nadie puede creer lo que un ataque terrorista puede lograr en una nación entera.

Michael Jordan iba a anunciar su regreso a la NBA. Madonna canceló un concierto en Los Ángeles. Cerraron la torre Eiffel de Las Vegas. Se cerró la cámara de la prisión de Huntsville en Texas, y se tuvo que posponer la ejecución de un condenado.

Nosotros estamos a pocas horas de Nueva York. Llevamos casi tres días desde que salimos de México para llegar a la Zona Cero donde cambió el mundo. A medida que nos alejamos, vamos también dejando atrás mucho más que una ciudad, un trabajo, una casa, una familia.

—¿Cómo estás, *ragazzino*, dormiste? ¿Te sientes mejor? —me pregunta Merisi cuando ve que despierto.

—Sí, mucho mejor. Gracias. Sólo un poco mareado. ¿Me pasas un agua?

Seguimos varios kilómetros, otras cuantas horas. En las radios, las mismas noticias, así que deciden poner música. Yo voy atrás mirando el paisaje verde y tomando agua. Intento recuperarme.

—¿Extrañas algún país en los que has vivido, Merisi? —pregunta el Beto.

—Alguna vez pensé en regresar a Madrid, pero decidí que no y que no voy a volver a ningún lado.

—¿Por?

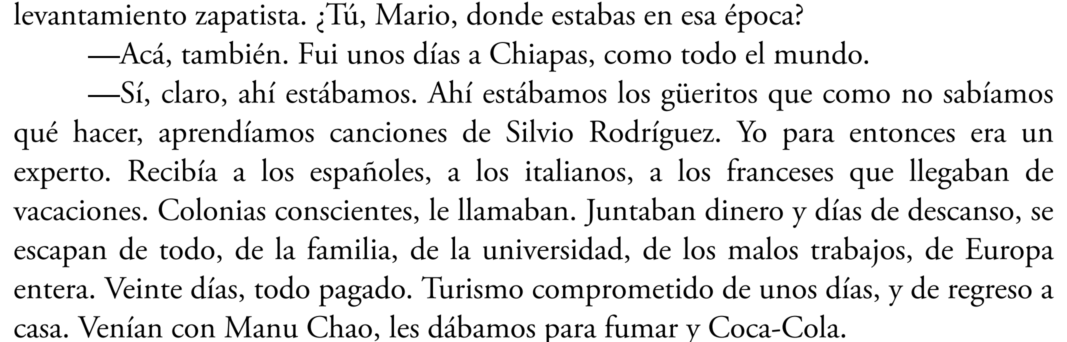
—Ya no quiero regresar a ningún lado. Ahora sólo voy hacia adelante. No puedo regresar, no puedo mirar hacia atrás. Adelante puede que tampoco haya nada, pero hay que avanzar. Atrás está todo, y eso es demasiado, y no tiene sentido nada de eso. Tengo miedo de deshacer mi camino, y un día verme en Fiumicino, solo y sin saber qué tren tomar. Para eso, prefiero quedarme frente al mar. En cualquier mar. Y terminar allí, llorando, si quieres, llorando ciego, pero frente al mar. Como Caravaggio en Porto Ercole.

Merisi calla y mira por la ventana el paisaje, el cielo grande. A veces veo a esas ciudades, Madrid, Roma, como algo absolutamente lejano, dice Merisi. Pienso en lo que queda de ellas. Un par de amigos que ya se disolvieron en el tiempo, esos años de ilusiones y malos ejercicios.

—Uno quería siempre una cosa, e iba haciendo otras, para ganarte el salario, pagar el departamento. Ligarte alguna mujer. Con la puta idea del que llega y el derecho de piso y toda esa mierda que te meten.

—Pero a ti no te fue mal —dice Beto.

—No se trata de eso. Me fue bien, me fue mal, qué sé yo. Si dividimos esa estancia en lo económico, lo creativo y las mujeres, el promedio no es malo. A veces más dinero que creatividad, a veces más mujeres que dinero, a veces nada de nada. Pero no me quejo, claro que no. Piensa lo que yo era antes de salir de Italia. Un *ragazzino* pijo con sus papás viejos y jubilados, con un dinerito que te pagaba el instituto, el *fumo*, la cerveza y ya. Italia está muerta, o al menos jubilada, bien jubilada. Ahí los veo a mis padres, los dos sentados frente a la televisión día y noche y calentando la sopa y volviendo al poltrone y yo qué tengo que ver con eso. Mi madre me había dado para entonces demasiados libros como para quedarme allí. Mi padre me había dicho Vuela, vuela de una vez. Y tuve que salir. Me fui a buscar mi propia guerra. Ellos esperarían lo que tenían que esperar sentados, frente a las putonas de la televisión. Irían cada día haciéndose más pequeños, achicharrándose, sin ver a nadie. Todos iban muriendo. Ellos también. Yo quise salir y salí. Me fui a Guatemala y al regresar fui a llevarles flores a las tumbas. Los dos asfixiados por una sopa que hierve, se vuelca y apaga el fuego. La mujer que vivía con ellos también murió. El gas que inunda la casa de a poco. El frío de diciembre. Y yo en la selva, aprendiendo español, encerrado entre los gritos de los pájaros. La humedad, el asco. Casi dos meses sin saber nada más que de las biomas, la lista de bichos y plantas. Volví a Italia. Cinco días, dos flores, una tumba y regresé a Latinoamérica. Los europeos siempre vemos en el tercer mundo lo que queremos ser: ingenuidad, futuro. Anduve por Centroamérica y luego me llamaron de Roma, y ahí empecé a recorrer las guerras. Luego, mucho tiempo después, llegué a México para el



levantamiento zapatista. ¿Tú, Mario, donde estabas en esa época?

—Acá, también. Fui unos días a Chiapas, como todo el mundo.

—Sí, claro, ahí estábamos. Ahí estábamos los güeritos que como no sabíamos qué hacer, aprendíamos canciones de Silvio Rodríguez. Yo para entonces era un experto. Recibía a los españoles, a los italianos, a los franceses que llegaban de vacaciones. Colonias conscientes, le llamaban. Juntaban dinero y días de descanso, se escapan de todo, de la familia, de la universidad, de los malos trabajos, de Europa entera. Veinte días, todo pagado. Turismo comprometido de unos días, y de regreso a casa. Venían con Manu Chao, les dábamos para fumar y Coca-Cola.

—¿No traes a Silvio Rodríguez? —pregunta Beto.

—No, claro que no.

—*Te doy una canción y digo patria, y sigo hablando para ti…*

—Ya, ya, por favor. Si hay algo que no soportaría es escuchar ese tipo de canciones —les digo—. Ténganme consideración que estoy convaleciente. Además, ¿patria? ¿Tú y yo, Merisi, podríamos hablar o cantar de patria?

—Dios y patria en las canciones revolucionarias. ¿Esto es todo lo que nos va a quedar?

—Quisieron armar una patria sin dios y nos dejan un dios sin patria…

—Un dios de sahumerios, de musiquita hindú, de sentaditos en loto, de horóscopos, tao y reencarnación.

—No, no sólo eso. Estamos en esta carretera porque en nombre de dios estrellaron dos aviones en Nueva York.

—¿Y qué esperabas? ¿Un sentido?

—¿Por qué no? Pero ojo, no te confundas, que el sentido lo tiene, lo tiene bien claro y no es precisamente para vivir.

—A lo mejor Dios nunca tuvo un sentido para vivir, sino para morir.

—Ahí está. Ahí están los que antes morían por la patria, ahora mueren por Dios. Dios es mas fuerte que nunca.

—Ahí hay una gasolinera. Detente que tenemos que comprar cigarros y agua.

XXIV

A veces llegaba más temprano a la redacción. De vez en cuando hacía eso. Llegaba antes que nadie, me sentaba en mi lugar y observaba la ciudad todavía de noche. Era abril y hacía mucho calor, y solía ver lo que ocurría en algunos de los departamentos de enfrente, que tenían las ventanas abiertas. Poco a poco iban llegando los demás, cada quien a sus puestos, empezaba el noticiero, salíamos al aire, salíamos del aire y seguían las juntas de la mañana hasta el mediodía, cuando todos empezábamos a irnos. Yo a veces me quedaba un rato más, bien porque me quedaba haciendo cualquier cosa, como reparar un ventilador, o porque no tenía dónde ir.

Un lunes, cuando salí a comer a la fonda de la esquina, me encontré con una mujer tímida que comía sin levantar la vista de su plato. Me di cuenta que no era la primera vez que la veía, nunca había hablado con ella, pero podía reconocer su rostro hermoso entre miles de rostros. Podía reconocerla a la distancia. Nunca habíamos estado tan cerca como en este momento. Hasta podría tocarla. Tocar sus ojos cansinos, su melena corta y negra, podría tocarla con sólo estirar la mano. Miraba su melena, corta y negra, despeinada y descuidada como las ropas. Le sentaba tan bien como a una actriz francesa. Llevaba un bolso artesanal de varios colores.

Ella me miró y también se quedó sorprendida. Quedamos mirándonos unos segundos antes de saludarnos. Era la primera vez que ella me veía. Nos dijimos Provecho, y seguimos comiendo. Al rato oí que me preguntaba si podía sentarse conmigo. Me dijo que estaba enferma y si la podía ayudar. Miraba su plato de arroz con leche, fijamente, mientras me hablaba. Hace días que no duermo. Me revienta la cabeza. Me duele la panza. A veces tengo fiebre. No puedo comer nada sin vomitar. Tengo frío. Tengo diarrea. Y me miró. Me miró con una mirada de profunda docilidad, que se iba humedeciendo poco a poco. Censuró la lágrima, estrujándola con el dedo. Tranquila, le dije.

No sabía qué preguntarle. Yo también comía mi postre e intenté hablar con

ella sin que pareciera un interrogatorio. Traté de hacerlo con calma; yo también necesitaba serenarme. Ella me respondía en voz baja, sin levantar la vista. Respondía a cada una de mis pregunta como confesando. Hasta entonces, no había advertido cuánto se parecía la interpelación de un periodista a la de un policía. Pero los policías ya ni preguntan. Y mejor no toparse con uno de ellos.

La fonda se fue quedando vacía. Sólo quedábamos ella y yo mientras la dueña levantaba las sillas y limpiaba. ¿Qué puedo hacer por ti? No tengo dónde ir, me dice. La llevé a mi casa y ahí la recosté en mi cama. Le hice un té que enseguida vomitó. Vamos al médico, le dije, voy a llamar a alguien. Me dijo que no, que no podía ir al hospital, que si le tenía paciencia en un ratito se sentiría mejor.

Quítame el vestido, me dijo. La desnudé y así quedó en mi cama. Entraba la brisa por la ventana. Ese cuerpo yo lo conocía de memoria. Yo de dónde te conozco me preguntó. Nos conocemos muy bien, le dije. Vives frente a mi trabajo. Se alarmó y se dio vuelta. Al rato me abrazó.

La ventana de mi oficina daba a la suya. Una angosta calle de barrio nos separaba. La calle estaba custodiada por una hilera de árboles frondosos, pero en este tercer piso, precisamente en el tercer piso, entre mi ventana y la suya, dos árboles habían dejado un pequeño hueco. En el espacio entre los dos paraísos, desde la ventana de mi escritorio sólo podía ver, encuadrado, teatral, su acto mínimo de sobreviviente.

Esas veces que yo llegaba al trabajo antes que nadie, cuando todavía la ciudad dormía, antes siquiera de encender la computadora, me sentaba en la penumbra a esperar que ella apareciera. Ella siempre aparecía, a la misma hora. Las primeras veces venía con un muchacho. Al cabo de unos días, con otro. Luego con otro. Hacían el amor, durante largo rato, entre las luces tibias de unas velas de colores.

Yo los veía en detalle. Cada gesto. La veía a ella. Ponía mucha atención en la manera en que ella se movía. Me concentraba en su cuerpo, en su cara, en esos labios. Su cara, al borde del precipicio, cubierta por el sudor y el cabello negro, tibiamente ondulado, jugosamente adherido. Sus gritos suaves, que yo no podía oírlos pero los sabía. Sus mordidas precisas para estallar en mil trescientos pedacitos. A veces gemía, a veces se dejaba llevar por una coreografía trémula y obligada.

La escena no duraba más de media hora. Yo podía pasar mucho tiempo en la ventana, pero los amantes ya se habían ido y a la oficina llegaba la señora de la limpieza o algún compañero madrugador. Yo me quedaba un rato con su pelo, su cuello y su sonrisa de miseria. En ese departamento no había más actividad que sexo, según yo imaginaba, aunque en el resto del día se veía movimientos. Dentro del canal, las luces de los fluorescentes pueden dañarte. Cerraba la ventana, echaba un último vistazo negro entre la cala de los árboles, y me ponía a trabajar.

Con el tiempo, ella llegaba sola. Encendía las velas, fumaba un cigarrillo tras otro. Se quedaba un buen rato mirando por la ventana. Una vez, cuando ya era de

día, la vi observarme desde su ventana.

Por las noches soñaba en poner una tabla y cruzar hasta su casa. No volví a verla, hasta el lunes en la fonda, cuando fuimos a mi departamento.

En mi casa hicimos el amor con una urgencia violenta, y al poco de acabar me dijo que ya se sentía mejor, que se iba. No quise retenerla, y me olvidé de ella hasta que un día me llamó al canal.

Necesito que vengas, me dijo. Me dio una dirección de un lugar en las afuera de la ciudad, que yo no conocía, pero a donde llegué en una hora, después de tomar el metro, un pesero y un taxi, y caminar un buen rato porque el chofer no se animó a entrar en la zona.

Acá no había una puerta de entrada, pero sí un claro límite entre el adentro y el afuera. Camino por las callecitas, por llamarlas de alguna manera. El sol pega fuerte y se refleja sin brillo entre las chapas. Los rayos entran medrosos, como asustados. El sol no es para todos, acá la prueba. Acá ni siquiera la luz del sol relumbra como en los parques de otros barrios, como en las piscinas donde ahora mismo unos cuantos despreocupados doran sus pieles. Acá, el sol sabe que si entra es para denunciar con su luz lo que nadie quiere ver. El sol no está de nuestro lado en este lugar: su fulgor enceguece.

A la luz del día, de un día como hoy, el sudor es la pátina que todo lo cubre. Sus casas, las miradas, los niños, las moscas, los perros, el barro, los moretones, los restos de todo: motos, bicicletas, cocinas, caños. Basura. Basura. Moscas alrededor de un destartalado pinito de Navidad, moscas que se posan en el niñito Dios del pesebre. De un pesebre que es el barro de ellos mismos. Una radio se oye a lo lejos. Conozco la canción, todos la conocemos. Una mujer barre el suelo de tierra del frente de su casa. Por llamarle casa a cuatro latas apiladas, con un techo a punto de ser vencido.

Le digo a un hombre que está sentado en la calle que estoy buscando a una muchacha así y asá. La describo morena, pelo corto, pequeños ojos. Estaba enferma, digo. Nunca la ha visto. Nadie la conoce. Nadie conoce a nadie. Mejor, así los gritos de la noche son de nadie. A nuestro alrededor ladran perros y corren los niños. Y planean las moscas. Nadie nos mira. A los lejos, suena una radio con la canción conocida por todos. La mujer que barre la tierra la tararea. El hombre me invita de su trago, que rechazo. Me invita a sentarme con él. Azuza un fuego y las brasas con un palito, pero no habla ni hablará por unos minutos. Se acerca una señora y me dice Yo sé a quién está buscando. Métase al monte. Allí la va a encontrar. Lo que encontré en ese mismo monte unos días después fueron las cabezas de las niñas. Como decía Beto cuando daba sus cátedras de periodismo en el bar: Juntos hacemos la noticia, ellos ponen los muertos, nosotros los contamos.



Paramos en un McDonald's de la carretera para comer algo rápido y seguir. Nos faltan todavía unas diez horas. Las últimas. Las últimas para qué, no lo sé.

Merisi va a sacar cigarrillos de la máquina y allí se pone a charlar con una mujer. La invitó a comer con nosotros. Se presentó. Soy Mariana. Luego Merisi la invitó a Nueva York. Mariana va a Nueva York, dijo Merisi, como nosotros. Podemos llevarla, dijo.

En la televisión están dando un reportaje sobre Bin Laden. Dicen que Bin Laden es el principal sospechoso de la tragedia que estamos viviendo. Muestran las imágenes de este hombre flaco con sus barbas largas y un arma en medio del desierto. ¿Quién es?, pregunta la gente. ¡Hijo de puta!, dicen otros. ¡Hijo de puta, te vamos a matar!, murmuran. Nadie se atreve a gritar. El restaurante está paralizado frente a las pantallas. El periodista dice que hace unas tres semanas este terrorista, millonario árabe, había declarado que iba a llevar a cabo un ataque sin precedentes contra América.

Un ataque sin precedentes, resaltó, pero nadie sospechó que podría ser de esta manera. Se enfrían las hamburguesas. Los empleados han dejado de despachar. Todos estamos viendo la televisión. Bin Laden lidera y financia un grupo asesino conocido como el Frente Islámico Internacional y en estos momentos podría estar refugiado en Afganistán. El Frente Islámico tiene como objetivo establecer un califato en todo el mundo y derribar todos los regímenes no islámicos, dijo el periodista. ¡Nunca!, ¡nunca!, decía un señor alto que estaba parado frente a la tele. Se sospecha que sus fuerzas pueden ser cientos o quizá miles de combatientes en todo el mundo, dispuestos a morir por la *yihad*, la guerra santa.

Hay gente llorando en el McDonald's. Pero Mariana parece que ríe. No sé si ríe o tiene un tic.

—Qué cosa terrible, ¿no? —dijo Mariana, con una sonrisa en la cara.

—Terrible, terrible. Nunca hemos vivido algo así, dijo Merisi.

—¿A qué vas a Nueva York? —le pregunté, pero nos interrumpió otra vez la televisión.

El presidente Bush declaraba ante la prensa. Totalmente afectado y titubeando, dijo que acabamos de ver la primera guerra del siglo XXI. El silencio en el McDonald's era absoluto. La gente otra vez se paraba y se acercaba a las pantallas. Estados Unidos de América va a liderar al mundo a la victoria sobre el terrorismo. Unos pocos aplaudieron, pero los demás los callaban. He dado instrucciones al Pentágono para que organice una lucha monumental del bien contra el mal, dijo el presidente y el restaurante explotó en aplausos y llantos y gritos. Se abrazaban. Bush se veía emocionado al punto de las lágrimas, y con las manos temblorosas.

Merisi y yo estábamos en silencio. Mariana reía nerviosa, mirando su ensalada. Tampoco sabemos si realmente iba a Nueva York, o se le acaba de ocurrir, pero se presentó como una mexicana camino a Nueva York. Como ustedes, aclaró. Merisi tenía una enorme hamburguesa y Mariana una ensalada pequeña. Merisi le habla del viaje, le cuenta por dónde veníamos. Beto estaba fuera, porque quería comer solo en el estacionamiento. Yo observaba aburrido cómo Mariana se dejaba seducir por Merisi con este tono de decadencia que tienen los McDonald's, sobre estas mesas blancas y grasientas. Merisi hablaba de cualquier cosa y cada tanto me señalaba.

Ella oía con atención, mientras nos robaba papas fritas. Cada tanto, ella se reía de manera estruendosa, se oían sus carcajadas hasta fuera. Lo hacía cada tres o cuatro frases, lo cual me parecía increíble, porque Merisi no estaba diciendo nada verdaderamente gracioso, ni tenía esa intención. La gente la miraba. Nadie reía en ese lugar, mucho menos de esa manera. Mariana era gorda. Su culo ocupaba todo el asiento de plástico del McDonald's. Sobresalía por todos lados y se movía de un lado para el otro. Merisi cuenta que ayer en el coche, en un momento en el que pudo dormirse, soñó con un maratón de gordas. Todas estudiantes del tercer año de un escuela de monjas. Las veía sufrir, con las caras lastimosas, sudorosas y lentas. En su pasar paquidérmico ante mí, me guiñaban un ojo y sonreían, dijo Merisi. Trotaban las gordas, y yo las contaba como ovejas: una, dos, tres, diez, cien. Estaban todas vestidas con *joggins* de lana de ovejas blancas, y llevaban un pompón de algodón en su enorme culo. Era el uniforme de la escuela. Las monjas se reían a escondidas en mi sueño del maratón de gordas, dijo Merisi.

Mariana se desternillaba de la risa, golpeaba la mesa y mostraba sus dientes y los restos de papas.

Yo me levanté, tiré los restos de comida en la basura y salí cantando Un elefante se columpiaba sobre la tela de una araña, una elefanta se columpiaba sobre una silla anaranjada, dos elefantas se columpiaban… El sol me pegó de golpe y me mareé. Fui con Beto, pero Beto estaba en absoluto silencio. Le hablé y no me respondió.

—Mira lo que se ligó Merisi.

No respondió, ni miró.

Subimos al auto y vino Merisi que golpeó el vidrio de mi lado. Le abrí la puerta y metió su cabeza para decirme que teníamos que llevar a Mariana, que venía con nosotros, que también ella iba a Nueva York. Sin dejarme responder, le dijo a Mariana que guardara sus cosas que ya salíamos. ¿No cierto?, me preguntó.

—¿Puedes manejar? —preguntó Beto.

—Sí, ya estoy muy bien.

Subimos adelante Beto y yo, y atrás Merisi y Mariana, que no pararon de hablar en más o menos una hora. Eran insoportables. Mariana hablaba un español afectado, con un acento como catalán. Hablas como Dalí, le dijo Merisi. Mariana cuenta que es hija de catalanes, que se crío en México con esta gente que hablaba un catalán que no se habla en ningún lado.

Cuando dijo que era hija de exiliados, pensé que sería suficiente para caerme bien. Los hijos de exiliados, exiliados a nuestra manera, creemos que tenemos una complicidad que nos congracia inmediatamente. Esto me ha pasado muchas veces: basta con pronunciar las palabras exilio o despatriados para que una simpatía innata florezca en mí. Acaso esto explica que las únicas personas que me interesaba conocer hayan sido judíos, judíos argentinos (doble o triplemente exiliados si contamos Palestina, Europa y Argentina) y que haya ido durante tanto tiempo a la casa de los artistas refugiados, pensando que los artistas albanos, cubanos o africanos que ahí pasan buena temporada son de primera impresión excelentes personas y mejores escritores. Sigo negando, siempre que puedo, los robos que perpetraron el cubano y el africano en mi casa, cuando la dejaron totalmente vacía.

Mariana lleva un huipil negro, con flores rojas bordadas, y un rebozo con el que se envuelve y que constantemente se estira a la altura de la panza, como suelen hacer los gordos con sus ropas. Es un tic del que parece no darse cuenta, como todos los tics en definitiva. Mariana nota que miro sus ropas y Merisi aporta que viéndola le vuelven las ganas de hacer retratos. Una Frida Kahlo. Sí, dice Mariana. Voy a hacerte unas fotos. Dice que a ella le dicen la Kahlo española. Beto está incómodo, y mira en silencio cómo avanzamos por la carretera.

La Frida Kahlo española era hija de catalanes exiliados en México. Ella nació en México, pero a los pocos meses su familia quiso regresar a España. Al llegar, Franco recién había muerto, pero nadie los recibió con los brazos abiertos. Ni siquiera les entendían su catalán. El padre descubrió que España era demasiada pobre para sus aspiraciones, y al tiempo se volvieron a América, esta vez a Venezuela. Dos años en Caracas le sirvieron para comprobar que ningún lugar del mundo es tan propicio para hacer dinero como México, así que regresó y entró de lleno al negocio de ataúdes, comprando y revendiendo a buenos precios, haciendo que su patrimonio creciera hasta que en el terremoto del 85 murió aplastado con su otra familia, en un

departamento al lado del hospital Siglo XXI.

Con semejante tragedia, por un lado Mariana se enteró que había tenido dos hermanitos y que había perdido a su padre, pero por el otro ganó mucho dinero vendiendo ataúdes. Luego, ella se fue a España, y allí estuvo como diez años.

Todo esto, Mariana lo dijo de un tirón, casi gritando y riendo a cada rato ante frases que no tenían nada que ver: Mi padre regresó a España en 1979. Risas. Nos volvimos, colgaos, y acabamos en Caracas. Risas. Mi padre murió aplastado con su otra familia. Carcajadas casi interminables. Y se estira el rebozo. Yo pude volver, y volver a México, otra vez. Gracias a Dios y sacó de debajo de sus ropas una cruz que besó cerrando los ojos.

Y sólo hemos hecho una hora. Nos faltan como diez. ¿Por qué acepté que viniera con nosotros?

—Estábamos hablando de Dios —dijo Merisi.

—¿Y qué decían de Dios? De Dios no se habla. Dios se siente, está entre nosotros, no es tema de conversación, sino de oración, ¿no creen?

—No —dijimos al unísono. Y preferimos dejar nuestra conversación para unos cuantos kilómetros más adelante.

XXVI

En la radio cuentan el caso de las personas que se tiraban desde las Torres Gemelas. Desesperados por no poder bajar por las escaleras esa cantidad de pisos, amenazados por el inevitable derrumbe del edifico, algunos decidieron abrir las ventanas y saltar al vacío. En la radio describen una imagen que publicó hoy un periódico, donde en el encuadre sólo se ve un hombre de cabeza, volando sobre el fondo de las ventanas del World Trade Center. La imagen, dice uno de los comentaristas, es estéticamente hermosa y humanamente escalofriante.

Cuentan en la radio que hubo varias llamadas desesperadas de las víctimas desde los aviones. Un último testimonio que puede servir para las investigaciones y para oír las voces de los muertos. Cuando la gente se dio cuenta que sus aviones estaban siendo secuestrados y sus vidas en sus últimos momentos, empezaron a llamar a su gente, a pedir auxilio, a explicarles lo que pasaba, tal vez a pedir perdón o a perdonar, a hacer un último gesto para que no los olviden. Pienso, triste, en aquellos a los que no les atendieron el teléfono.

Allí estaban en el aire, a punto de estallar ante un edificio, diciéndole a alguien al otro lado de la línea, o acaso sólo a un contestador automático, sus últimos deseos, sus últimos Te quiero.

Cuentan que cuando los terroristas tomaron los aviones, algunos pasajeros pudieron hacer llamadas a sus familiares. El del avión que cayó por aquí cerca tuvo una reyerta entre pasajeros, tripulación y secuestradores. Todo fue relatado en una última llamada.

Finalmente no hubo muchos Te quiero. Más bien la mayoría dijo más o menos lo mismo: Vamos a morir.

Si yo ahora tuviera que hacer una última llamada, no sólo no sabría a quién hacerla, sino que he olvidado todos los números telefónicos.

Ya estamos cerca. En unas pocas horas estaremos en Nueva York. El paisaje se

ha vuelto montañoso y verde. Pararemos cerca del Parque Washington. Mariana y Merisi viajan en el asiento de atrás. Se toman de la mano y de pronto ella le da un beso. Ríen, no oigo lo que se dicen. Beto viene a mi lado, en la parte delantera del Dodge.

—¿Así que tú estabas con el caso de las niñas decapitadas?

—Sí, estaba en eso, pero no me lo dejaron seguir. Ya viste qué horror ese caso.

—Sí, pero tampoco es la primera vez. Seguro es uno de los padres, o el padrastro, en venganza a alguien.

—Decían que podía ser brujería.

—No creo. Esas cosas ya no se hacen así. Y cómo te llegó el caso?

Le conté de la mujer que espiaba en la ventana y a la que conocí en la fonda. Ella me llevó hasta las cabezas, aunque nunca más volví a saber de ella. Seguro tenía que ver, dijo Beto. Beto sabe de estas cosas, dedicó su vida a toda esta mierda, y ahora se quiere ir y olvidar, pero sigue el camino de la guerra.

Mariana pregunta que de qué cabezas hablamos. Dice que es terrible todas esas cosas que pasan todo el tiempo en México, que por eso ella se va. Que quería llegar a Nueva York donde tenía unas amigas trabajando en un restaurante. Se iba a instalar ahí, para empezar de nuevo.

—Buena idea —decía Merisi.

—Ya no quiero saber nada con México. Acá está todo lo que necesito.

—Pero te acaban de tirar las Torres Gemelas —le digo con sorna, y se calla.

—Estamos todos en la misma —dice Beto en voz baja. Merisi saca un cigarro, invita a los demás. Él y Mariana fuman con las ventanas abiertas y el viento les pega en la cara.

En un momento quiero rebasar a un camión de doble remolque, pero éste se abre de improviso y tengo que dar un volantazo hacia la izquierda que me hace salir del camino. Una imprudencia que pudo haber salido mal, pero por suerte no fue así. En la maniobra todos nos sacudimos dentro del auto, y por supuesto nos asustamos. Mariana grita histérica y a Merisi se le cae el cigarrillo sobre su huipil. Tenemos que bajarnos todos de inmediato. El vestido mexicano de Mariana prende fuego de golpe. Ella grita y Merisi intenta arrancárselo. Ni Beto ni yo nos movemos. Estamos parados frente a ellos, y no sabría decir ahora mismo con qué intenciones o deseos.

Merisi le arranca la ropa a la altura de los hombros y ella queda semidesnuda, al lado de la carretera, con la cruz entre las tetas. Se ríe y grita, Merisi también y acaban dándose un abrazo. Son como dos animales en extinción, los dos últimos de una raza, que se abrazan para no perderse. Beto y yo los miramos. Beto pregunta si están bien. Ella salta y ríe y dice que muy bien, que nunca se sintió tan bien. La ropa rota aún humea en el suelo. La piso para que no quede ninguna brasa. Pasa un camión y ella le baila las tetas gordas y se agarra la panza y el chofer la festeja con un claxon que suena como la música del Mario Bros. ¿Tienes otra camiseta?, le pregunta

Merisi, a lo que ella responde, ¿Me has visto subir algún bolso? ¡Lo olvidé en el McDonald's!

Le doy una playera de los *Bulls* que tengo en mi mochila, y Merisi prende otro cigarrillo. Paremos por favor en la próxima gasolinera. Necesito parar, dice.

En menos de cinco minutos llegamos a la gasolinera. Merisi y Mariana se encierran en el baño. Beto y yo tomamos un café.

—No sé si voy a llegar a Nueva York, Mario.

—¿Por?

—Yo me tendría que ir para otro lado, a otro lado.

Miro a Beto y no le digo nada. Si algo tenemos aquí es libertad. Nos dieron un coche para llegar a los restos de las Torres Gemelas. Aún no llegamos, y ya nosotros somos los restos.

Al cabo de un rato, Merisi y Mariana salen del baño y se meten al bar, piden una cerveza y siguen besándose y tocándose. Beben rápido y preguntan si hay tequila.

—Apúrate Merisi, que tenemos que llegar a Harrisonburg lo antes posible.

—Es que todavía estamos asustados —dice, y Mariana estalla en una carcajada.

—Vamos —le digo a Beto. Subimos al coche, y nos ponemos en marcha. Merisi sale corriendo del restaurante con un vaso de tequila en la mano. Quiero acelerar pero veo que ya se agarró a la puerta de atrás.

—Espera, Mario, espera. No me hagas eso. No puedes dejarme aquí.

Mariana sale corriendo y borracha y detrás de ella el camarero que les quiere cobrar. Mariana sube al auto, y Merisi saca unos billetes que le da al hombre. Sube al coche con su vaso de tequila y Mariana se ríe.

Beto no dice nada, y yo subo el volumen de la música: *Warrior King*, Lou Reed. Andamos bajo el sol del mediodía y pararemos a comer en la entrada de la ciudad. La última ciudad antes de Nueva York. Luego sólo nos quedarán unas dos o tres horas para llegar a nuestro destino.

¿Destino? Nunca supe de esa palabra. Siempre me pareció falsa y plástica. Ahora más que nunca. ¿Cuál es mi destino? ¿Nueva York? Miro a mis acompañantes. Tres perdidos igual que yo. No creo que tengan ningún destino, mucho menos Nueva York. Sólo queremos escapar, de una guerra a otra.

—Tengo hambre —dice Merisi—. ¿Cuánto falta?

—Si estuvieran en un avión, y se está cayendo y pueden hacer una llamada, ¿a quién llamarían? —pregunta Mariana.

Nadie responde a la primera, y ella insiste con su pregunta.

Beto dice que a su hija, por supuesto. Yo digo que a nadie. Merisi dice que a mí, que me llamaría a mí, y Mariana dice que a su marido.

—¿Estás casada? —pregunta Merisi.

—Sí, pero ahora estoy en guerra.

—Eres una caja de sorpresas.

Nuevamente hacemos silencio, y se acaba el caset de Lou Reed. Me encanta este disco, es el último que me compré. Es un disco de velorio. Muy acertado para este momento. No es que haya ambiente de velorio, nada que ver. Es un clima de despedida, que no es lo mismo, ni necesariamente triste.

Cuando Mariana le da la mano, Merisi mira por su ventana el paisaje que pasa a buen ritmo. Creo que se está divirtiendo haciendo esta breve escena de celos. No creo que le importe Mariana, aunque con Merisi nunca se sabe. Lo veo por el espejo retrovisor y veo cuánto le ha crecido la barba desde que salimos de México. Merisi es un hombre guapo, delgado, con una buena nariz y facciones duras. No parece que tenga cincuenta años. Lleva el pelo corto pero a la moda, o a la moda de hace algún tiempo. Tiene la mirada perdida ahora, mira las ciudades que dejamos atrás con velocidad, pero tiene en esos ojos el brillo de los hombres buenos.

Tal vez si yo tuviera que hacer una última llamada, tal vez también se la haría a Merisi. Desde que nos conocimos, no encontré alguien que supiera llevar una amistad con tanto respeto y discreción. Merisi también me mira y levanta las cejas. Sonríe. Cuando Mariana lo ve, él vuelve al gesto adusto. Mariana mira por su ventana, y llora.

Pongo la radio y escuchamos a los evangelistas durante media hora.

XXVII

Por fin paramos a comer. Estamos en Pensilvania, y es la última parada del viaje. Merisi y yo entramos al restaurante de la carretera y nos sentamos a esperar que nos atiendan. Una camarera joven y simpática nos trae el menú. Nos dice que no hay casi nada de lo que se ofrece ahí, pero que nos puede hacer algunos sándwiches de atún. ¿Café? ¿Pepsi? ¿Qué les sirvo? Las dos cosas. Saco unos Advil. Cuando me relajo un poco, vuelve el dolor de cabeza.

—¿Estás bien? —pregunta Merisi.

—Sí, mucho mejor. Un poco cansado, nomás.

—Claro, ahora manejo yo si quieres.

No le conté a Merisi que olvidé los números de teléfono, y que perdí contacto con México. Ahora intento recordarlos pero es en vano. Cinco, seis, ocho. Da igual. Juegan en mi mente como meros dibujos y no les encuentro relación. No logro dar con ninguno de los teléfonos, ni siquiera con los que llevo diez años marcando. Dejé tirado en este viaje el noticiero, las cabezas, Laura y mi madre. Incumplí mis promesas de llamarlos. El celular dejó de funcionar a poco de cruzar la frontera. Acá ya es jueves 13 de septiembre. Hace dos días que cuatro aviones fueron secuestrados y estrellados contra las Torres Gemelas, el Pentágono y otro por acá cerca. Dicen que la gente luchó en cada avión e hicieron llamadas por teléfono. El mayor atentando que sufrió este país en su historia. Han muerto tantas personas, que todavía no se sabe con exactitud cuántos miles. Un grupo de suicidas talibanes han anunciado al mundo la declaración de la Tercera Guerra. Estados Unidos responderá atacando otros países, los países cómplices de los talibanes, y habrá nuevos muertos, muchos muertos que tampoco se sabrá exactamente cuántos. En estos días también murieron cientos, miles de mexicanos.

Ve a cubrir. Búscate un mexicano afectado, me dijeron. Yo soy mexicano y estoy camino a Nueva York porque también soy periodista y trabajo en un noticiero

de televisión que no tiene un corresponsal en la ciudad y me manda a mí. Recién hoy abrieron las rutas aéreas y volvieron a volar aviones desde México y Canadá a Estados Unidos, y desde Estados Unidos a México y Canadá. Por eso tuve que salir en auto y llevo manejando tres días y conmigo va Merisi, este Merisi que ahora le pregunta a la camarera joven y guapa si tiene algún otro sándwich que no sea de atún y ella le dice que hay de cordero y eso nos parece bien. Cuando le sirven el café a Merisi le agradezco que esté acá acompañándome en el viaje imposible a Nueva York. A Merisi le gusta el olor de la sangre. A mí, en cierta manera, también. La sangre la guerra los muertos han anestesiado nuestras vidas.

Nací entre muertos en una dictadura en Argentina. Me trasplantaron tan chiquito a México, que no recuerdo nada de Argentina. Es como un número de teléfono olvidado. Me transplantaron como uno de esos arbolitos salvajes que se dan con facilidad en cualquier parte. Crecí entre desaparecidos y fantasmas, perseguí la miseria de la violencia, y a los treinta años me topé con dos niñas descabezadas, con las que podría resumir mi vida. Dos cabezas, con el hedor de la mayonesa podrida, con los pelos sucios y enmarañados. Con los ojos cerrados y en paz. Pensé que estaba siguiendo una mujer, pero estaba siguiendo la sangre. Sangre es destino.

¿Café o Pepsi? me dice la camarera otra vez y yo le respondo que las dos cosas. Le acerco la taza que está sobre la mesa, me sirve y va en busca de la Pepsi. Tomo mi Advil y Merisi me pregunta si estoy bien.

—Sí, mucho mejor. Un poco cansado, nomás.

—Claro, ahora manejo yo si quieres.

—No te preocupes, ya casi llegamos.

Mariana estaba afuera, hablando por su celular. Una llamada corta. Ella gesticula y se estira la camiseta sobre su panza. Le queda chica. Apaga el teléfono y prende un cigarrillo. Fuma nerviosa y se sienta en el borde de un cantero lleno de plantas salvajes. Pienso de dónde habrán traído esos yuyos. A ellos de dónde los habrán transplantado. Mariana acaba de fumar y entra. Se sienta con nosotros. Merisi le pregunta qué va a comer. Nada, gracias, sólo un café. ¿No tienes hambre? No, gracias, sólo un café dice mientras entrelaza sus manos y se masajea sus dedos.

Beto sale del baño y me llama al coche.

—Yo acá me bajo. No sigo.

Lo miro sin asombro.

—¿Me abandonas?

—Perdona, Marito.

—Pero qué va a decir el pinche, Beto.

—El Pinche no va a decir nada. Ni siquiera va a preguntar. Solo quiso hacernos un favor. El Pinche hace rato que se olvidó de nosotros.

Me pide que le abra el coche. Baja sus cosas. Me da la cámara y el equipo. Me dice que me los quede. Que haga con la cámara lo que quiera. Deja todo y sólo se

lleva un abrigo. Saca un fajo enorme de dinero del bolsillo. Me quiere dar varios billetes de cien dólares.

—Por si los necesitas.

—No los necesito, Beto. De verdad que no. Muchas gracias.

Arruga trescientos dólares en su puño y me los da cuando aprieta mi mano para despedirse.

—Cuídate, hijo.

Deja la cámara y su equipo, se cuelga el abrigo y hace seña a un taxista que estaba cargando gasolina. ¿Me lleva?, le pregunta en español. El chofer, también mexicano, le pregunta de mala manera que a dónde va. Ya no oigo el resto de la conversación, pero Beto se sube al taxi, lleva una buena cantidad de dólares en el bolsillo y un abrigo. Nada más. Lleva, como todo el mundo, un deseo de olvidar. El olvido es destino, también, como la sangre.

Entro al restaurante y le comunico a Merisi y a Mariana que Beto se fue. Que no nos acompaña a Nueva York. Mariana se larga a llorar y dice que todo es por su culpa.

—Todo es mi culpa, mi culpa —dice Mariana.

Nos traen los sándwiches de cordero y más café y más Pepsi.

—En dos horas llegaremos a la majestuosa, maravillosa, atacada y asustada ciudad de Nueva York.

Oímos la bocina de una camioneta que se estaciona frente a nosotros. La maneja un señor alto y rubio, de sombrero. Se baja buscando a alguien dentro del restaurante. Mariana lo ve y levanta su mano. Nos dice que llegó su esposo. Que ella también se va. Que lo llamó para que viniera a buscarla y que ya llegó y que se va. El hombre sube sereno a la camioneta, sabiendo de memoria de qué se trata todo esto. La espera. Ella no se demora. Agradece el viaje y la camiseta. Me hiciste muy feliz, le dice a Merisi. Nos paramos para despedirla. Me da un beso en la mejilla y me abraza. Cuídate mucho, me dice. A Merisi le da un beso en la boca, ni largo ni corto, pero contundente. Yo miro al esposo, que no ve lo que acá esta pasando. Mariana sale del restaurante y sube a la camioneta. Saluda cariñosamente al tipo. Le acomoda el sombrero y se pone una chamarra que él le traía. Estaba refrescando, ya estaba por anochecer.

Merisi y yo terminamos nuestra comida en silencio. Volvemos a estar solos y eso está bien.

—Está bien —dice Merisi—. Este viaje era desde el principio sólo para nosotros dos.

—Te recuerdo, Merisi, que este viaje era sólo para mí —le respondo.

Apuramos las bebidas, y cuando nos estamos yendo vemos que en la tele está hablando Michael Jordan. Hoy dio una entrevista en la que dijo que pospone el anuncio del regreso oficial debido a que el país está conmovido por lo que había

ocurrido en Nueva York. También dijo que en una semana o dos anunciará oficialmente el regreso, dará la fecha exacta y más detalles. También anunció que donará todo su sueldo de esta temporada a las víctimas del atentado.

El periodista que lo entrevistaba le dijo que era un verdadero héroe, justamente el tipo de héroes que ahora la nación necesita, a lo que Jordan lo cortó diciendo que los verdaderos héroes son los bomberos de Manhattan. Luego de la entrevista, pasaron varias escenas de los mejores momentos de la carrera de Jordan y el locutor decía «El ballet aéreo de Michael tiene mucho de onírico: el sueño de abandonar la Tierra, la fantasía de ser un guerrero volador». Me gustó eso.

—Eso es verdad —dijo Merisi—. El único hombre que puede volar en este mundo es Michael Jordan. Aunque sea unos segundos. Unas milésimas de segundo. Pero él puede volar. Y escapar.

—Y ahora va a volver —le digo—. Lástima que hayan invadido el país, porque si no hoy estaríamos viéndolo en todas partes.

XXVIII

A mamá le gustaba contar del día que se recibió de médica y esos tiempos en los que empezaron a trabajar en el hospital. Ella, mi papá y la Negra se recibieron de médicos el mismo día. Habían estudiado toda la carrera juntos y compartían todo en la vida. Mi mamá, cuando todavía hablaba del tema, decía que la Negra era más que una tía para mí. Nunca la conocí, sólo la veía en esas fotos que guardaba en una caja pequeña y que casi nunca abría.

El día que se recibieron de médicos mis abuelos hicieron una fiesta para los tres, y el padre de mi padre les regaló una Renoleta azul, que siempre estaba en las fotos. Ellos tres, y la Renoleta. En las fotos de ese día están todos sucios, embadurnados de harina y huevo, tal como se celebraba el fin de la universidad en Buenos Aires. Mamá me enseñaba así la familia que ya no teníamos: éste es tu abuelo, ésta tu tía, la abuela, tu papá, la Negra. Esa misma tarde mi papá le preguntó si quería casarse con él, y mi mamá le dijo que sí, porque estaba embarazada.

Se fueron de luna de miel a la costa, mi mamá, mi papá y la Negra. Cada vez que veía las fotos de ese viaje, nunca me llamó la atención que fueran tres en las postales de los recién casados.

Al regresar, los tres empezaron a trabajar en el hospital del abuelo. El hospital era un hospital público, que había fundado el padre de mi madre. Se fueron a vivir a un departamento amplio y luminoso, en uno de los barrios del centro. Allí vivían los tres.

El departamento era un primer piso sobre una calle pequeña. Mi padre y la Negra lo habían remodelado y pintado, y habían colgado algunos cuadros de cine, o pósters que habían traído los abuelos de París. En la calle, cada domingo de verano se cerraba para que todas las familias de la cuadra comieran juntas. Cada uno traía algo de comer, y se mezclaban las pastas italianas con la empanada gallega, los niños envueltos de unos viejitos libaneses y el asado. Cerraban la calle desde la mañana

temprano, y cada familia iba bajando sillas, manteles, platos. Ponían unos tablones enormes que les prestaban del club de la vuelta. Así pasaban todo el día.

Mi mamá y la Negra no siempre bajaban. Era el único día que descansaban del hospital, y preferían quedarse en la casa. Sin embargo, no provocaban antipatía en el vecindario. Las querían mucho a las doctoras. Siempre estaban atentas a atender a quien lo necesitara. Desde el balcón ponían música para todos los vecinos. La Negra tenía una enorme colección de discos y los iban poniendo unos tras otros: Charlie Parker, Los Beatles, Los Gatos, Nina Simone, Louis Amstrong, y algo de folclore que siempre le pedían, Cafrune, Los Chalchaleros y esas cosas.

En la calle bailaban, comían y siempre gritaban, por alegría o por genética. Mamá y la Negra hacían su propio show en el balcón. Escondidas entre las cortinas, bailaban seduciendo a mi padre que charlaba abajo, y las veía de reojo, inquieto. Ahí, los altavoces no lograban tapar el grito de los niños, o las conversaciones, las broncas, sorpresas y alegrías de esta pequeña comunidad. Algunos cantaban, tomaban sangría, y los niños, entre escondidas y bicicletas, comían sus ensaladas de fruta.

Papá se sonrojaba con el baile de mi madre y la Negra. La Negra era divertida, cuenta mi mamá, y aprovechaba para levantarse el vestidito cada vez que algún adolescente la miraba. No tenía nada abajo, y eso volvía loco al vecindario entero. Al rato mi padre subía, cerraban la cortina y dejaban que la música cayera sobre el domingo. La pasaban muy bien juntos. Seguían bailando, fumando, bebiendo. Acababan varias horas después, tirados en el sofá enorme que cubría la sala, o en la cama. Los tres eran inseparables y se adoraban. Yo venía en camino, y eso también los unía más. Al otro día trabajan y salían temprano hacia el hospital en la Renoleta.

El hospital era un campo de batalla. No sólo para ellos, sino para todo lo que se estaba jugando en ese momento. La pobreza siempre ganaba. El país estaba en guerra y los partos y las enfermedades y las muertes eran trincheras derruidas.

Contaba mi madre que constantemente había una larga fila de pacientes esperando una medicina, una atención, un salvamento. La Negra se especializó en obstetricia. Era la responsable de los partos necios que seguían ocurriendo. Mi padre y mi madre eran médicos generalistas. Estaban acostumbrados a la desnutrición, la muerte, el llanto. En ese barrio, el hambre no perdonaba y el gentío desfilaba —macabro, lúgubre— cada día por las enormes galerías del hospital. Ellos, sus víctimas, hombres y mujeres, niños y ancianos tétricos de mendigar dignidad, deambulaban de a muchos, bajo el sino de todas las enfermedades posibles. Están cansados de no poder, muertos de hambre, desfalleciendo de cuerpo y alma. Si quieren internar una mujer para tratarla, no hay camas. Si le dan un tratamiento, le dicen que venga mañana. Pero no hará el tratamiento, no vendrá mañana.

Ningún enfermo podrá hacer lo que le piden para curarse. O no pueden, o no quieren, o no saben. Mis padres y la Negra insisten, se juntan a comer al mediodía en una pequeña cocina. Allí se lamentan, pero también se dan aliento y se sueñan y

se imaginan que pueden hacer posible otro país. Yo voy a nacer en unos meses, y los tres, sí los tres, tienen puestas muchas esperanzas en mí. Una llamada de urgencia interrumpe la comida y los sueños: ingresan a una pareja, él y ella reventados por un bomba. Intentan reanimarlos, pero no lo logran. Otra llamada de urgencia: un parto en el primer piso. El parto se complica. Mis padres asisten a la Negra. Todos sudan. Hay calor y nervios. Los trabajos de parto duran horas. La madre está desnutrida. La Negra da órdenes para que no siga deshidratándose. Nace el niño, demasiado débil para sobrevivir a esta guerra con la vida. Éste es el país que intentan reanimar.

Una noche cercana a la Navidad, mi abuela organizó una cena para ellos, pero la Negra no fue. Se quedó en la casa, estaba aprendiendo a tejer y me estaba haciendo unos escarpines. La abuela siempre los invitaba a los tres, y todo mundo los pensaba de a tres. Mamá y papá estuvieron en la casa de la abuela, que se quejaba de lo que estaba pasando. Luego de la comida, unos canelones de espinaca exquisitos, mi abuelo llevó a mi madre a su estudio. Le dijo que tenía que hablar con ella y que no se podía enterar su madre. Mi padre ayudaba a levantar las cosas de la mesa, y a servir un trago. Se tienen que ir, dijo el abuelo. Váyanse a México. Esto se pone jodido. Y ojo con la Negra. Cuidado con la Negra. Va a llegar un punto en el que ya no van a poder cuidarla. Ni ustedes a ella, ni ella a ustedes. ¿Por qué no se van a Bariloche un rato, a ver si esto pasa? Yo les organizo todo. Van a cerrar la facultad, ¿sabían? Tampoco van a poder dar clases. Ustedes si siguen así van a tener que correr.

Mi madre se negaba a creer lo que decía mi abuelo. Váyanse a México, yo los coloco en la UNAM. Los van a recibir muy bien.

Mi madre se enojó con mi abuelo, y bajó del estudio corriendo. Vámonos, le dijo a mi padre, y subieron al coche entre los lamentos de la abuela. En el coche le dice a mi padre lo que había escuchado. Esto se está poniendo horrible por todos lados, y se va a poner peor. Y dice que van a cerrar la facultad. Y que la Negra está en la mira, y que todo esto nos va a arrastrar a todos. Dice que nos vayamos a México, está loco, ¿qué vamos a hacer nosotros en México? Cuando están llegando a la casa, ven a todo el vecindario en la calle. Hay policías y militares por todos lados. Pegan la vuelta y se van. Nunca más vieron a la Negra, que era como mi tía, como más que mi tía.

Yo nací en Bariloche, donde mi abuelo paterno tenía una clínica. Allí mi padre trabajaba tranquilo, y mi madre esperaba a dar a luz, protegidos por la familia y el paisaje. A los pocos meses, mi mamá se quedó sin su familia. Una bomba explotó en el coche en el que iban su madre, su hermana y su cuñado. Su padre murió de tristeza un día antes de que yo naciera.

Pasamos cuatro años en una casa pequeña frente al lago, en un pueblito cerca de Bariloche. Allí se hacían las fiestas de los gauchos, los encuentros con los primos y los tíos. En los veranos jugábamos en los ríos entre las montañas, y en invierno jugábamos en la nieve. No salíamos casi nunca de casa. La casa era grande y rodeada

de árboles. Era difícil llegar hasta ahí, y parece que muy difícil salir. Después vino la muerte del abuelo en la noche del festival, y la inundación. La inundación que se llevó todo. Yo no sabía nada de la guerra, pero ya sabía contar muertos.

XXIX

Por fin llegamos a Nueva York, o casi. A lo que Nueva York es ahora. Un sitio nuevo y completamente desconocido. La ciudad está cerrada. Ya han pasado tres días del atentando, y sigue cerrada. Ya es medianoche. Los edificios están iluminados, como siempre, como en cualquier postal de Manhattan. Los puentes y los túneles están vacíos de coches y sólo pasan ambulancias, un camión de bomberos, el ejército en sus camionetas y la policía. La noche brilla en el cielo, las estrellas y las luces brillan en la ciudad, en ellos y en nosotros, que vemos desde el coche y en cámara lenta cómo se llega a un sitio devastado. No hay imágenes del atentando a simple vista. Sólo si miramos a los ojos a algún transeúnte que vague a esta hora, o a algunos de los policías que dirigen el tránsito casi nulo. La Zona Cero está muy lejos de donde estamos, sin embargo, aquí también huele a quemado. Hay muchas cenizas que puedes ver flotando entre las luces, y ese olor de unos incendios que aún no apagan, o que vuelven a prenderse.

No se puede cruzar el puente en el auto. El único acceso a Manhattan es por el túnel Lincoln, y sólo se puede cruzar caminando. Regresamos unas cuantas cuadras y estaciono en un callejón de Jersey. Vamos, le digo a Merisi. Vamos caminando. Ya llegamos.

Dejo en el coche la mayoría de mis cosas. Agarro la mochila y la gabardina, porque mi madre siempre decía que la tristeza es más triste con el frío. Merisi deja todo, excepto su cámara de foto. Cerramos el coche y esto es para siempre. Caminamos hacia el puente. Allí un equipo de seguridad nos revisa los documentos y lo poco que tenemos. Explicamos que somos periodistas, que venimos de México, que estamos reportando desde Nueva York. Pasamos en fila india, lenta, a pesar de la hora. Ya es la una o dos de la mañana del viernes y aún hay gente entrando y saliendo a pie. Entramos a Manhattan, pero esto no parece Manhattan, dice Merisi. Caminamos sin saber dónde estamos, pero no nos podemos detener. Llevamos tres

días así. Llevamos toda la vida así. Caminando sin saber a dónde vamos. Y sin podernos detener.

Recorremos las calles vacías, y los enormes edificios nos protegen, mientras puedan hacerlo. Nos sobrevuelan helicópteros, aviones pequeños. Hay soldados y policías por todos lados. Son amables, incluso entusiastas. Nos saludan con la mano. Merisi saca fotos a los policías, a los soldados, y uno de ellos le hace la V de la victoria con los dedos. Vamos a ganar la guerra. Vamos a ganar la guerra. Lo dicen en cada gesto, a pesar de la mirada afligida.

Por todos lados hay banderas, fotos de los muertos, flores. En cada esquina hay cenizas y hay alguien rezando. Merisi saca fotos en silencio. Luego dirá que esto no tiene nada que ver con las ciudades en las que ha estado después de un ataque. Que recuerda ahora cómo quedaban esas ciudades después de ser invadidas por tierra y aire y agua por ejércitos sin compasión. Que de ellas no quedaba nada. Sólo una cosa, las miradas de la gente, llenas de espanto y de miedo. No vemos grandes daños materiales por donde estamos, lejos de las Torres Gemelas. La ciudad parece dormir tranquila. Pero si respiras, simplemente si respiras, se te llenan los pulmones de cenizas, hueles el fuego recién apagado.

Todo el sur de Manhattan está acordonado, y por ninguna calle nos dejan pasar. Nos dicen que volvamos mañana a primera hora. Subimos varias avenidas, tratando de rodear la zona. Comemos sin ganas un doner kebab en el único puesto que está abierto. Somos cerca de diez personas comiendo alrededor de una camión de comida turca, mirándonos todos con la misma sospecha y desconfianza, con la misma piedad y tristeza.

Horas después, cuando estamos por llegar a la zona del World Trade Center, Merisi y yo nos miramos. Con las pocas luces de la madrugada, veo sus arrugas y sus ojos tristes. ¿Él qué verá en mí? Un tipo que ya no adivina el color de los coches que pasan en la carretera.

Intentamos sonreír cómplices, de alguna manera ya no nos necesitamos. Pero ni siquiera sonreímos. Nos miramos compasivos, sin saber en quiénes nos convertimos.

En ese momento, una explosión a pocos metros nos tira al suelo. ¿Otro atentando? ¿Vuelven a atacar? Suenan sirenas, corren los bomberos y los policías. La adrenalina del terror otra vez sobrevuela sobre todos nosotros. Merisi se queda quieto y ni siquiera fotografía el fuego que vemos en la esquina. Merisi mira el fuego. Parece congelado. El personal de seguridad que corre de un lado a otro, ni siquiera nos dice que nos retiremos. Llegan más camiones de bomberos. Ya hay cinco camiones tirando agua sobre la fábrica de químicos que acababa de explotar. Todo sucede en pocos minutos. Todos, sin embargo, tienen un último aliento para actuar.

No es un nuevo atentado, ni nadie vuelve a atacar. Un local de drogas ilegales en pleno Manhattan cede al calor y la falta de aire de estar varios días cerrado. El

fuego sale con fuerza y todavía hay pequeñas explosiones. En el edificio no hay nadie, no hay nadie más que nosotros en la zona. No hay nuevos heridos en Nueva York. No es nada grave. Este tipo de episodios se suceden a lo largo de la ciudad: un tanque de gas, una gasolinera, alguna cocina de algún departamento súbitamente abandonado.

El aire se pone aún más pesado. Los químicos se esparcen con el viento suave de la noche. Un policía se nos acerca y nos dice que no nos saquemos los tapabocas. Que respiremos despacio y que hagamos pocos movimientos. Y si pueden, sigan su camino. Merisi ni lo mira ni lo escucha. Yo agradezco al policía sus consejos y cuando intento moverme siento que mis pies están hundidos en el agua. El agua cubre mis zapatos. La explosión rompió las tuberías de esa cuadra y el agua fue inundando la calle donde estábamos. Merisi no se mueve, y yo tampoco. Siento el frío de los pies mojados, y el calor del fuego en mi cabeza. Mis manos transpiran y cierro fuerte los puños en un hormigueo incesante. Abro y cierro las manos. Estiro los dedos, que parecen entumecerse.

Muevo lento un pie y luego el otro. Camino unos pasos hacia el fuego, cuando oigo a Merisi que me dice Es para allá. Doy vuelta y empezamos a andar. Seguimos nuestro camino, como dijo el policía. Nuestro camino.

Voy con mis pies completamente mojados, que van llenándose de tierra, polvo y basura. Se convierten pronto en unos mazacotes de engrudo que intento levantar con dificultad en cada paso. Merisi camina lento a mi lado, con su cámara colgando sobre su espalda.

Mientras más nos acercamos, vemos más y más gente, casi todos con uniforme. Hay una luz poderosa que nos atrae, y un poco nos enceguece. Ya nadie corre, van torpes y pesados con sus pies hundidos en la mierda, como los míos. Hay enormes reflectores que iluminan todo como en un estadio de futbol y no permiten ver el cielo. Ya no se siente ni el viento rozar nuestra piel.

Nadie corre, nadie llora, ya nadie se mira. La memoria no podrá con todo esto.

Por fin llegamos. Ahora tengo ante mí un montón de hierros retorcidos, restos de miles de vidas, el olor a quemado, cenizas. Caminamos durante horas por la noche de Manhattan, entre el humo, el barro y el olvido. Por fin el olvido.

A la misma hora, en un hospital de la ciudad de México muere mi madre. Yo no lo supe en ese momento. Yo no tenía teléfono donde podrían avisarme, y había olvidado la manera de contactarme con ellos. El martes a la noche tuvo un ataque cerebral y ya no se repuso. En la madrugada del viernes, murió, de la mano de la siempre fiel Yoli.

Y ahora en Nueva York, frente a los restos de estos edificios, mientras el sol aparece tímido entre las nubes, mi amigo Merisi me sacude con un fuerte abrazo, un largo abrazo entre cenizas. Luego da media vuelta y se va. A los dos o tres pasos, gira sobre sí y me dice Hasta siempre. Hasta siempre, Mario. Sube la cámara rápido y me

hace una foto. Una última foto. Camina y se pierde entre la gente.

Ya casi es de día. Yo miro las ruinas como se mira un lago. Un lago enojado y brioso por los vientos del invierno. Un lago furioso que llega a las orillas y golpea las piedras sin descanso, sin sentido.

Sopla una brisa y mis ojos se llenan de lágrimas.

Me quito el tapabocas que es obligatorio llevar en esta zona. Respiro y me lleno de muerte, de guerra, de cenizas. De otra guerra más. Ya se divisa el cielo y descubro que las nubes se mueven rápido. También quieren escapar. Ojalá llueva. Somos el resultado de nuestras guerras y nuestros muertos. Y de nuestras lluvias. Estamos hechos de aquello de lo que escapamos. Nos pasamos la vida sobreviviendo y contando los muertos. Hemos estado todos los años de nuestras vidas sepultando cadáveres, cuando los encontrábamos. Todos los caminos son este camino frente a la nada, frente a la memoria que se hunde en un lago en pleno invierno.

Ya no recuerdo qué hago aquí. No recuerdo de dónde vengo, y todos, muy pronto, se olvidarán de mí.

Con el día empieza a llegar más gente. Nuevos equipos de rescate, los relevos, periodistas y oradores. Una chica joven, de pelo corto y cuello limpio, con las tiras del vestido cruzadas sobre su espalda desnuda, se acerca con un enorme ramo de flores blancas. Llora con los ojos cerrados, mientras intenta repetir un mantra. Cuando abre los ojos, busca a alguien a su alrededor y me encuentra. Me da una flor. Deja de llorar y sonríe trágica y bella. Me sonríe. Yo tomo su flor blanca e intento sonreír. Ella se gira y se va, atada a mí por la obligación de olvidarla.

Yo me acerco unos pocos pasos a un pequeño árbol que ha sobrevivido a todo esto, donde los demás van dejando velas, flores, cartas, dibujos, globos. Dejo la flor entre todas las flores que hay en el suelo. Y me voy. Camino sin rumbo, y me pierdo entre las calles.

Busco un río, un lago, un mar, pero no los encuentro.

Es de día. El sol sobre Manhattan se desploma como un llanto.

México, marzo del 2015

Diseño de la colección: Guillemot-Navarez
Foto del autor: G.G.M.
Ilustración de portada: © Luis Marden/National Geographic Creative/Corbis

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Deleg. Miguel Hidalgo
C.P. 11560, México, D.F.
www.tusquetseditores.com

1.ª edición en Andanzas: octubre de 2015
ISBN: 978-607-421-724-7

Primera edición en formato epub: octubre de 2015
ISBN: 978-607-421-723-0

Hecho en México
Conversión eBook: TYPE

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK




Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com






EXPLORA DESCUBRE COMPARTE